FRAY MOCHO



"LA CHICA DE LA COFIA"

Por G. Hervé

N.° 701

29.9.1925.

(De "Páginas de Columba").

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 29 de septiembre de 1925 — Núm. 701

El cautivo de Fortín Esperanza

Por Héctor Pedro Blomberg

Había caído prisionero después del malón grande del 97.

Llevaba diez años de cautiverio en el fortín; diez largos años, durante los cuales había permanecido inmóvil allí, bajo la mirada indiferente de los soldados y las clases, que no comprendían el dolor sombrío y silencioso del viejo cacique.

Era el suyo un cautiverio voluntario. Cuando Matías Gómez, un sargento correntino del antiguo 12.° de caballería, cayó de comandante del fortín, el cacique Miguel pudo haberse fugado muchas veces. No le faltaron ocasiones para hacerlo. Porque el sargento Gómez, desde el fondo de su rudo corazón guaraní, comprendía la trágica tristeza del cacique Miguel, y no ignoraba, las bravías y rojas leyendas de su pasado.

En las noches de luna, el sargento le veía acurrucado detrás de las mulas, contemplando con inmóviles y turbias pupilas los lejanos montes donde aullaban los aguarás, y adivinaba que el alma del cacique Miguel se iba más allá de los bosques, lejos, a pasearse sobre los despojos de sus últimas tolderías, incendiadas diez años antes...

El correntino sabía por qué el cacique no abandonaba el fortín.

Sabía que las mujeres y los hijos y la chusma de la tribu de cacique Miguel andaban rodando por las colonias lejanas, dispersos, cautivos, alcoholizados.

Sabía que los últimos dos capitanejos estaban condenados por homicidio en Resistencia, y que los indios de pelea se habían ido con los matacos.

—¿Por qué no te morís, cacique Miguel?—le preguntó una noche brutalmente.

Pero el viejo cacique no le oyó. Estaba mirando más allá de los montes, inmóvil y obscuro en el resplandor de una luna de enero.

El sargento Gómez sabía que estaba llorando, como lloran las bestias y los indios, para adentro...

Los aguarás aullaban, allá lejos, y la turbia correntada del Pilcomayo gemía bajo la caricia llorosa de los árboles. Todos lós rumores familiares de la noche no despertaban eco alguno en el alma del viejo cautivo.

En los días interminables y cálidos, dormía profundamente, y los mosquitos zumbaban en bandadas hambrientas sobre su cara de bronce, como sobre una mula muerta.

—Tiene olor a dijunto, ¿por qué no se morirá?—decía a veces el cabo Re[illegible]eba, mientras cortaba el charque a la hora del rancho.

Y el trompa aseguraba gravemente que los indios no se morían sino cuando los mataban.

—

El destacamento recibió orden de recorrer las líneas del este, y abandonó el fortín una madrugada, a fines del verano.

Cacique Miguel se quedó solo, con una mula apestada por única compañía. Hasta los perros del trompa se fueron. Sus ladridos y el trote de las mulas se apagaron a la distancia, y todo el silencio del Chaco descendió sobre el fortín; un silencio de muerte que sólo turbaba de tiempo en tiempo el zumbar de los mosquitos.

El cautivo vió alejarse la tropa sin manifestar ningún signo de vida.

Había visto partir y volver muchos destacamentos en sus diez años de cautiverio.

El sargento había dejado unos pedazos de charque y un frasco de caña en el hueco del ceibo, antes de irse.

Pero cacique Miguel no bebió la caña, y los chimangos se comieron el charque.

—

Diez y seis días después, èl destacamento apareció de vuelta por una picada, con las mulas flacas y exhaustas.

Desde lejos, el sargento vió los cuervos revoloteando sobre el fortín, y adivinó que el dolor de cacique Miguel había terminado.

Lo encontraron en la actitud de siempre, junto al cadáver de la mula apestada.

Los cuervos le habían comido los ojos, pero las órbitas sangrientas y vacías parecían mirar aún más allá de los montes, al lugar donde ardieron las tolderías...

—Si'a muerto'e pena, como los aguarases—dijo el trompa.

Y esta fué la oración fúnebre de cacique Miguel.

MOTIVOS DE PALERMO
El rosedal

Perfume que se aspira, párpados que se entornan:
tricromía de encaje, versos de juventud —
las mariposas vuelan por entre los rosales
y el corazón en éxtasis se nos llena de luz.

Un enjambre de niños el jardín alboroza.
Bancos en los recodos que invitan a soñar;
unidos por un puente, la pérgola y el lago:
cabe un busto de Dante, invoco una amistad.

El cielo alegre un golfo de oro es en la mañana;
y el aire, pura seda y un brindis de oro el sol,
y cada caminito, una cinta de oro
que remata la horquilla de agua de un surtidor.

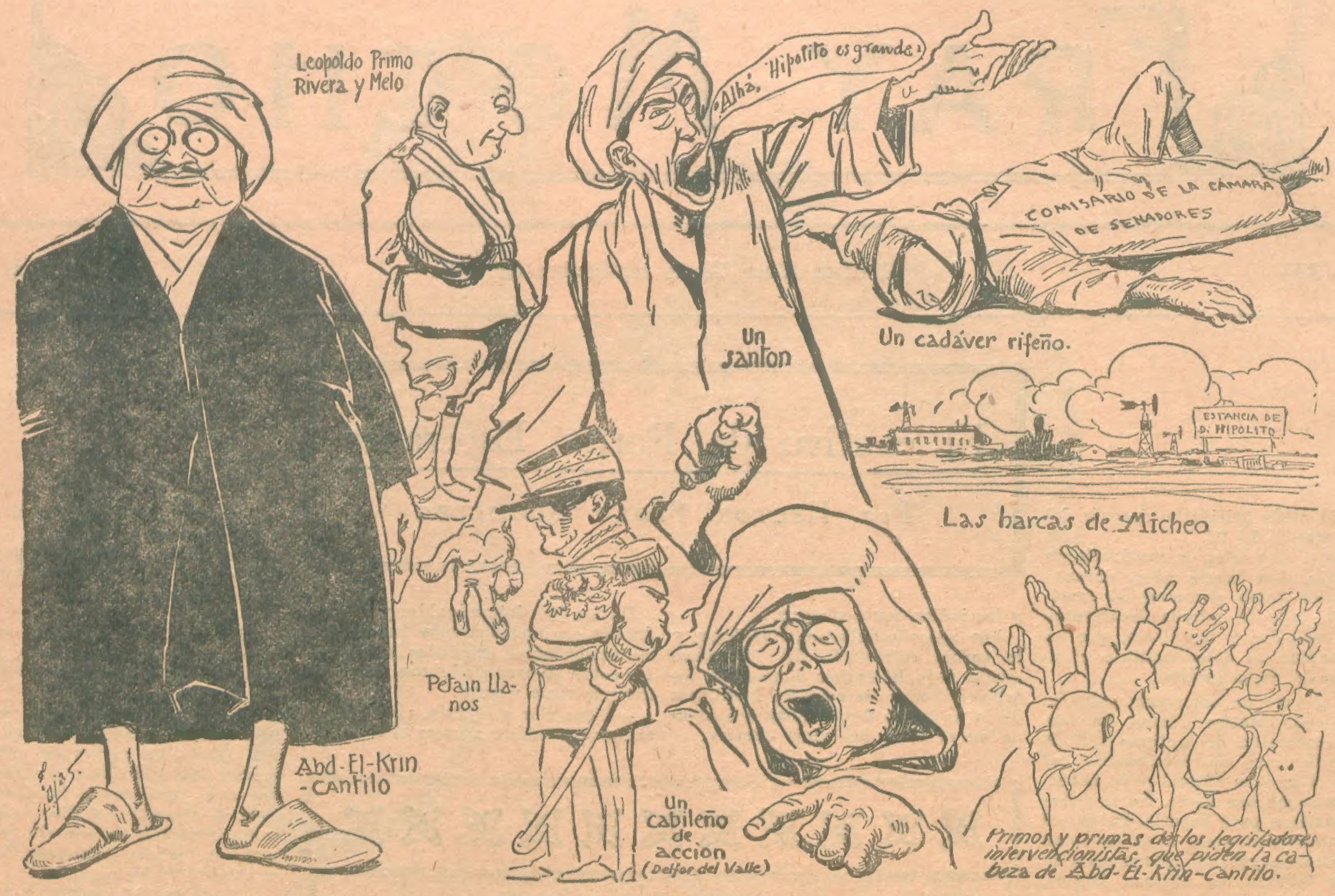
Mientras tanto, bordeando los canteros floridos,
una pareja viene y otra pareja va...
Sólo yo siempre aguardo un amor que no llega...
El pífano del viento parece suspirar.

Pero quizás un día, de improviso, me encuentre
con la "predestinada" que ha de hacerme feliz,
y sin saber que es Ella, la mire indiferente,
para después seguirla de jardín en jardín.

Rosedal de Palermo: en este instante vivo
la emoción de belleza que en tu seno anhelé—
luz, música y perfume — en mañanas como ésta,
hace ya muchos años, cuando aprendí a querer...

Santos Aguilera

DEL RIF BONAERENSE, por Rojas



MI ABUELA

Por Frigga Brockdorff-Noder

Soy una muchacha de 18 años y estoy pasando unos días en casa de mi abuela. Es ésta una mujer extraña, pequeña y esbelta, admirablemente proporcionada. Su cabeza se parece a la de un pájaro inteligente y en su cara se refleja la increíble viveza de su temperamento.

"El que no está conmigo está en mi contra", solía decir, cuando a la edad de treinta años se quedó viuda con doce hijos. Sin pestañear los vió a todos abandonar la casa paterna para entregarse los unos al arte, los otros a profesiones burguesas y algunos para caer en brazos de la muerte. Nada la conmovía: su frente permanecía siempre tersa y serena.

Nosotras, sus nietas, tenemos que dormir en su misma habitación, cubiertas en lo más crudo del invierno con una sola manta y teniendo las ventanas abiertas. La campana de un antiguo reloj azul indica los cuartos de hora y a medianoche repite nada menos que diez y seis veces. Nos quejamos en vano de que ese artefacto nos roba el sueño.

"Son los nervios, chiquillas. Tendréis que acostumbraros", nos contesta con la mayor pachorra.

Tenemos que levantarnos a las seis de la mañana. A veces fingimos estar muertas; pero sin compasión nos arranca ella la manta, la almohada y hasta las sábanas.

Parece que hoy se prepara algo extraordinario: en el desayuno me regala una naranja. Se pone luego un delantal de damasco negro y no presta atención a la lectura del periódico, examinando de ordinario escrupulosamente desde el título hasta el último renglón.

En llegando a la sección de enlaces efectuados me interrumpe: "Oye, hijita. Las chicas de hoy ¿cuándo empezáis a pensar en estas cosas? A tu edad yo tenía ya dos hijos".

"También nosotras pensamos en eso, abuela; pero cuando sentimos que somos capaces de ganarnos el pan sin ayuda de un marido, que..."

La anciana menea indignada la cabeza.

"Tener hijos, alimentarlos, educarlos y gobernar la casa, ¿no es labor bastante para llenar una existencia?"

Mi abuela me hace una seña con la mano. Con todo su prosaísmo le gusta el gesto romántico. He de sentarme en un banquillo a sus pies recostando mi cabeza en su regazo.

"Mira", me dice "el médico H... es como creado para ti, te conoce desde hace muchos años, está muy bien acomodado y ayer mismo te regaló un lindo perrito. Todos los días monta a caballo, y más aún—mi abuela busca visiblemente un argumento que me infunda respeto—y más aún: su arrogante figura se parece a la de Lohengrin", concluye triunfante.

Fijo mis ojos pensativos en el techo y mi imaginación evoca al doctor H. armado con argentina coraza; pero se la arranco en seguida riendo y busco su parecido con algún personaje histórico o un artista. Luego me pregunto sencillamente si es un hombre simpático y digo con dulzura:

"¡No, abuela, no me casaré con él!"

Mi abuela da un respingo ante tan inesperada oposición; pero no tarda en recobrar su compostura y dice con severidad:

"¿Y si fuera mi voluntad?"

"¡Tampoco en este caso, abuela!"

Sus facciones se contraen y levantándose airada exclama: "¡En esta casa no me ha de llevar nadie la contraria!"

"Me casaré sólo por amor" respondo.

"¿Amor? No hay amor que valga. ¡Lo que hay es una guerra a ultranza entre dos seres para que del suelo abonado con dolor y sangre nazca un tercero, el hijo!"

"¿Tú conoces el amor, abuela?"

"No, yo no, no sé lo que es."

"Pues existe el amor; no hay duda de que existe—somos alemanas y tenemos cabellos como el azabache,—somos germanas y tenemos los miembros juanetudos, nuestra piel trigueña indica el gitano. Nuestros negros ojos."

En este mismo instante siento una palmada en mi mejilla.

Lanzo un grito; detrás de mí se cierra una puerta.

Aquella tarde cae mi abuela gravemente enferma. Todos me miran con reproche pero yo no puedo explicarme el nexo entre esta enfermedad y mi grosería de la mañana. Los médicos dicen que se trata de una pneumonía.

Se envían telegramas en todas direcciones; de los coches que llegan se descargan maletas; los hijos acuden llamados con urgencia. La paciente sigue cada vez peor. Las noticias que llegan de su cuarto son muy malas. En cuanto a mí no me está permitida la entrada, estoy desterrada, me miran con recelo.

Así las cosas, se reúne una mañana la familia. La anciana que siente aproximarse la muerte quiere despedirse de todos sus familiares. En la vaga penumbra donde la fragancia de las flores se mezcla con el acre olor de las medicinas, la abuela busca a tientas mi mano, la estrecha entre las suyas y me acerca suavemente a sí.

"Pequeña Fides, ¡me muero! He cumplido con mi deber, cumple tú también con el tuyo. Es mi último deseo... la última súplica de tu abuela moribunda... Prométeme, júrame que te casarás con el médico H..."

Todos cuchichean, me tocan, me hacen señales con la cabeza... Pero en aquel instante descubro entre los ojos medio cerrados de la enferma una mirada fija, inexorable, triunfante. "¡No!" digo en alta voz y abandono la habitación sin añadir una palabra más.

Por la tarde del mismo día estaba mi abuela sentada junto a la ventana con el delantal de damasco negro y leía con los lentes calados su diario favorito desde el título hasta el pie de imprenta.

Las leyendas exóticas

Muggama Chudí

¡Escuchad la triste historia de la desdichada Muggama Chudí!

Dentro de un sombrío bosquecillo, junto a un estanque de tranquilas y verdosas aguas, había una imagen, la imagen de un dios cuyo semblante enigmático estaba a la vez lleno de promesas y de amenazas. Cierto día, vino a hacer sus oraciones ante el dios el obeso Chikami Chaster. Chikami Chaster era un hombrecillo gordo y rechoncho, pero tan piadoso como rechoncho y gordo. En cambio, su antiguo amigo Billika Bucher era alto y flaco, y hombre de muy buen humor. Los dos iban juntos a todas partes, y juntos también fueron a hacer sus oraciones. En el camino, se encontraron a una bella joven, que produjo en cada uno de los amigos una emoción diferente. Billika Bucher hizo como que quería detenerla para bromear con ella; Chikami Chaster, con mejor sentido, corrió a postrarse ante el dios y le dijo así:

—¡Oh, padre de todos los bienes! Junto a este sagrado paraje acabo de ver lo que yo no sabía que existiese en la tierra: una mujer en la que has reunido todas las gracias y todos los encantos. ¿Quién puede ser, padre de todos los bienes, semejante criatura? ¿Dónde vive? ¿Quiénes son sus padres?

Y he aquí que el dios, saliendo de su secular mutismo, repuso al devoto Chikami Chaster:

—La joven de quien hablas se llama Muggama Chudí, y su único pariente es su tío, Yo, el lavandero; ve, preséntate a él cortésmente y háblale.

Chikami Chaster, agradecido, dijo entonces, lleno de emoción:

—¡Padre de todos los bienes! ¡Dame a esa joven por esposa, y te haré la ofrenda que más te agrade, hasta la de mi propia cabeza!

Y he aquí que la veneranda imagen de piedra pintada se apresuró a contestar:

—¡Trato hecho, Chikami Chaster!

Pasó un mes, que para el obeso Chikami Chaster fué un mes lleno de dichas. El último día de aquel mes se celebró la boda de Chikami Chaster con Muggama Chudí. Después de las ceremonias y fiestas de rigor, Chikami Chaster y su amigo Billika Bucher montaron en su asno para regresar a su casa, seguidos de la joven esposa, que llevaba los regalos de boda.

La alegría acorta las distancias. Los viajeros estaban ya muy lejos del lugar de la boda, cuando el asno se detuvo de pronto, y las tres personas lanzaron una exclamación. Ante ellos, junto al camino y a la sombra de su bosquecillo, estaba la imagen del dios, de piedra pintada.

Chikami Chaster era piadoso y no había olvidado su voto. Temblando y con el rostro demudado, rogó a su esposa y a su amigo que le esperasen a la sombra de las higueras, mientras iba a hacer un sacrificio al dios, y metiéndose en el bosquecillo sagrado, acercóse a la imagen, desenvainó su sable y se cercenó la cabeza, rodando por el césped.

Transcurrido un largo rato, su esposa, alarmada, dijo al amigo:

—¿Qué le habrá ocurrido a mi esposo? Muy larga es su plegaria. Ve, y dile que ya es hora de seguir nuestro viaje.

Billika Bucher hizo un gracioso saludo, y dejándola a la sombra de las higueras, metióse en el bosquecillo sagrado, donde encontró el cadáver decapitado de su antiguo amigo.

—¿Quién pudo imaginar que su religiosidad llegase a este extremo?—exclamó consternado.—Ahora, su esposa, creerá que yo lo he asesinado, y la gente le dará crédito. ¡Antes la muerte que sobrevivir a mi amigo pasando injustamente por su asesino!

Y, desenvainando su sable, de un solo tajo se cortó la cabeza.

Transcurrido un largo rato, Muggama Chudí se cansó de esperar y se metió en el bosquecillo sagrado para ver lo que era de los dos hombres. Al descubrir sus cadáveres, vertió abundantes lágrimas y dijo:

—¡Qué será de mí, sola, sin esposo y sin amigo? Además, todo el mundo pensará que yo los he asesinado mientras oraban. Tú, padre de todos los bienes, que conoces mi inocencia, acepta el sacrificio de mi vida.

Y cogiendo los dos sables que había en el suelo, metió entre ellos el cuello, dispuesta a cortarse la cabeza. Pero en el mismo instante ocurrió un prodigio que el mundo no ha visto dos veces. El dios descendió de su altar, y arrebatando los sables de manos de Muggama Chudí, dijo a la joven:

—¡Basta! No necesito más pruebas de la devoción de estos hombres y del cariño que los tres os profesáis. No necesito tu vida; pídeme lo que quieras, y te será concedido.

La hermosa y joven viuda, llena de gozo, repuso:

—¡Oh, padre de todos los bienes! Si realmente estás satisfecho de nosotros, devuélveme a mi esposo y devuelve la vida a su amigo.

—Concedido—dijo el dios;—pon tú misma las cabezas sobre los hombros, y esos hombres recobrarán la existencia.

Muggama Chudí, con el corazón lleno de gozo, se apresuró a obedecer. Pero las empresas trascendentales no son para confiadas a mujeres; fuése por precipitación, o porque la emoción trastornase su inteligencia y nublase su vista, el hecho fué que la bella viuda colocó sobre los hombros del gordo Chikami Chaster la cabeza del escuálido Billika Bucher y unió al cuerpo de Billika Bucher la cabeza de Chikami Chaster. Ambos volvieron a la vida y entonces surgió la terrible cuestión: ¿Cuál era su esposo? De un lado estaba el corazón del esposo, y de otro su cabeza, y ambos hombres reclamaban sus derechos. Ambos decían a la joven: "¡Vamos, sígueme, Muggama Chudí!", y cada uno gritaba al otro: "¡Cuidado con tocar a mi esposa!"

Cada uno la cogió por un brazo y quiso llevársela consigo, mientras ella lanzaba gritos de horror.

Y aquí acaba la dolorosa historia de Muggama Chudí. Han pasado muchos años desde que ocurrió ésto; la imagen del dios ha sido casi destruída por la acción del tiempo, y todavía los dos rivales siguen tirando, cada uno por su lado, mientras la pobre Muggama Chudí envejece, con los brazos ya doloridos y la garganta destrozada a fuerza de lanzar gritos de espanto y de dolor.

VERSOS DE BURONE RISSO

NOCHE SERENA

Tomo los remos
de mi barquilla,
la luna brilla
con esplendor,
con tus encantos
yo voy soñando,
tú vas cantando
cantos de amor!

La leve brisa
con su murmullo
que es un arrullo,
girando va,
mece las hojas
de los sauzales,
y los juncales
del Paraná!

Noche apacible
de luna llena,
noche serena
sin un rumor...
Pasan las horas
en dulce calma
forjando el alma
sueños de amor!

En el espacio
la luna errante,
como un diamante
brillando está,
y se ilumina
con su reflejo
todo el espejo
del Paraná!

En esas horas
tan placenteras,
cuantas quimeras
suelo forjar,
cuando me miras
con embeleso,
y un largo beso
me sabes dar!

No hay una nube
en el vacío,
reina en el río
la soledad...
De las orillas
la honda penumbra,
la luna alumbra
con vaguedad!

Plata labrada
es la corriente
que mansamente
pasando va...
Y nada iguala
a la realeza
de la nobleza
del Paraná!

Mudos y absortos
nada decimos,
latir sentimos
el corazón...
Y en los recuerdos
soñamos tanto
con el encanto
de esa visión!

BÁQUICA

Las luces deslumbran, preludia la orquesta.
decoran la mesa fragantes bouquets,
se bebe el champaña, termina la fiesta,
en tazas de Sevres humea el café...

Amable el ambiente... Mujeres mundanas...
Las frases galantes se cruzan doquier...
Se cantan en coro canciones profanas,
canciones profanas de amor y placer!...

Manón, la que tiene suprema elegancia,
los cantos escucha con hondo desdén,
añora sus triunfos en la dulce Francia
cuando era la reina del Quartier Latin!

Fatima la ardiente y esbelta gitana
que lleva en el cinto dorado puñal,
recuerda su vida de la caravana
que en Praga dejara por un oficial...



Mercedes la maja de porte altanero,
fumando un pitillo, sonriendo contó
la trágica muerte del joven torero
que un chulo celoso, por ella mató!...

Anita me mira con honda fijeza...
de pronto muy cerca su aliento sentí...
Me dice al oído la rubia francesa:
levanta la copa y brinda por mí!...

Yo brindo por todas las bellas mujeres
que al culto de Venus su vida le dan,
y son de sus almas los hondos placeres
las danzas lascivas y el rubio champán!

Yo brindo por estos amables instantes
que anima la orquesta con ritmo sensual,
yo brindo por todas las bocas amantes
que al beso le ofrecen su rojo coral!...

¡Yo brindo por todas! ¡no brindo por una!...
¡Pues todas avivan a un tiempo mi ardor!...
Y a todas amando, no quiero a ninguna,
yo busco placeres, y no quiero amor!...

Y entonces Anita la rubia francesa,
que alegre mi errante bohemia siguió,
clavóme los ojos con honda fijeza,
y el rubio champaña de pronto volcó!...

¿MELENITA O CABELLERA?
¿Cuál es mejor?

Para una viva mirada,
y una cara redondita,
y una ñata respingada,
y una risita zafada:
se impone la melenita!

Para un rostro de madona,
para una frente severa,
para una voz remolona
y mirada dormilona:
se impone la cabellera!

Para un andar sandunguero,
para una falda cortita,
para un mirar zalamero,
para una voz de jilguero:
se impone la melenita!

Para un rostro de marfil
que vela azulada ojera,
para silueta monjil
de blanco lirio de abril:
se impone la cabellera!

Para una sangre de ardilla
y una loca cabecita,
que al sentarse en una silla
enseña hasta la rodilla:
se impone la melenita!

Para una Ofelia doliente
de voz dulce y plañidera,
que doblegando la frente
herida de amor se siente:
se impone la cabellera!

Y la duda traicionera
que deja el problema en pos,
la resuelvo a mi manera:
¿Melenita o cabellera?...
¡Pues me quedo con las dos!

LA SIESTA

Cantando está la chicharra
sofocada de calor,
y pía la tacuarita
desde el espinillo en flor!

Cruza el llano solitario,
Ildefonso el payador,
envuelto en nube de polvo
bajo el sol abrasador...

Petrona la linda moza,
sentada en el corredor,
está preparando el mate
para ofrecerlo al cantor.

Junto a la prenda querida,
ya se encuentra el payador,
suena un razgueo armonioso,
vibra una endecha de amor...

Cantando está la chicharra
sofocada de calor...
En el llano solitario
no se oye ningún rumor...

Y pía la tacuarita
desde el espinillo en flor.
Es la hora de la siesta...
Vacío está el corredor!

Crónica de Londres

Escenas del Monte de Piedad

"The Pawnbroker's Shop"

El Banco de los Pobres o el Asilo de la Miseria

> "Con frecuencia he dicho: que detrás del dolor hay siempre un dolor; pero más sabio fuera decir: que detrás del dolor hay siempre un alma.
>
> Oscar Wilde."

Bajo la gris lluvia de un mes de otoño, en una tarde expirante cuya luz se desvanecía tristemente, me paseaba por las calles de Londres escrutando la inquietud de los hombres y la expresión de las cosas; caía una llovizna uniforme, penetrante y fina como la aspersión de un pulverizador, pero mi viejo impermeable, mi ''Burberry'' favorito en esta tierra inglesa, me abrigaba con calor, resguardándome muy bien de un tiempo inclemente.

Sin indiferencia pero tampoco sin ansiosa curiosidad, eché a andar, como de costumbre, con mi vaga melancolía que debió nacer conmigo puesto que siempre me acompaña.

Esta vez, me había propuesto conocer a fondo, hasta en sus mínimos detalles, lo que yo llamo: ''el banco de los pobres'', es decir, el Monte de Piedad, mejor conocido en Inglaterra por el nombre de: ''Pawnbroker's Shop'', cuya traducción literal más aproximada sería, la ''casa del prendero''.

Con este fin me había orientado convenientemente, tomando ''Hampstead Road'', una calle amplia como un bulevar y que conduce hacia el distrito noroeste de Londres, cuando se parte del lujoso ''West-end''. A medida que entraba en los barrios más pobres, mi vista iba descubriendo al áureo distintivo de las casas de empeño: las tres bolas doradas que, también, usan los negocios análogos en los países de América.

Iba decidido a entrar en una de ellas pero, era menester empeñar algo; con este pensamiento salí de mi casa, llevando un paraguas que no usaba casi nunca y una cigarrera de acero oxidado que, por lo grande y pesada, me rompía el bolsillo; estos dos objetos estaba ya escrito que habrían de ser las víctimas.

Detenerse a la puerta de estos comercios sin entrar, es escrutar sin comprender. Más adelante veréis que yo no vacilé, sino que entré resueltamente.

Días antes, busqué por todas partes un Monte de Piedad para la gente menesterosa; pero busqué en vano, sin que ninguno me satisfaciera: eran casas demasiado lujosas, demasiado exclusivistas, que reciben alhajas solamente y cuya clientela está compuesta por una clase aristocrática que sin estar en la pobreza, propiamente hablando, tienen también sus apremios. A estas suelen ir, especialmente, las ''señoras de la sociedad'' cuando alguna cuenta de sus modistas las apura, y las actrices consagradas con un buen capital en joyas pero, cuyos sueldos por buenos que sean, siempre son exiguos para sus extravagancias. No; no eran estos negocios los que yo deseaba encontrar, sino los ''bric a bracs'' del modesto suburbio, en donde se empeña todo: desde el anillo de bodas hasta la camisa cuando está limpia.

Yo prefiero hablar de estos últimos porque me interesan más; porque en ellos se palpa hasta lo increíble la lucha por los menesteres de la vida, y porque penetrando en sus misterios se comprende mejor el oculto drama de la miseria. Son tristes cuadros sumergidos en la sombra que sólo las personas acostumbradas a observar conocen; los demás, unos por orgullo, y otros, por negligencia, no descienden hasta estos asilos del pauperismo. Pero conociendo el deber del escritor que importa narrar, hoy tanto más me empeño en evocarlos cuanto que só lo indiferente que son. Puede que algún día estas páginas adquieran mayor valor, o sirvan de guía para algún extranjero que anhele ver con sus propios ojos las imágenes que yo describo aquí. Permitidme, entonces, este ligero bosquejo.

Os había dicho en el ''introito'' de estas líneas, para daros una idea del paisaje que aquella tarde, sin llover copiosamente, caía una lluvia lenta y fina, lo bastante uniforme para mojar las ropas. Tal vez, a esta especial circunstancia, más que a mi decisión, deba la oportunidad de haber penetrado en un Monte de Piedad, de los más pobres y extraños que se conocen en Londres.

Una fachada miserable y un interior más miserable aún, componen esta casa situada en ''Hampstead Road''. Franqueando la puerta de entrada, se encuentra uno frente a una serie de cuartos independientes, pequeños como celdas monacales, que dan a un mostrador común, de vieja madera de pino cuyo barniz ha desaparecido por el uso y el tiempo; todo un conjunto lúgubre y sombrío, apenas iluminado débilmente por un pico de gas, sin tulipa ni reverbero, y por un tragaluz abierto en el techo que filtrando una claridad crepuscular, parece tocar a su fin. Ninguna decoración embellece este recinto; ningún calor hace pensar en el hospitalario albergue: más que una casa habitable parece un sepulcro; en suma, un rincón donde ha desaparecido la alegría.

Como es un día lunes, las celdas están ocupadas; el sábado y el domingo han sido vísperas de cierto esparcimiento: el pueblo, abrumado de cansancio y penurias, ha mitigado la crueldad de sus luchas permitiéndose un poco de solaz y consuelo.

Como todo me interesa, dirijo mi visual a todas partes; alrededor hay una porción de bultos, cajas y paquetes arrimados a los muros, al parecer en confuso desaliño pero clasificados con el número de orden de la póliza de empeño cuyo talón, según la costumbre inglesa, se prende con un alfiler al objeto en depósito. Las prendas se guardan de la misma manera en los establecimientos de lujo, sólo que en éstos ya son recintos especiales. Pero acá, en este desolado tugurio, están a la vista del público, diríase que los pobres no pueden tener el orgullo de permanecer incógnitos.

Las prendas están tan cerca de mí, que leo, sin dificultad, el nombre de su dueño, el objeto y la cantidad del préstamo. No deja de ser práctica y curiosa la forma abreviada y explícita que emplean los prenderos ingleses, para llenar las boletas sin mayores trámites; en esto, reconozco que son expeditivos.

Mientras me llega el turno, me distraigo leyendo los cartoncitos adheridos a los envoltorios; la diversidad de los artículos atrae mi atención, aunque cada boleta encierra el enigma de un angustioso apremio, cada una de ellas refleja un cuadro de dolor o hambre. Al ver la profusión de los objetos empeñados, confieso que estuve a punto de reír, olvidando aquellos momentos de profunda humildad.

Leed pausadamente, a título ilustrativo, esta breve lista que no os ocupará mucho tiempo; y, en cambio, tendréis una idea de aquel drama invisible que bien puede llamarse: ''Necesidad''.

N.° 115. Mary Hamilton. Dos raquetas de ''tennis'', un corset (una ballena rota; 15 chelines.

N.° 120. Edward Thompson. Una cigarrera de níquel (bisagra gastada); 1 chelín.

N.° 123. Henrieta Harlington. Seis sábanas de hilo (usadas), dos calzones (uno nuevo); 1 libra esterlina.

N.° 125. John Williams. Un traje completo (el chaleco manchado); 12 chelines.

N.° 126. George Butler. Un gabán de paño gris, dos pares de calcetines; 9 chelines.

N.° 133. Charlotte Duval. Un gramófono, tres cacerolas de aluminio; 22 chelines.

N.° 134. Elizabeth Milton. Un par de zapatos de fantasía con hebillas de plata; 25 chelines.

N.° 137. Matthias Roberts. Un calzoncillo de punto (sin botones); 9 peniques.

Pero hablar de un establecimiento de esta naturaleza, sin antes hablar de su dueño, el prestamista, ¿sería un relato completo? No. Entonces, escuchad:

El prendero era un hombre como de cincuenta años, alto, corpulento, fuerte y recio; en su juventud había sido aprendiz después, con el tiempo, sus ahorros le permitieron una participación en el negocio, y, finalmente, con un capital propio se instaló por su cuenta. Había hecho la carrera que hacen todos los de su oficio. No estará de más decir al lector que en Inglaterra las casas de empeño son establecimientos particulares, pero muy bien controlados por el Estado. Sigamos trazando la semblanza de este personaje estoico y frío, que tiene un singular interés en el presente relato; de su inflexibilidad o bondad depende el consuelo de unos seres infelices: según que él acepte o rechace sus prendas, estos desdichados comerán o no.

Lo más lógico es pensar que en su juventud fuera puro y generoso, pero a fuer de oír los reproches de su patrón, cuando por piedad intervenía en favor de algún menesteroso, concluyó por abstenerse de todo aquello que pudiera ser un signo caritativo. Viendo todos los días aquellos espectros creados por la desigualdad humana, los mismos rostros marcados con el rictus del dolor, y castigados por la miseria, se acostumbró a su oficio, se tornó indiferente a las explosiones del sentimiento y, por último, se hizo de un corazón mercantil; pero para no ser injusto, podría decir que no era ni malo ni bueno, sino insensible; era uno de esos tantos hombres que viven con honradez comercial, y que no contemplan más razones que aquellas que les producen un

beneficio inmediato, material y positivo.

Es bajo este aspecto que voy a presentarlo, pues no es en su juventud sino en su madurez que yo le conocí. Este hombre insensible era un judío inglés: se llamaba míster Wills.

En el momento en que se acercó al mostrador de su hormiguero, repleto de indigentes, para atender su "clientela", fumaba un grueso cigarro habano, tardío privilegio de su jerarquía, cuando era aprendiz no le estaba permitido fumar.

Le llegó el turno a una joven de 17 años, joven he dicho, casi una niña por su edad, pero que la vida con su inclemente destino la había adelantado toda la experiencia de una mujer. Sus facciones eran finas y sus cabellos rubios, brillantes y abundosos; pero, todo su físico estaba destruído, una existencia de penurias y privaciones había hecho su estrago y abierto un abismo; en plena juventud llevaba la vejez en el alma y pronto la llevaría en el cuerpo...

Depositó un paquete sobre el mostrador y comenzó a desatarlo con dificultad. El prendero se inclinó y preguntó por el contenido:

—A ver, ¿qué es lo que trae usted?

—Son las ropitas de mi hijito, señor.—La infeliz pronunció estas palabras con la humildad del que no posee nada más en el mundo.

—Bueno, ¡apresurarse... apresurarse!

—Sí, señor; en seguida—repuso nerviosa, se ayudó con los dientes y deshizo el nudo.

—¡Vamos a ver!—dijo míster Wills, examinando el contenido.—Dos batitas de lana, un babero con puntillas y una frazada, también para niño... ¡Bah, esto no vale nada!...

La pobre mujer se estremeció de angustia al oír estas palabras precursoras de un rechazo absoluto.

—Señor...—suplicó—las batitas son de pura lana... yo misma las he tejido...; las puntillas del babero son finas..., y la frazada es nueva, está limpia, esta mañana la he lavado y planchado para traerla. ¡Deme lo que a usted le parezca, señor; tengo mi hijito enfermo, necesito dinero!

—Sí; la frazada es lo único que vale algo, porque tiene mayor cantidad de lana, pero está húmeda todavía; es un artículo que se echará a perder si se guarda así... Y si usted no lo rescata ¿cómo podré yo resarcirme del préstamo, sino puedo venderlo?... Siento mucho, pero no puedo darla nada. Traiga usted otra cosa.

Un sudor frío corría por la frente de la desdichada; en ese momento creo, yo, que se sintió morir... Pero la imagen de su niño, iluminó su corazón de madre e imploró:

—¡Por favor, señor, deme usted lo que pueda! Le prometo retirar la ropita... ¡se lo juro por Dios! ¡Tenga lástima de mí! ¡Tengo mi hijito enfermo..., se me muere!... Necesito comprarle un remedio. Deme usted cualquier cosa, usted no perderá nada...

—Sí..., sí; todos prometen lo mismo, y después me dejan para siempre lo inservible, lo que no se puede mandar al remate.

—Pero yo no haré eso, señor; ¡se lo juro por lo que más quiero! ¡Por mi hijito!... Usted no perderá nada... ¡Yo voy a trabajar! ¡Oh, sí, trabajaré!

—Eso lo dice usted ahora y de buena fe, pero cuando llegue fin de mes y no tenga un céntimo, me dejará todo esto de recuerdo. ¡Bah... nó sea usted cargosa, no le puedo dar nada. ¡No me haga usted perder mi tiempo!

—¡Oh, no, señor; por amor de Dios! No haga usted eso. Yo soy fuerte..., yo trabajaré... Acaso ¿no lo necesito? Tengo mi hijito enfermo; sea usted bueno... ¡Tenga lástima de mí! ¡Mire cómo sufro!... ¡Mire cómo lloro!... ¡Por mi niño, señor, por mi niño! ¡tenga piedad de él!

El llanto que ahogaba su garganta no la dejó seguir.

No sé si fueron sus palabras o las lágrimas que corrían por el rostro de esta madre agonizante de angustia, lo que conmovió el alma de míster Wills. No sé; pero ambas cosas eran patéticas; lo uno o lo otro hubiera ablandado un corazón de granito.

Míster Wills mordió el cigarro habano, le dió vuelta entre sus dientes, señal en él de profunda vacilación y, por último, exclamó:

—Por hacerla un servicio, nada más que por hacerla un servicio, oígalo usted bien, le daré cuatro chelines.

La mujer apenas si pudo balbucear estas palabras:

—¡Oh, gracias, señor, gracias! ¡Dios le bendecirá!

Yo vi las ropitas de su niño expuestas sobre el mostrador, y pude comprobar que el prendero no arriesgaba nada, puesto que las prendas valían esa suma; pero a ese mísero ser, que abandonaba la sociedad, le pareció que era una dádiva del cielo, puesto que de la tierra ya no esperaba nada, le pareció que míster Wills era su bienhechor y, al recibir las monedas le besó la mano.

Yo vi en este cuadro la desesperación de una madre mezclada de gratitud. Cuando ella abrió la puerta de su cuarto, yo me adelanté y la di una libra; y sin esperar respuesta me volví al mío. Estaba atontado.

He dicho al principio que míster Wills no era ni malo ni bueno, sino que tenía un corazón mercantil, una conciencia mercantil si queréis, y no os cause extrañeza: de esas conciencias que jamás hacen una caridad hay muchas. Míster Wills tenía la costumbre de considerar las cosas, desde el punto de vista comercial solamente. Yo no me equivocaría en asegurar que por nada en el mundo, él cobraría un penique de más; pero también por nada en el mundo afrontaría el riesgo de perderlo. Para mí, le faltaba esa tolerancia que dan los humanos sentimientos, nada más.

Desde ese momento, al salir de aquel convulsivo remolino que agitaba la angustia de un ser maltratado por el azar, yo puedo decir que había conocido lo que era una casa de empeños... y lo que era un prendero.

La suerte que corrió mi paraguas, la imaginará el lector si recuerda que estaba algo más húmedo que la frazada de lana; y en cuanto a mi vieja cigarrera, no la quise inmolar; logrado mi propósito cual era el de ver lo que hasta entonces nunca había visto, no la presenté al prolijo examen del judío. Me volví con ella, aún la tengo, es uno de mis tantos recuerdos de paseante solitario.

De aquel gran establecimiento de Buenos Aires conservo, por fortuna, una impresión menos ingrata, quiero decir, menos patética. Para mí fué siempre un banco lujoso, no lo niego, pero indiscreto, donde es imposible empeñar un botón de camisa sin que todos lo vean; mas, no es en esto que reside mi aversión, sino en un recuerdo grabado en mi adolescencia: en un portero orgulloso que atendía al público, y que, no sé por qué razón, había llegado a creerse un capitalista.

Me acuerdo muy bien de este hecho y con profusión de detalles. Tenía yo 17 años; acababa de salir de la Escuela Naval de mi tierra y llevaba a empeñar mi sextante—un aparato astronómico que emplean los marinos para medir ángulos, particularmente, cuando toman la altura de los astros;—esto era lo único que en ese entonces poseía.

Al llegar al Banco de Crédito Prendario, lo llamaré así como en Chile, porque me parece mejor, me detuve a su puerta algo cohibido, su grandiosidad me desconcertaba; eché una mirada al suntuoso edificio no sin cierto recelo y no es extraño, era la primera vez de mi vida que iba a "hospitalizar"...; pero bien pronto me repuse, nada tenía que temer. ¿No iba a pagar como todos, los intereses? Subí, pues, la escalinata de mármol y crucé el gran "hall" hasta penetrar en otro más pequeño que servía de antesala. Aquí observé que una señora con un gran bulto cuya envoltura era de papel de embalar, entraba en un cuartito, creo numerado en el frontispicio de la puerta. "Acá debe ser, exclamé, donde se enseñan las prendas", y abrí la puerta del cuarto contiguo, cuando de pronto la recia mano del portero me detuvo del brazo, bruscamente, diciéndome:

—¿A dónde va usted?

—Voy a empeñar esto...—repuse con voz tímida.

—¿No sabe usted que debe llenar una boleta, primero?

—¡No sabía..., ignoraba... Disculpe usted!

—¡Es que no debe ignorar nada!... Ahí, sobre esa mesa, tiene formularios; escriba en uno de ellos, con letra clara, su nombre y apellido, y, al pie, su domicilio.

—Ya está—le respondí, así que lo hube llenado.

—Bueno... Siéntese, ahí, y espere.

Como transcurriera algún tiempo sin que me llamara, pregunté:

—¿Hay mucho que esperar todavía?

—Eso, no sé.

—¿Hay muchos antes que yo?—volví a preguntar.

—¡Tampoco lo sé!

Por fin cuando me llegó el turno, me gritó:

—¡Ahora le toca a usted! ¡Entre en el cuarto número 10 y espere!

—¿Otra vez?—interrogué con sorpresa.

—¡Sí, otra vez; hasta que venga el empleado! ¡Y no se lo haga repetir dos veces!...

Así que me hallé libre de este portero que mandaba como un coronel, respiré un poco y pensé: "Si no ha terminado mi vía crucis, al menos el empleado será más amable"... Me equivoqué. Eran ilusiones de impúber. Cuando se me acercó el tasador, me dijo con un imperio que no olvido:

—¿Qué es lo que trae usted?... ¡Abra esa caja!

Entonces la abrí; él metió su nariz y gritó con un gesto despectivo:

—¡Eso no sirve!

—Señor... es un sextante...

—¡Le digo a usted que no sirve!

—¡Pero señor, si está nuevo!

—¡Estará nuevo; perfectamente! Pero yo no entiendo en matemáticas.

POEMAS CORTOS

AZUL Y VERDE

Azul y verde... Llanura y cielo.
Azul y verde... Montaña y mar...
Cuatro acicates para este anhelo
que el alma mía quiere enterrar.

PONIENTE

¡Cuántas luces! Mira... Se incendia el poniente.
Y allí corre sangre de mi corazón.
Después, tú no digas: —No supo, no siente.
Después tú no digas: —Mató su ilusión.

Voy quedando exangüe. ¡Se van con mi día
tantas ilusiones que no han de volver!...
Vertical de hierro me hará mi energía,
vertical de hierro... Tú lo vas a ver...

DAME EL VASO DE ORO

Dame el vaso de oro. Comienza la fiesta.
Dame el vaso de oro que quiero brindar
por aquellos que hablan, sin hallar respuesta,
por los que entendiendo tienen que callar,
por los que se pierden camino adelante,
por los que naufragan en el ancho mar,
por quien llega tarde... Concluyo. Es bastante.
Bebamos el cáliz... Esto va a empezar.

VIDA

Vida, vida, yo adoro ese zarpazo
que me hiende y desgarra sin piedad.
Nunca supe llorar ni amé el regazo
blando y tibio que es todo suavidad.

La lucha es lo que quiero. ¡Ponme un lazo,
verás si me agiganta tu crueldad!
¡Dame salmuera, asfíxiame en tu abrazo!
que a lo mejor me das la Eternidad...

María Alicia DOMÍNGUEZ.

Sentí deseos de decirle: "Entonces es usted el que no sirve". Pero mi cortedad me venció. Cerré la caja de mi sextante y regresé a mi casa cabizbajo y pensativo. He dicho que contaba apenas 17 años; y bien, era la primera realidad que me hería con toda su aspereza. A partir de ese día, siendo muy jovencito, entré como un hombre en la batalla de la vida.

Años más tarde en Europa, precisamente la tarde en que presencié ese triste episodio del infortunio, en la casa del judío inglés, una vez en la calle con mi pensamiento castigado por las mezquindades de la tierra, me pregunté atribulado, no por mí que nada necesitaba, sino por los menesterosos, por mis hermanos de la Biblia: "¿Quién habrá sido el ingenuo que bautizó estas instituciones con el nombre de "Monte de Piedad", cuando de piedad no tienen más que la leyenda? ¡Quién habrá tenido la hipocresía de disfrazar con una frase sentimental, lo que en realidad es un pingüe negocio para sus dueños! ¡Dónde está la piedad de estas casas que realizan una operación absolutamente comercial, cobrando buenos intereses por el préstamo que acuerdan,—siempre garantizado por los artículos que reciben—y en donde las prendas se tasan desproporcionadamente, lo que les produce un segundo beneficio cuando no se rescatan a su debido tiempo! ¿Dónde está esa piedad?... Al menos, yo no la veo".

Antiguamente era lógica esa denominación, puesto que el "Monte di Pietá", establecimiento de origen italiano, se fundó con el objeto de ayudar a los pobres que estaban a merced de los judíos. Recuerdo haber leído, no sé en dónde, que a mediados del siglo XV el padre Bernabé de Terni, aceptando el óbolo de la gente piadosa, llegó a formar un fondo de reserva mediante el cual se acordaban préstamos gratuitos, a lo sumo, lo que se percibía era un insignificante derecho para cubrir los gastos que demandaban el sostenimiento de dicha institución.

En Italia tenían un carácter de beneficencia; así el "Monte di Pietá", en el Piamonte, prestaba a los agricultores las semillas de cereales para la siembra, que luego devolvían al final de la cosecha. En Alemania el Monte de Piedad, de Nuremberg, y en el norte de la misma el de Hamburgo, era una institución puramente caritativa. Hoy ha perdido este carácter y para citar la frase de Vidal: "Es necesario no permanecer en éxtasis ante estos establecimientos de usura privilegiada que, por una irrisión, llaman Monte de Piedad y que parecen especular con el hambre y los vicios de las clases pobres de la sociedad".

En la Argentina, la absurda denominación de que hablo ha desaparecido oficialmente; el establecimiento se llama "Banco Municipal de Préstamos" (municipal porque lo administra la comuna), aunque más correcto y mejor definido estaría llamándole como en Chile: "Banco de Crédito Prendario", desde que los préstamos sólo se acuerdan con la garantía de las prendas que se entregan en depósito; a mi juicio la palabra "prendario" es indispensable para definirlo bien.

En Francia, el primer Monte de Piedad fué abierto en París el 1.° de enero de 1778; como veis, hace ya largo rato. Siguiéronle, más tarde, aquellos fundados en Burdeos, el 30 de julio de 1806, y en Marsella, el 10 de marzo de 1807. A partir de esta fecha se instituyen otros análogos en las demás ciudades pero conservando hasta ahora la irrisión del nombre.

No sucede así en Inglaterra, el nombre no choca a ninguno; la leyenda: "Pawnbroker's Shop", que aparece en las fachadas, no humilla a nadie. En ella no se hace alarde de caridad, es simplemente un comercio como cualquier otro. En efecto, literalmente, "Pawnbroker" quiere decir: "prendero", y "Shop": "tienda o negocio". No se puede pedir expresión más sencilla ni leyenda más simple. La concisión y brevedad que caracterizan el idioma de Shakespeare son cualidades encantadoras; la perífrasis de las lenguas latinas—permitidme esta pequeña digresión—con sus preposiciones y pronombres correlativos, para mí es insoportablemente penosa; es lo único que me hace sufrir cuando escribo. ¡Ah, si se pudiera en castellano reducir a su mínima cantidad el "que" y el "de"! ¡Qué gloria sería!

A propósito, aprended un poco de gramática inglesa alusiva a esta narración; es sencilla, tal vez algún día os sea de utilidad. Os prometo no ser extenso:

"To pawn", es el infinitivo del verbo "empeñar; "pawned", es el participio pasado y también tiene igual forma en el pretérito perfecto. Construyamos, ahora, algunas frases:

Empeñar un reloj: "To pawn a watch; empeñar una sortija: "To pawn a ring".

Un reloj empeñado: "A pawned watch"; una sortija empeñada: "A pawned ring".

¿Veis? Siempre lo mismo. No es difícil. Tal vez la fonética del lenguaje anglosajón os desagrade al oído, en todo caso será al principio, después no; os acostumbráis y "to pawn" en inglés os resulta tan fácil como empeñar en castellano. Acaso lo difícil sea lo contrario, "to redeem": rescatar o desempeñar, pues se requiere más empeño... No siempre es factible esto último; y sino, escuchad lo que voy a referiros:

Mi viejo amigo el periodista Williams, a quien me presentaron una tarde al salir juntos de "The Morning Post", tenía la maldita costumbre de empeñarlo todo. Una de esas tantas veces en que solía encontrarle en la calle o en el café, le dije con afectuosidad:

—¡Hola, mi querido Williams! ¿Tú por aquí?

—Sí; vengo de empeñar mi reloj.—Y como yo no le contestara algo sorprendido, me hizo esta revelación con toda franqueza y sin que en sus palabras existiese el menor signo de incoherencia: —Para mí, es un arte empeñar—me dijo,—al principio me disgustaba; después me acostumbré. Y ahora, cuando no empeño nada estoy nervioso.

—Es realmente interesante tu psicología—fué mi respuesta.—Tal vez hayas contraído un vicio como el del tabaco...

—No, no es un vicio; lo hago por costumbre, por "sport", si tú quieres, como dicen algunos. Al principio, lo hacía como todos por necesidad; pero hoy que mis recursos me permiten llevar una vida tan desahogada, sin apuros de ninguna naturaleza, cuando empeño es por distracción. ¿Tú te ríes?, pero te aseguro que no es desagradable... y además, tiene muchas ventajas. Por ejemplo, como mi habitación no tiene guardarropa, me falta un mueble apropiado para mis prendas de vestir; entonces, ¿qué hago? Al terminar el verano, llevo a empeñar mi gabán de pieles y mis trajes de invierno. Al empezar los primeros fríos, retiro lo que me hace falta. Esta es la mejor manera de conservar las cosas.

—Veo que razonas muy bien.

—Es cierto; sin embargo, no dejo de reconocer que esta costumbre de empeñar me ha ocasionado una gran desgracia. Te contaré.

—Yo tenía una novia irlandesa con quien me iba a casar; nos queríamos mucho. Solíamos ir al teatro dos veces por semana, cenábamos con frecuencia en los restaurantes, y, paseábamos juntos por todas partes. Una vez, para el día de su onomástico la regalé unos zapatos muy bonitos; ella quedó encantada... Esto no tiene nada de extraño. ¿No te parece? En Europa es muy común regalar cosas útiles... Yo no sé si en tu país se hace lo mismo...

—Sí; a veces, lo mismo..., lo mismo—exclamé.

—Pues bien, al día siguiente, como la ajustaran mucho, la prometí cambiárselos por otros más grandes. Después... lo que pasó fué obra de la fatalidad; en lugar de cambiárselos se los empeñé.

Cuando arrepentido la confesé mi falta, ella me insultó, reñimos y nos separamos para siempre. ¿Es bien triste, verdad?

—Sí, realmente; a veces una irreflexión...—respondí por mantener el diálogo.

—¡No..., no...; te equivocas! En mí no fué una irreflexión; lo que hice lo había premeditado: ¡la regalé los zapatos para empeñárselos!... ¿Comprendes ahora?

—¡Sí, comprendo, comprendo!...

¡Pobre Williams, se había vuelto loco! El día que le internamos en un asilo de lunáticos, cuando ya su locura dejó de ser inofensiva, me llamó aparte y me dijo al oído:

—Yo sé que tú eres pobre, mientras yo soy rico. Estoy en la opulencia—digamos al lector que hacía rato que luchaba por el mendrugo,—esta mansión que ves aquí—siguió diciéndome—con fuentes y jardines, es mía; mi deber es ayudarte, escúchame: en el bolsillo interior de mi gabán que he dejado en casa, hay un capital en pólizas de empeño, puedes rescatar las prendas; yo te las regalo, son para ti.

—¡Gracias—repuse,—gracias, mi querido Williams!

—No, no; no basta que me agradezcas, es necesario que cumplas...

—¡Cumpliré!—le dije; le abracé entristecido y me fuí.

Una semana después entre sus amigos reunimos treinta libras esterlinas y rescatamos su vestuario y demás objetos empeñados; acondicioné todo en un cajón y se lo mandé a una tía soltera que vivía en Escocia, con una esquela relatando lo ocurrido.

El pobre Williams quedó en "su mansión" trocando su manía de empeñar por el delirio de las grandezas. En su triste reclusión se creyó un príncipe y, acaso, hasta sus últimos días fué feliz, como Rubén Darío que, no teniendo nada, siempre hablaba de "sus castillos..., sus cisnes y sus lagos".

Ricardo H. [illegible]

Londres, 1925.

PALABRAS LIRICAS

No hay riqueza más pura que la del sano optimismo.

—Sed de idealidad y de justicia debe ser la aspiración constante de las democracias.

—La mejor virtud de un hombre es la de ser misericordioso.

—Los pobres vergonzantes necesitan de la caridad silenciosa y del alivio salvador de las voces cordiales.

—No desmayemos ante los dolores. Hasta el día final a veces no soplan los vientos propicios de la felicidad, y con ella la vida se nos trunca.

—Un espíritu honrado debe tratar de que su palabra sea, en todo lugar de discordia, como el arco iris anunciando el fin de una tormenta.

—La escuela debe aún democratizarse y desempeñar una función social más amplia que la que al presente desarrolla.

Oscar Alberto Ibar[illegible]

Espeluznante relato de un naufragio

El capitán, viendo perdida su embarcación y en trance de muerte a su esposa e hijos, se suicida.— Un amanecer entre cadáveres, sobre la inmensidad del mar.

Copiamos esta crónica de "El Heraldo" de Cuba.

"Espantosamente trágico, provisto de todos los ribetes dramáticos que harían palpitar al espíritu más fuerte, es el relato que hace un viejo lobo de mar, del naufragio de la goleta cubana "Lucía", ocurrido a la altura del cabo Catoche.

Primero, como un presagio la tempestad desarboló la embarcación y el valor estoico de la marinería desafiando de nuevo las iras de la naturaleza les hizo reanudar la marcha por los mares embravecidos.

Pero... no agreguemos una palabra más; dejemos que el viejo marino, en su lenguaje rudo y sincero, en ese lenguaje que traduce aún la emoción del momento terrible cuando veía morir a su capitán, a la esposa de éste y a los dos pequeñuelos, nos lo describa:

Relato de Manuel Núñez. — El fatídico día 13.

El jueves 13 de abril del año 1919 por la mañana, salió de la Habana la goleta "Lucía", de la Compañía habanera "La Auxiliar Marítima", en lastre, con rumbo a Cárdenas. A bordo se hallaban el capitán del buque, don Ricardo Campoamor, su esposa, la señora Amparo M. de Campoamor y dos de sus hijos, Ricardo y Fernando, de seis y cuatro años respectivamente; Elena Campoamor, y la tripulación; Manuel Piedra, asturiano, ayudante del capitán; don José Sánchez Díaz, primer oficial, también español, como de cuarenta años de edad; Ramón Calo Trillo, cubano, contramaestre y los marineros Roque Haz Traba, José Tariño Pedreira, Manuel Navarro García, Benito Montar Barreiro, Antonio Gallegos Martínez, Pío Larios Alvarez, Fernando Estrada Vieyra y Manuel Núñez.

El buque llegó, sin contratiempo, a Cárdenas, de donde tomó la siguiente carga: 3.500 pipas de aguardiente, 2.000 sacos de azúcar, 109 sacos de tabaco y maderas. Una parte de este cargamento estaba destinado para Bahía, y el resto para Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

El contratiempo del presagio

Cuando el barco se había alejado ya de las costas cubanas, buscando el rumbo de la América del Sur, una noche, fué sorprendido por una espantosa tormenta, y arrojado más al Norte de las Islas Bahamas. Resultó el barco con tan serias averías, que su capitán, el señor Campoamor, se vió obligado a arribar a Norfolk, para repararlo. La embarcación había sido desmantelada. Y el día 3 de mayo zarpó la goleta "Lucía" de Norfolk, cuando todos creían que había desaparecido el peligro. Pero no bien hubieron marchado doscientas millas, cuando un nuevo temporal los sorprendió, a la altura de las Bermudas. Los marineros, bajo las órdenes del capitán Campoamor, echaron abajo las velas del buque, e hicieron toda clase de esfuerzos por salvarse. Durante tres días con sus noches la tripulación no durmió, trabajando siempre para contrarrestar la fuerza de la tempestad, que cada vez más parecía tomar mayores proporciones. Todos corrían, todos desesperaban...

Escenas desgarradoras. — Suicidio del capitán

La "Lucía" fué arrojada hasta el canal de Yucatán. Y en espera de ponerse en salvo, el capitán pugnaba por arribar, a costa de inauditos esfuerzos, a la Isla de Cuba, o a la Isla de Pinos, o a Kingston, pero todo fué en vano. La carga, desde el primer día del temporal, había sido arrojada al agua. Tres días después, las velas, equipajes, todo. Y una obscura noche de los primeros días del mes de junio —pues Manuel Núñez no recuerda cuál fué—el viejo marinero vió morir a su lado a los pocos que quedaban. Porque el oficial primero, el contramaestre y dos marineros, habían perecido ya... Esa noche, el capitán ordenó que su esposa, su hermana y sus hijos, fueran atados fuertemente a los mástiles del bergantín, y él, sin abandonar el timón, desesperaba por salvarse. "La noche estaba negra—dice Manuel Núñez,—y después, no sólo la familia del capitán, sino todos nosotros, nos habíamos amarrado. Yo estaba en la popa. La pobre doña Amparo—la esposa del capitán—lloraba tanto, que a pesar de nuestra situación, partíanos el alma... Estrujaba contra su pecho a sus hijos, los besaba, los mordía, no desesperaba, y sentía deseos, y así lo pedía, que la desatáramos para arrojarse al agua de una vez.

—"Los chicos—continúa el marinero—ya no lloraban. Muchos, temblando de terror, esperaban el final. Aquello era espantoso, terrible...

El viejo marinero, con las lágrimas en los ojos, continuó su relato:

"Uno de mis compañeros, Gallegos Martínez, que estaba atado junto a mí, fué arrebatado por una ola. El agua dió un azotón tan fuerte, que rompió las amarras, lo estrelló contra la popa y se lo llevó. Todos estábamos desesperados, cuando vimos venir al capitán, ya casi sin ropas, y sosteniéndose fuertemente contra los mástiles. Llegó hasta donde estaban su esposa y sus hijos, y después de abrazarlos, se pegó un tiro... Su cadáver fué arrastrado también por las olas.

Y al cesar la tormenta el mar era un vasto cementerio

"Un golpe de mar me llevó a mí también—agrega Núñez, —y después ya no supe nada... Cuando amaneció, todavía furioso el temporal, agarrado, mejor dicho, clavado mis dedos en el salvavidas, vi varios cadáveres sobre las aguas... El del capitán, el de la señora, el de uno de sus hijos, el más chico, y dos o tres cuerpos más que no reconocí. Hambriento, ya sin fuerzas, fuí llevado por el mar lejos de allí, con varias tablas de la "Lucía". Tuve tanta suerte—continúa el relatante—que fuí visto por un tripulante de un barco americano, que después vi que se llamaba el "Lake Largo", y vinieron por mí en un bote. Ya a bordo, me dieron ropas, comida, y me quedé dormido durante varias horas... ¡Les agradezco tanto el haberme salvado de la muerte!...

Núñez siguió contándonos que el 25 de mayo, cerca de la Habana, para donde marchaba el "Lake Largo", fué trasladado al "Esperanza", que venía con rumbo a Veracruz. Y en este último puerto desembarcó. Se alojó en un pobrísimo hotel de los suburbios de esta ciudad, en espera de poder ponerse en contacto con alguna compañía naviera, para emprender de nuevo la angustiosa vida de marinero...

Poemas de inquietud

A María Teresa Vilanova.

ESPÍRITU

Envuelto en el perfume de una blanca misiva
—que acaso pudo haberse perdido en el correo—
tu espíritu, que es llama que a mi llama reaviva,
llegó al intercolumnio de mi templo de ateo.

—¡Detente! —gritó el alma. —Eres puro y no puedes
trasponer los umbrales del obscuro recinto...
Minotauro es la vida... ¡Ten cuidado, no quedes
perdida en las alcobas de avieso laberinto!

—¡Detente! —En vano el grito vibró bajo el sonoro
vacío de las bóvedas. Igual fuera el empeño
de hacer que la codicia se apartara del oro,
que evitar ese fuego rebosante de ensueño.

Y él entró... De mis labios, la sonrisa más tierna
modeló una plegaria de la infancia perdida.
Y el suspiro doliente de una cántiga eterna
trajo un eco lejano: —Minotauro es la vida...

SÉ QUE SABES...

Sé que amas y crees como lo hice yo un día;
que en tus labios hay frases de clemencia y amor
y en tu seno palpita toda la eucaristía
que alimentó en sus horas más tristes el Señor.

Sé que en los cuatro lustros de tu existencia, nunca
supiste de las glorias del supremo vivir;
y sé que es tu esperanza retoño que se adunca
presintiendo quién sabe qué infausto porvenir.

Sé que sabes todo eso... Mas, te falta el profundo
sufrimiento, el más rudo, y el más grande quizá;
el que vive en la noche, que gravita en el mundo
del misterio y nos dice con dolor: —¿Volverá?

¿Volverá? —Es la pregunta que solloza en mi pecho
hace tres largos años. Nada calma mi mal...
Y mi faz está mustia, y está incólume el lecho
que soñara una noche mi delirio nupcial!

Eduardo María de OCAMPO.

El sueño de Lincoln

Abraham Lincoln soñó que se hallaba sumido en una tranquilidad de muerte, turbada únicamente por sollozos; se levantó, recorrió varias salas, y al fin vió, en medio de una pieza, un catafalco sobre el cual estaba tendido un cuerpo envuelto en negro ropaje, guardado por soldados, y rodeado por una multitud que derramaba lágrimas.

—¿Quién ha muerto en la Casa Blanca?—preguntó Lincoln.

—El presidente—contestó un soldado—ha sido asesinado.

En aquel momento una prolongada aclamación de la multitud le despertó.

Poco tiempo después murió asesinado.

La inmortalidad celular

Por Paul Becquerel

El secreto de la vida y de la muerte se halla oculto en un pequeño glóbulo invisible a la simple vista, de varios millares de milímetros de diámetro: la célula, cuya complexidad material coloidal excede a la de los metales y metaloides que entran en su composición. Su actividad es prodigiosa. Ella es la creadora de todos los seres que viven del aire, desde las más insignificantes plantas hasta las flores magníficas, hasta los cerebros geniales.

Su trabajo misterioso tiene siempre un mismo ritmo. En efecto, por el simple proceso de la nutrición, la célula se cultiplica. Ella atrae así la materia y la energía que la rodean y las transforma en su propia substancia viviente, en su protoplasma. Luego, cuando ella obtiene un cierto tamaño, que es por lo general el doble del que tenía en sus orígenes, se divide en dos células nuevas que, una vez crecidas, verifican a su turno el mismo fenómeno de bipartición. Y esto se realiza indefinidamente, y con toda la intensidad que permitan la temperatura, la luz, la alimentación y el medio ambiente.

Cuando a cada división de una célula madre, las dos células que de ella proceden se separan la una de la otra, tenemos dos seres microscópicos, dos naturalezas que flotan en el agua o en el aire. Ellas se van juntando unas a otras por miles, por millones y billones, se hacen visibles en la forma de los animales y las plantas más diminutas que conocemos. Esos cuerpos, sin embargo, envejecen a causa del desgaste y la intoxicación, se alteran, se descomponen.

El cuerpo celular muere; pero las células invisibles, las que nunca se suman a otras, ellas, según lo afirman ciertos biólogistas, desconocen la muerte natural, son inmortales.

Cuando se tiene la precaución de colocar esos seres en un medio favorable, no se les ve jamás envejecer ni fallecer. Multiplícanse indefinidamente por bipartición.

Entre las modernas experiencias, las más importantes son las realizadas por M. Métalnikof, del instituto Pasteur. Partiendo de una célula aislada que recogió en 1918 en un estanque de los alrededores de San Petersburgo, inició el cultivo, bajo el microscopio, en una gota de agua con infusión de hierba, que colocó sobre una laminita de metal en el fondo de un vaso. Las bacterias de la infusión servían de elemento nutritivo. A la vuelta de quince años de sostener esta observación, dedújose que las células se multiplicaban indefinidamente dividiéndose siempre en dos, pero que en la gota de agua no había un solo cadáver.

La potencialidad de multiplicación de la célula, su facultad para transformar la materia inerte del medio que la rodea en su propio protoplasma, en su propia vida, es algo formidable. Para tener de ello una idea, supongamos que cada infusorio no se dividiera en dos sino una vez por día. En cuarenta días, a la cuatrigésima generación, había más de un millón de seres. Esto equivale a un metro cúbico de materia viviente. Si esta multiplicación siguiera la progresión geométrica, en dos meses tendríamos un millón de metros cúbicos, y en cuatro meses, a las 122 generaciones, el volumen de la materia viviente sería igual al de la tierra.

¿Ahora bien, si Métalpikof, que contó en su gota de agua 3967 generaciones en quince años, las hubiera todas recogido y nutrido, no hubiera podido hacer un universo?

Ante tal poder de propagación de la vida en el espacio y en el tiempo, se comprende que un solo germen celular bastaría, en circunstancias favorables, para crear todo un sistema planetario. ¿Pero existe en verdad—se preguntan muchos biologistas—la inmortalidad de los seres celulares? Si es verdad que esos seres, al abrigo de todo accidente, no dejan nunca cadáveres, no envejecen y conservan siempre su maravillosa facultad de multiplicación, hay que tener en cuenta que al dividirse cada célula, su personalidad desaparece. Esto es al menos la muerte de la individualidad.

Admitamos por otra parte que su especie sea inmortal. ¿Pero acaso el ambiente que las nutre no está constantemente renovando sus átomos, hasta el punto de que pasadas varias generaciones, cada célula contiene apenas una millonésima parte de la célula ancestral? Esto prueba que la inmortalidad de las células es apenas aparente, una simple ilusión, como todo lo que vive, como nosotros mismos que, a pesar de llamarnos inmortales, estamos condenados a la existencia efímera de un segundo que nos marca la evolución de la naturaleza.

¡Y se rieron de mí!...

Y se rieron de mí, porque una tarde
a un rústico compré
tres palomas torcazas por un peso,
y a volar las eché!

Y se rieron de mí, porque una noche
cruda, de un junio cruel,
di mi rebozo a un pobre vagabundo,
y me quedé sin él!

¡Trueca, Señor... (es tiempo todavía),
piedra, mi corazón!
¡Que pueda andar en medio de la gente,
sin llamar la atención!

Antonio A. GIL.

A Chile llegó un príncipe de cabellos de oro y ojos azules

Noche de Bengala.— Los cadetes del príncipe.—El señor de las escuadras.— El fantasma del atentado.— ¡Qué tristes se quedan ellas!

Están ya muy desteñidos y amarillosos los recuerdos vagos de aquel buen rey barbón y buen mozo, don Carlos de Borbón, que, en sus andanzas de caballero andante de libros de caballería, vagabundeó por Chile, país de montañeses y marinos, buscando soñadores para su trono de Dios, Patria y Rey.

Dormitan en la penumbra, las ya gastadas remembranzas de aquel otro anciano y lunático príncipe Enrique de Prusia, que con su yelmo almidonado y su gesto de Marte moderno, si no logró despertar celos en corazones románticos como en los sueños de oro, con su desplante bélico y su mal encubierto mal humor por la poca puntualidad protocolar del cansino presidente chileno, Barros Luco, sí logró aguzar la chispeante ironía y gracejo de los araucanos hijos de Belona.

En el cofre de las lágrimas y flores secas, de más de una casta beldad hermosa hija de Eva, temblequean aún de emoción, las marchiteces mustias y agotadas de no pocos idilios furtivos y frustrados, de aquel aventurero y donjuanesco príncipe Fernando de Baviera, infante real de España, que tantos destrozos amorosos hizo cuando el centenario de Magallanes, con su monóculo de impertinente y su elegancia de real guardia de Corps.

Húmedas aún están las pálidas violetas, que en su tímida nubilidad todavía en flor, derramase al pie de las gallardas doncellas del Plata y el Mapocho, aquel tierno pichón de príncipe, Humberto de Savoya, que más que el traje de guerrero mal sentado a su alma sensitiva y dulce, parecía vestir los nobles y doncelescos arreos de un trovador, cantando por el mundo, al pie de las torres guardadoras de infantillas color de aurora, al son de su mandolina florida, una gallarda barcarola, entre las rosadas y azules florecillas de una blanca y plateada góndola veneciana, como parece pronto cantárale a la hermosa princesa Beatriz de España su novia de los pensiles rubios.

Ahora, este valle risueño y florido pensil, que como voluptuosa virgen americana sirena de blondos cabellos, recuesta su oro hilado sobre el dosel y almohadón de tisú y plata de los nevados Andes, mientras sueña y sonríe placentera al arrullo y cántico de su esclavo el gigantesco Anteón de la leyenda misteriosa el mar Pacífico, quien con sus olas embravecidas de nácar y rosa le cosquillea las plantas irisándoselas con sus gotas de diamante y abanicándola voluptuosamente con la brisa blanda de sus ondas esmeraldinas, recibe la visita real de otro príncipe, que con sus bucles de oro y sus pupilas de mar, viene a cantarle la fantástica leyenda de sus gestas de la libra esterlina dominadora, y de los innúmeros galeones con que esmalta de escollos y centinelas, esa gran carretera humana de la límpida planicie del mar universal.

Fantásticas visiones de lejanías

Después de sortear ese océano terroso de las pampas sin límite, entre los mullidos tentáculos de la sierpe de hierro, culebreó montaña arriba hasta los cuatro mil metros y cara al sol, entre ese mar de nieve navegando, todavía cabrillean a su parecer, en la dulce retina de sus ojos fatigados de tantas y tan abigarradas emociones, el ébano brilloso y charolado de aquellas negras sudafricanas, que danzaron en su torno, el ritmo sagrado y gentilicio de sus ídolos de fuego misterioso, el alborear de los blancos y gigantescos dromedarios del desierto, elefantes de la India, entre las bruma azul del horizonte reseco y la sospechosa languidez de los bungalow indostánicos escondidos entre los bosques sagrados, templos del faquir, guaridas tenebrosas del tigre real y nido esmeraldino de la fosforescente cobra.

Mas a golpes de histrionismo y hieráticas carcajadas de luz fuerte, espantada huyó esa fantasía, ante los no pocos elefantes blancos, que con sarcástica sorpresa, supo descubrir en estas andanzas de América.

Una noche como en Bengala

Allá lejos en la montaña de nieve y azul, quedaron el sol de oro y las flores que enguirnaldaron, los arcos triunfales de las estaciones y de su convoy real; ahora en esta noche de su entrada a Santiago, las dobles y apretadas filas de cinco mil soldados, sin otra arma para sus honores, que las antorchas de fuego y las bengalas de colores detonantes que bordan el obscuro terciopelo azul con pedrería de llamas de oro y jeroglíficos y culebrinas de fuego, resucitan en él, aquellas noches divinas de Bengala.

Al son de las fanfarrias, del ronco estampido de los cañones, de los clamoreos y palmadas de una multitud ebria de entusiasmo, que se apretuja como olas humanas en las calles, y derrama a su paso una lluvia de flores sobre los arcos de luces y de rosas tremolando millares de banderas, entre el caracolear de la lujosa caballería de su escolta, el señor de las escuadras, Eduardo de Windsor, sonríe empalidecido de emoción, ante esta evocación de los atardeceres boreales y de las noches fantásticas de grandes apoteosis.

Los cadetes del príncipe

Cuando después, que la comitiva triunfal de carrozas reales y multitudes delirantes, personajes de protocolos y generales y almirantes deslumbrantes, al morir el último fuego artificial, lo dejaron en la intimidad de su majestuoso palacio de hospedaje en la Gran Avenida Delicias, pudo sustraerse a tanta emoción insospechada fuera de sus tierras y dominios, el príncipe londinense, en el transcurso de esta primera noche chilena, intrigado de curiosidad, auscultó por el ojo de la cerradura, lo que para él significaban, aquellos pasos redoblados, simétricos y acompasados, que resonaban en la antesala de su dormitorio.

Se creyó, en la mística Abadía de Westminster, en el real castillo de Windsor; los cadetes chilenos, jóvenes patricios de la más linajuda prosapia, rígidos y hieráticos como los más gallardos granaderos de la guardia real, vigilaban su sueño.

Sobre el yelmo guerrero, de acero, los nevados morriones como plumas de águilas imperiales, montaban la guardia de honor, embutidos en el oro, el terciopelo de las casacas azules como héroes de las huestes prusianas.

Parecidos a los cadetes de la reina, éstos eran los cadetes del príncipe.

Good save the King

Cuando el cortejo de reales carrozas y numerosos autos, entre tropas que presentan armas, bandas que tocan marchas, aviones que vuelan a ras casi de la real carroza, trotar de miles de caballos y clamoreos de las multitudes, el príncipe, hizo su entrada oficial bajo el monumental arco triunfal de el histórico palacio de la Moneda, ese verdadero castillo feudal de los antiguos hombres de la conquista americana, ante esa majestuosa mole, sintió la emoción de la visión de otros tiempos de gestas heroicas y gallardas.

Su morrión de pelo negro, casco de los Higlanders, su casaca color sangre bordada de oro y condecoraciones de pedrería fulgurante, su majestad de príncipe y señor de las escuadras, ante la solemnidad de esos suntuosos y severos salones en el regio banquete, entre damas de carnes floridas bellas y esplendorosas de lujo y belleza, galones, entorchados y deslumbrantes uniformes de generales, almirantes y diplomáticos, como en el baile de corte ante tanta florescencia y luminarias, evocó los recuerdos de su Buckingham Palace de Londres.

Ante la revista militar de ocho mil hombres en lujosos arreos de guerra, que desfilaron bizarramente en majestuosa demostración de pujanza, sintió que las clarinadas del Good save the King, adquirían para él ensoñación de paladines en próximo combate y pálido emocionado, recordó los tiempos de su imperio.

Desde el gran acorazado Latorre

Cuando después de cuatro días de fiestas militares, bailes, banquetes, visitas a cuarteles, paseos, torneos campestres, jamborres de scouts y confidencias y agasajos de sus paisanos los ingleses, el príncipe, visitó Viña del Mar y luego arribó a Valparaíso, al dominar la amplia línea del horizonte azul del mar, Eduardo de Windsor, se sintió verdadero almirantísimo inglés, y en esquife de guerra, se trasladó al arrogante acorazado chileno Latorre de 32.000 toneladas y sobre los lomos de esta fortaleza flotante, que aún conserva los impactos

La poesía de la vida

Indudablemente, la vida se ha elevado a los más fúlgidos cielos del progreso; mas la desvía de su verdadero camino la embriaguez magnífica de la luz y la soberbia voluptuosidad del triunfo. Quiere gozar desenfrenadamente de su libertad, y cae en la licencia, violando la justicia y olvidando sus verdaderos ideales.

A medida que la ciencia y la mecánica descubren nuevos campos a la actividad humana y aligeran el trabajo muscular, el ingenio se aguza buscando el bienestar material; la sed de riquezas es más intensa, y el deseo de gozar es más tumultuoso. Todas sus facultades se perturban, y en esta perturbación se pierde el verdadero y noble sentido alto y fecundo; el amor, la fe, el heroísmo y la virtud son nombres vanos, sin realidad actual, y la dulzura, la alegría y la gloria, que antes perfumaron la vida, se disipan en los horizontes lejanos como ligeras nieblas vaporosas. El que goza, el que pasa la vida entre los efímeros esplendores del lujo y el vértigo de los placeres más estruendosos, apenas nota la falta de estas idealidades; pero, en cambio, la sienten profundamente todos los que sufren, aquéllos que quieren gozar y no pueden, que anhelan amar y no encuentran la sombra de un amor en su camino, los que aspiran a todas las glorias y sólo recogen decepciones y desprecios. Y, sin poesía, la vida es dura, áspera y gélida. El corazón necesita expandirse en campos abiertos y floridos, en cielos altos y luminosos; el alma siente el vivo y tenaz deseo de seguir los mirajes espléndidos, de respirar, hasta embriagarse, todas las fragancias de la nueva primavera. No basta al alma y a la vida la tenue poesía de las cosas pequeñas, el sentimiento de vaga dulzura o de suave consuelo que nace de las contemplaciones de la belleza, del misterio de lo indescifrable, de la sombra donde laten las pasiones indefinibles. La vida quiere ser penetrada, hasta en sus raíces más profundas, por una onda continua de más larga, de más sana y de más espléndida poesía.

Quiere embriagarse de amor, de fe y de heroísmo, y sentir su potente ritmo, expandirse y repetirse en las canciones alegres, en los elogios viriles y en los himnos triunfales.

En algunas grandes almas está hoy encerrada la poesía verdadera y grande como en un ánfora preciosa, y la que comprenda mejor y sintetice con más fuerza emotiva las varias y complejas manifestaciones de la vida, será el genio más poderoso de nuestro tiempo.

Los rumores del alba, las fragancias de las primaveras, los fulgores de los mediodías estivales, la voluptuosidad, la embriaguez y el éxtasis del amor, los sueños que encantan, las ilusiones que consuelan y los dolores que matan serán, ahora y siempre, cantados con más o menos arte por aquéllos que sepan alejarse, sin comprenderlo, del vulgo profano, elevados en las espirales de la niebla que envuelve su mediocridad. Mas la poesía de la vida, la verdadera y santa poesía, será sólo exaltada por los pocos que, sin olvidar el pasado, preparen al pueblo a las grandezas del porvenir y comprendan las virginales aspiraciones y las sagradas locuras de las muchedumbres, y sobre ellas derramen a manos llenas todas las flores del amor, de la fe y de la gloria.

FRANCISCO VILLAESPESA.

y heridas que en la batalla de Jutlandia le infirieran los monstruos alemanes, vió desfilar la escuadra chilena, de acorazados, cruceros, submarinos y torpederos, hidroplanos y sumergibles de Chile, mientras las bandas tocaban los himnos, las baterías disparaban las salvas, las marinerías lanzaban sus hurras y las sirenas atronaban el espacio.

A retaguardia, el príncipe, le pareció ver moverse un gran masa de moles acuáticas, es la escuadra inglesa, de diez acorazados, quince cruceros, veintiún torpederos con el Hoop de 42.000 toneladas, enarbolando la insignia de almirante y atronando el espacio con sus salvas a su supremo almirante, a quien llega a saludar después de recorrer los dominios en alarde de supremo poder.

Por algo, el norteamericano Rowe ha dicho, que no se puede dejar de contar a Inglaterra como potencia americana, por sus dominios en América y por su escuadra dominadora suprema de todos los mares, pese a Monroe.

Por algo el yanqui, Amstrong como el francés Defrasse inventan islas flotantes para la ruta aérea entre Inglaterra y América, y por eso Inglaterra sonríe calculando el número de nuevas banderas que tendrá que alistar para esas nuevas islas artificiales o naturales que broten al paso de sus escuadras.

Salvo mejor parecer de los bolcheviques, tan amigos de Inglaterra.

Otro príncipe emigrante

En estos tiempos iconoclastas de tradiciones y reyecías, que derrumban tronos y (también presidentes) ni aún las repúblicas sé salvan, alguien apunta, parece, que los príncipes que quedan, más que en visita protocolar de sus países, ensayan su emigración a América, tierra refugio de desterrados y destronados.

¡Quién sabe!... guarda tantas sorpresas el porvenir borrascoso.

Esponsales del dólar con la libra

Ante esta visita a América, del príncipe de Gales, a alguien se le ha ocurrido la peregrina idea de que se están celebrando los esponsales de la libra esterlina con el dólar norteamericano, acaparador de toda América.

Este enlace hoy tácito, quiérese hacer expreso, por ser convenientísimo entre ambas dinastías de una misma casa real, y para dote de esta boda como arras, están las escuadras de Uncle Sam y John Bull tan imperialistas como su dinero.

Se fueron el de Gales y de Kapurtala

Después de tanta pompa y majestad, el de Gales, embarcó en su flota de guerra rumbo al Atlántico y el de Kapurtala más pacífico, siguió su caravana de personaje de leyenda, Pacífico arriba, en busca de tierras de ensueño.

El Rah Jigangit Sinhg, silenciosamente, ganó simpatías con su democracia y sencillez, un halo de misterio y mitología lo rodeó en este viaje.

El feliz esposo de la divina malagueña, Anita Delgado, esa princesa occidental Amor de Príncipe, como la llama su señor, alguien adivina en esta coincidencia de viajes con el de Windsor una sonrisa burlona.

Chi lo sá... la India es tan poderosa y... tan misteriosa.

Ha encantado el rajá de Kapurtala por su sencillez y democracia, pues a pesar de ser archimillonario y uno de los más poderosos del Punjab, no viene como el de Patiala a Londres, con su séquito de cien hindúes entre ministros, secretarios, camareros y hasta cocineros; no trae bañadera de plata y oro, no alquila cien habitaciones en los hoteles, ni veinte limousines de viaje, y un ferrocarril, como los del Navanagar, Jadpur y Baroda, ni gasta millones en bailes y fiestas, banquetes y ceremonias indicas.

Y si el de Patiala, tiene una renta anual de 3.250.000 de libras esterlinas, mientras sus súbditos se mueren de hambre entre los bosques sagrados de tigres, panteras, elefantes y faquires, y si no viste como sus colegas el turbante de seda color cereza adornado de plumas de colibrí y broches de brillantes y esmeraldas y en sus orejas aceitunadas no brillan los aretes de platino con perlas y diamantes, en cambio, tiene por mujer a una diosa de belleza española, y vive en París y Londres, gastando su enorme fortuna de doscientos millones de dólares, pero se da el capricho, de que su fiel y anciano camarero Indar, con su turbante color rosa y sus patriarcales barbas de plata, le precede como heraldo, recibiendo los homenajes que debieran tributar a su señor, y esa picardihuela le divierte, y rodeado de ojos brujos de mujer y rostros frescos de hembra golosa, se siente estudiante en día de tuna.

En Chile, dejó por esa sencillez y democracia no pocos afectos.

¡Lástima grande, decía una hermosa chiquilla, que este príncipe del Ganges sagrado, nos haya defraudado, porque a pesar de su colorcito chocolate Mennier, es simpático por sus ojillos saltarines y pilluelos; es un viejo aniñado, pero atrayente, pero nos ha chasqueado, porque al menos el de Gales, traía su casaca sangre y oro, y sobre todo su morrión de pelo negro, de los hinglanders, que es un señor morrión, pero este viejo verde hindú, no trae ni siquiera el turbante de seda que lleva su camarero... viene disfrazado y de oculto.

El fantasma del atentado

Sorpresa no pequeña ha sido, el despliegue formidable de sabuesos y detectives y policías inglesas, argentinos y chilenos, que rodeaban al de Gales, y llegó este celo, hasta impedir el acceso a los periodistas al príncipe, dícese por consigna de Londres, y escrupuloso cuidado de las legaciones inglesas.

No menos sorprendió, el arribo a marchas forzadas de la poderosa escuadra inglesa del Atlántico, al encuentro de su señor de las escuadras...

Mientras el de Kapurtala a pesar de sus riquezas, apenas lo acompañan sus dos secretarios y tres camareros y pasea por todas partes como el más vulgar y corriente curioso viajero, y a pesar de no venir con protocolos, el público espontáneamente lo ha agasajado y vitoreado en las calles al reconocerlo.

¡Qué tristes se quedan ellas!...

Esas figulinas de melenitas de oro, ojeras de rimmel, labios de rouge, graciosas tobilleras, que despiertan con pyjamas de seda, y se duermen royendo bombones de cocaína y fumando narguiles de opio, que sueñan en el bataclán, el jazz y el shimmy, en sus coquetuelas garçonnieres de melancólicas solteras, han visto alejarse a estos príncipes como señuelos de crepúsculos en cielos de leyenda.

Y al ver cómo se alejan los príncipes de cabellos de oro, y ojos de turquesa, exclaman, doloridas y mustias como flores agostadas después de un baile.

Otra flor que se deshoja.

¡Cuántas se han deshojado!...

Javier FERNÁNDEZ PESQUERO.

Hay que cuidar el detalle

—Pero, ¿por qué has puesto esas prendas de tu amigo en el comedor?

—Está tan acostumbrado a comer en el restaurant que no está tranquilo si no tiene a la vista el sombrero y el abrigo.

Ars

(Soneto liminar de una nueva edición de la novela "La Modelo", que aparecerá próximamente)

Diestra potente, tú marcas la norma;
pero la móvil verdad se trasmuta;
duerma en el caos la luz absoluta
que de lo eterno, lo efímero informa.

Mientras armónica ley te transforma,
alma, tu noble misión ejecuta;
el ideal es belleza impoluta
sin el dualismo del fondo y la forma.

Suave matiz, serenísimo acento,
leve ademán y ligera sonrisa;
triunfe lo fuerte, jamás lo violento.

Hay en el reino interior una huella;
Dios en la tarde las nubes irisa,
muestra el camino y enciende la estrella.

Augusto Cortina Aravena

La galantería recompensada

Bajo la lluvia menuda y pertinaz que caía oblicuamente, el señor Lecourtois, insuficientemente protegido por su paraguas, aguardaba la llegada del autobús en la parada discrecional.

Contable en una importante casa de comercio, no había podido, a causa de un trabajo urgente, dejar la oficina hasta las ocho de la noche, y los autobuses pasaban a dicha hora más de tarde en tarde.

Tres personas se acercaron a tomar número: una señora gruesa, una joven rubia y un caballero condecorado.

Pasaron dos autobuses completos sin detenerse.

—Esta compañía — dijo la señora — abusa de nosotros.

—Cierto — repuso el señor Lecourtois — que esta línea tiene muy mal servicio. Cuando llueve debieran poner doble número de coches.

La joven rubia asintió:

—Tiene usted razón, caballero. Mi tren sale a las ocho y media y lo voy a perder.

El señor Lecourtois, halagado, llevó cortésmente su mano disponible al ala del sombrero.

El caballero condecorado, que estaba aguardando la primera ocasión para entablar conversación con la joven, dijo entonces:

—Varios coches debieran salir vacíos de las cabezas de línea para ir recogiendo los viajeros del trayecto.

Pero la señora gruesa exclamó de pronto:

—¡Allí viene uno!

Aunque parecía completo, el coche se detuvo y bajaron cuatro personas.

El señor Lecourtois, las dos señoras y el caballero condecorado se acercaron al estribo.

—Hay cuatro asientos en la plataforma — dijo el cobrador. — A ver los números.

El señor Lecourtois podía montar el primero; pero galantemente se apartó para ceder el paso. La señora gruesa subió con gran trabajo, seguida de la joven rubia, que al pasar por delante del contable recompensó su galantería con una sonrisa encantadora.

El señor Lecourtois iba a montar a su vez cuando el señor condecorado se le adelantó y subió diciendo al cobrador:

—Pase.

—Al fin subió a la plataforma el señor Lecourtois; pero al ir a arrancar el coche subió un inspector.

—Un momento—dijo al cobrador.

Y contando los viajeros que había en la plataforma añadió:

—Hay un viajero de más. Que se apee el que ha subido el último.

Como es lógico, nadie se movió.

—¡Vamos! — ordenó el cobrador. — ¿Quién ha montado el último?

Los viajeros vacilaban. Pero la joven rubia, después de mirar su reloj de pulsera, dijo señalando al señor Lecourtois:

—Este caballero.

El señor Lecourtois, indignado por tal ingratitud, quiso explicar lo ocurrido; pero los viajeros se impacientaban.

—Bájese entonces.

—¿Pero a qué aguarda?

—Que tenemos prisa.

El señor Lecourtois lanzó una mirada llena de desprecio sobre la joven rubia, y dignamente, sin volver la cabeza, se apeó.

Louis THIERY.

Pensamientos de Bolívar

—Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos, y nadie cambia los elementos.

—Cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa; pongamos todo en acción para defender todo el Perú hasta con los dientes.

—Yo espero mucho del tiempo: su inmenso vientre contiene más esperanzas que sucesos pasados, y los prodigios futuros deben ser muy superiores a los pretéritos.

El décimoquinto Salón Nacional de Bellas Artes



''La serrana'', por Jorge Bermúdez.



''Día gris'', por Atilio Malinverno.



''La danza de la flecha''. (Motivo incaico), por Luis Perlotti.



''Paisaje de Córdoba'', por Guillermo Butler. (Primer premio de pintura dotado con dos mil pesos).



''Tipo sardo'', por Héctor Nav



''La biblia del domingo'' por Lía Correa Morales de Espinosa Viale





"Mater admirabile", por Lorenzo Gigli.



"El organillero", por Valentín Thibon.



"Retrato", por Luis Perlotti.



"Una mujer", por Raquel Forner.



"Madre", por Cayetano Donnis.



"Muchacha del pueblo", por Eduardo Barnes.

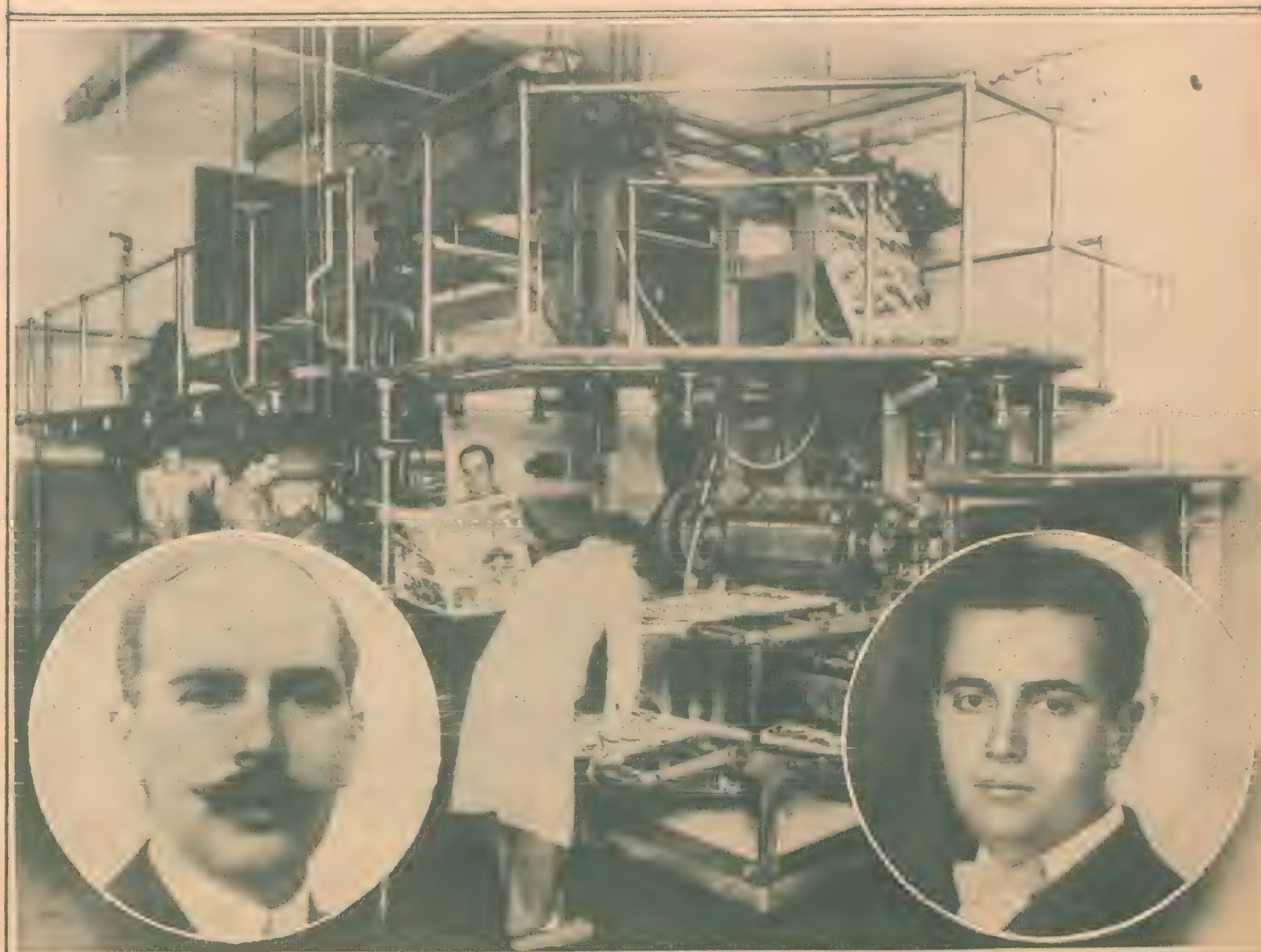


"Viejo del altiplano" (Aymará), por Luis Perlotti.



"Rafael", por Hildura Pérez-Llausó

NUEVO PROGRESO GRAFICO DE "LA PRENSA"



Asimilándose los grandes progresos gráficos del periodismo moderno, nuestro importante colega "La Prensa", acaba de instalar en sus vastos talleres, las maquinarias para la impresión en rotogravure del suplemento semanal ilustrado que acompaña a sus grandes ediciones dominicales. Cabe al citado colega el honor de ser el primer órgano diario nacional, que cuenta con elementos propios de esta naturaleza. — Una vista de la máquina para imprimir en rotogravure.—En círculo, a la izquierda: señor Ezequiel P. Paz; a la derecha: doctor Alberto Gainza Paz, directores de "La Prensa".

EL REGRESO DEL PRINCIPE DE GALES



Procedente de Chile, regresó a nuestro país el heredero de la corona británica, acompañado de su séquito oficial. — El ilustre viajero, a su llegada a la Estación Retiro, del F. C. C. A., donde esperaban su arribo el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo y otros caballeros.

Fallecimiento del inspector general de Policía, jefe de la División Judicial, don Alfredo Horton Fernández



Durante el sepelio de los restos del inspector general de Policía y jefe de la División Judicial, don Alfredo Horton Fernández, destacado e inteligente funcionario de dicha repartición, en la que prestó importantes servicios, durante más de treinta años de meritoria labor. El señor Horton Fernández obtuvo, recientemente, en compañía del comisario de órdenes, señor Etcheverry, un honroso triunfo en el Congreso Internacional de Policía realizado en Nueva York, donde ambos representaron a la policía argentina, institución que pierde uno de sus más brillantes elementos con la desaparición del mencionado jefe. — El comisario Etcheverry pronunciando su discurso necrológico en el peristilo del cementerio del Oeste, ante la numerosa concurrencia congregada. — En círculo: uno de los últimos retratos del extinto

The Buenos Aires Amateur Theatrical Society



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y su señora esposa, acompañados del presidente de la sociedad inglesa de aficionados, señor Carlos S. Lottermoser, a su llegada al teatro Coliseo.



El primer magistrado y su señora esposa, presenciando, desde un palco, la representación de la obra "The pirates of penzance", interpretada por elementos de la "Buenos Aires Amateurs Theatrical Society".



Uno de los cuadros de la obra.

FOOTBALL.—Racing v. Ferrocarril Oeste



Componentes del equipo de Racing que empató el partido jugado con Ferrocarril Oeste, sin llegar a abrir el score.



El team de Ferrocarril Oeste que sostuvo el encuentro con Racing, sin que hubiese vencedores ni vencidos



Un aspecto de las tribunas mientras se efectuaba el partido entre Racing y Ferrocarril Oeste, realizado en la cancha de este último.





Dos incidencias del juego, obtenidas en un período álgido de la lucha

JUBILACIÓN DEL Dr. JOSÉ BIANCO



Doctor José Bianco, que desempeñaba el cargo de defensor de pobres, incapaces y ausentes y que después de una larga y meritoria actuación, acaba de acogerse a los beneficios de la jubilación.

Demostración



Un grupo de universitarios y amigos del doctor Esteban R. del Vecchio, ofreció un banquete a este caballero, celebrando su reciente graduación en ciencias médicas. — La cabecera de la mesa.

Necrología



Señora Rosa Blanca Lastreto de Carulla, distinguida dama cuyo prematuro fallecimiento ha sido hondamente lamentado. La extinta era esposa de nuestro colaborador, el doctor Juan E. Carulla.

Asociación Mutual del Personal del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública





Esta institución, recientemente fundada, organizó una audición de arte nativo, que se llevó a cabo, con todo éxito, en el salón de actos de la Escuela Normal de Profesores "Presidente Roque Sáenz Peña". — A la izquierda: un aspecto del local mientras se realizaba la fiesta. A la derecha: grupo de aficionados que tomaron parte en la interpretación de diversos números del programa

Los monstruos destructores que surcan los mares



Las baterías del Yamashiro — uno de los ocho buques más poderosos de la armada japonesa, — haciendo ejercicios de tiro al blanco

EL DIA DEL ESTUDIANTE



CAPITAL FEDERAL. — Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta realizada en el teatro Liceo por la troupe estudiantil "Ides", del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, celebrando la entrada de la primavera.



SANTA ROSA (PAMPA). — Alumnos que celebraron el día del estudiante con una hermosa fiesta, en el salón de actos públicos de la municipalidad.



Comisión directiva de todos los festejos que se realizaron, con gran brillo, en celebración del día del estudiante.



Distinguidas damas de Santa Rosa, presenciando el desarrollo de la fiesta social organizada con motivo del día del estudiante

Fots. Quiroga

CARICATURAS DE SANGUINETTI



El nuevo embajador de los Estados Unidos, Mr. Peter Augustus Jay.

Museo Colonial e Histórico de Luján



Antiguo carruaje que usó en San Isidro el doctor don Manuel Obarrio, donado al Museo de Luján por sus hijos Remedios O. de Beccar Varela, Manuel A. y Juan M Obarrio.

NOTABLES TRABAJOS DE REPUJADO EN CUERO



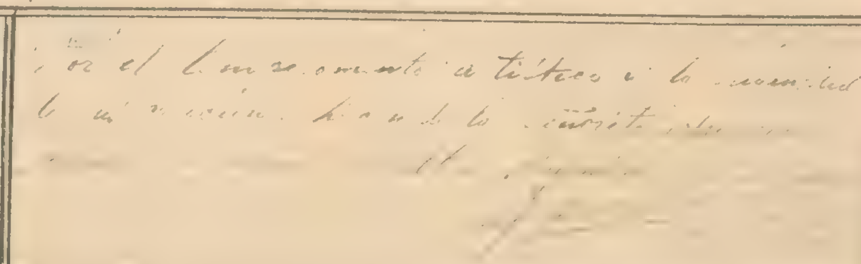
Señorita María Angélica Alvarez, joven artista que ha logrado distinguirse por sus notables trabajos de repujado, algunos de los cuales reproducimos en esta página La señorita Alvarez en su estudio junto a dos esculturas sin terminar.



"Cabeza de Cristo".



"Arcón estilo mejicano".



Un autógrafo del artista Aaron Bilis, sobre los trabajos de la señorita Alvarez.



"El general Bartolomé Mitre".





"Mesa estilo mejicano".

Ciudades brasileñas: Bahía

Fotografías obtenidas por nuestro corresponsal viajero, señor Bartolomé Zambonini.



Un aspecto de la ciudad de Bahía.



Faro de la Barra y entrada de la Avenida Oceánica.



Detalle del puerto y parte de la ciudad.



El palacio de gobierno.



Casa de Proclamación, residencia del presidente de la República



Un pintoresco rincón del puerto de la Barra

AGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí



Fray Mocho en Tucumán



Parte de los invitados que asistieron a la fiesta realizada en la residencia de la señorita Josefina Paz Peña, en celebración de un acontecimiento íntimo.



Fotografía obtenida durante la brillante reunión social efectuada en el domicilio de los esposos Nougués-Padilla.



Otra instantánea de algunos de los concurrentes que asistieron a la fiesta ofrecida por los esposos Nougués-Padilla.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta con que el Círculo del Magisterio celebró el día del maestro.



Comisión de damas pro mejoramiento obrero del templo de Santo Domingo.



Niñas que realizaron su primera comunión en el Colegio del Huerto.

Fots. V. Saccone.

EN HONOR DEL POETA OCAMPO



En el conservatorio Buenos Aires, se realizó una audición poética organizada en honor del poeta Eduardo María de Ocampo, quien aparece a la izquierda del grabado, acompañado por las señoritas María Luisa Balbín, Elena Borgonovo y Wally Zenner y el profesor señor Alemany Villa, quienes tomaron parte en el mencionado recital.



Un aspecto de la concurrencia que asistió a la audición.

Bodas de oro de los esposos De Stéfano-Cacace



Los esposos De Stéfano-Cacace rodeados de los miembros de su familia, en ocasión de celebrar sus bodas de oro matrimoniales.

BIBLIOGRAFIA



General José E. Rodríguez, director general de tiro y gimnasia y autor del libro "A través de Bolivia", recientemente aparecido.

Gente menuda



Susana y Esther Roldán.



Juan Carlos Riccio

NUEVO SISTEMA DE MARCAS PARA EL GANADO



Señor Juan José de la Canal, intendente general de policía, de la provincia de San Luis y autor de un nuevo sistema de marcas y señales para el ganado mayor y menor.

ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Aileen Pringle y Herbert Holmes en "Cascos de fuego" cinedrama que la New York Film estrenará mañana.



Escena de "La mujer de los gansos" film que tiene por intérpretes a Louise Dresser, Jack Pickford y Constance Bennett y que la Universal estrenará el 8 del próximo octubre



Un pasaje de "El compañero de Tennesee" cinedrama con Harry Carey como protagonista, que Max Glücksmann estrenará mañana.



Buck Jones en el cinedrama "Por aquí no se pasa", que la Fox dará a conocer pasado mañana.



Lionel Barrymore y Mildred Harris en "Y lo dominó una débil mujer", film que la Corporación distribuye desde anteayer



May Mac Avoy y Lew Coddy en "Tres mujeres", cinedrama que, desde el domingo último, distribuye la Sociedad General





[illegible] de la notable pelicula "Tres mujeres por Pauline Frederick y May Mac Avoy



Una escena de "Quo vadis?...", monumental cinedrama que Max Glücksmann se dispone a estrenar.

LA OCTAVA SEMANA DEL NENE





En su local social de la calle Victoria número 1077, inicióse la octava semana del nene, con el agregado de nuevos elementos para la próxima campaña. — Dos de las vitrinas que figuran en la exposición de puericultura auspiciada por el Club de Madres.

DEL INTERIOR



GENERAL RODRIGUEZ (F. C. O.) — Concurrentes al banquete con que fueron obsequiados los doctores José S. Picardo y F. Etcheverri, director saliente y director entrante, respectivamente, del Hospital Vicente López y Planes.



Nuevo pabellón que actualmente se construye en el Hospital Vicente López y Planes.



Los doctores Picardo y Etcheverri.



SANTA ROSA (PAMPA). — Grupo de jugadores del Sportivo Santa Rosa que participan en el campeonato local de football, dando los hurras al comenzar la prueba de eliminación.



SANTA FE. — Team del Club Colón, de Santa Fe, que derrotó a Newell's Old Boys, de Rosario, por 3 a 1 goals.



Componentes del equipo de Newell's Old Boys, de Rosario, vencido en su encuentro con Colón, de Santa Fe.



RUFINO. — El tren exposición avícola que, durante su breve permanencia en Rufino, fué muy visitado. El ingeniero agrónomo señor César Luque Lobos, pronunció varias conferencias sobre avicultura ante un numeroso auditorio interesado en dicha industria.

Fots. Talocchi, Quiroga y Della Mattia.



LUJAN (BUENOS AIRES). — Grupo de obreras pertenecientes a la casa Scorzatto Hermanos, que realizaron una fiesta campestre en el "Recreo Villa Carmen".



RUFINO. — "Cuadro Filodramático Italo Argentino" que debutó con éxito en la función teatral con la cual se conmemoró la fecha italiana del XX de Septiembre. Dirigen dicho conjunto artístico los señores Pizzarro y Secreto.



Comisión de damas pro escuela italiana "Dante Alighieri". — Señoras Zelinda Pasquinelli, Verónica B. Navilli, Rosa R. Colli, Enriqueta L. Ferrari, Elisa B. Frigerio, Trinidad G. Birindelli y Mercedes P. Frougoni, directora del colegio.



QUEMÚ-QUEMÚ (PAMPA). — Bautizo de cuatro hijos de los esposos Angel Castelli y Catalina Yacomucci. — De izquierda a derecha, de pie, padrinos: Hugo E. Fornari y Asunción Pan, de Mario; José Bigliardi y Felisa C. de Yacomucci, de Juan [illegible]; Raymundo Yacomucci y Amalia Castelli, de Olga; Julio Jordán y Josefina Castelli, de Elsa.



SANTA ROSA (PAMPA). — La señorita María Padrone y varios alumnos de la Escuela N.º 4, durante la fiesta del árbol.



Grupo de docentes de las escuelas de Santa Rosa y de Toay que fueron especialmente invitad[illegible] sión directiva de la "Sociedad Remedios Escalada", a una fiesta campestre. — Tomando [illegible] descanso.



Escolares plantando árboles en la [illegible] en conmemoración del día de [illegible]



CARHUÉ. — Sepelio d[illegible] señor Pascual Galindo, antiguo vecino [illegible] miento fué muy lamentado por sus vastas [illegible]

Los grandes viajes

Una excursión célebre. — Recuerdos del hallazgo de Livingstone, por Stanley, en el centro de Africa. — La muerte de Livingstone

Va para medio siglo desde que David Livingstone rindió la vida en Ilala, en una ignota región del Africa central. Se discrepa en cuanto a la fecha precisa de su muerte. Los libros de referencias, incluso "The Dictionary of National Biography", dicen que ocurrió el 1.° de mayo. Sin embargo, en dos inscripciones hechas en el sitio mismo de la muerte, se habla del día 4 del mismo mes.

Pocas narraciones más conmovedoras que la del sepelio del gran explorador, efectuada respetuosamente por los nativos, quienes, después de enterrar el corazón y las vísceras, envolvieron el cuerpo en un ataúd cilíndrico, transportándolo en seguida a la costa en unas angarillas de mimbre.

Livingstone fué sepultado en la abadía de Westminster, que es el panteón de los grandes hombres ingleses, el día 18 de abril de 1874.

Inglaterra pagaba así un tributo al explorador que dilatara tanto sus límites geográficos y comerciales, llevando el pabellón inglés hasta el centro más recóndito del Africa que baña el Nilo y arrullan las cataratas del lago Victoria.

Recientemente la hija de Livingstone, Mrs. Bruce, visitó estos sitios descubiertos por su ilustre padre en 1855 y tuvo el extraño placer de observar el árbol en que el gran explorador escribiera con un cortaplumas sus iniciales: "D. L."

Este momento fué inscrito en el árbol bajo cuya sombra quedó sepultado el corazón de Livingstone. La sección respectiva de este árbol se guarda en la sala de mapas de la Real Sociedad Geográfica en Saili Row.

Este nombre de Livingstone, que el 52.° aniversario de una solitaria muerte en las entrañas desconocidas del Africa ha venido a recordar una vez más, sugiere la evocación de tales hechos, que quizá no los haya más dramáticamente interesantes en la historia de los grandes viajes.

No se ha perdido, ciertamente, el recuerdo del interés universal que excitó en su tiempo la noticia del viaje emprendido por un joven angloamericano en busca de un anciano escocés: de Stanley en busca de Livingstone. ¿Quiénes eran esos dos hombres que merecieron llamar la atención del mundo todo, y que, perdidos en las vastas soledades de lejanas tierras, iban acompañados por las simpatías de todos los pueblos cultos?

Livingstone era un simple misionero de la iglesia de Escocia, que por amor a la humanidad y a la ciencia, había llevado de Europa a Africa las nociones del Evangelio, y traído de Africa a Europa, noticias geográficas que ningún otro antes que él había sorprendido en aquellos inhospitalarios países.

A impulsos de una fe ardiente y a fuerza de una constancia prueba de fatigas y peligros, había llegado ya a donde ninguno llegó si no es con el confuso pensamiento, cuando de pronto se perdieron sus huellas y faltaron en absoluto noticias de él. ¿Acaso el martirologio del cristianismo y de la geografía se había enriquecido con otra víctima? La iglesia, la ciencia y la amistad tenían interés en averiguarlo.

Livingstone, menos afortunado hasta cierto punto que Franklin, no mereció del gobierno de la Gran Bretaña una expedición oficial en busca de su persona o de sus restos; pero en Norte América el progreso de la ciencia, la especulación y hasta la excentricidad, suplen perfectamente a la acción oficial. Lo que no hizo el almirantazgo, lo tomó por su cuenta el propietario del periódico "New York Herald".

¿Qué se necesitaba para encontrar a Livingstone? Dinero para costear una expedición y un hombre para efectuarla.

El dinero estaba dispuesto. El hombre fué Stanley.

Recibe éste en Madrid un telegrama; parte para París; se le invita para llevar a cabo la arriesgada empresa; y a los pocos días Stanley, átomo de la humanidad, se embarca con la misión de encontrar otro átomo, perdido en la inmensidad del mundo, muerto tal vez en ignoradas tierras.

¿Se necesitaba más para inspirar la curiosidad del público? ¿Qué sería de ese joven? ¿Qué aventuras estaban reservadas a ese explorador que, confiado en Dios y en su fuerza de voluntad, iba, sin saber a donde, al encuentro de lo que tal vez ya no existía?

Esto es lo que había de contar Stanley, y lo contó realmente, en su precioso "Viaje en busca del doctor Livingstone".

Tras penalidades sin cuento, atenuadas por las extraordinarias impresiones de una exploración incomparable, pues se realiza principalmente en regiones ignotas, el joven y el anciano se estrecharon la mano en el centro del Africa ignota.

Stanley había encontrado a Livingstone, cual si el ilustre escocés hubiera dejado la estela de la ciencia en aquellos ríos, que ningún europeo había surcado, en aquellos bosques que nadie había recorrido, en aquellas montañas que ninguna planta humana había pisado.

Stanley habló a Livingstone de la patria, de la patria nunca más querida que cuando el pobre desterrado se encuentra de ella tan lejos...

Mas la fe y la ciencia habían obrado un milagro en el corazón del sabio misionero: Livingstone sacrificaba su amor a la patria que le había dado el ser, a trueque de dar el ser científico, mercantil y cristiano a la porción de Africa que la Providencia le había deparado.

El joven viajero y el ilustre explorador se despidieron como buenos amigos que se comprenden. La misión del inglés había terminado; la del escocés no podía terminar sino con la vida, porque la vida entera es plazo muy exiguo para la tarea que se había impuesto.

Por desgracia el cuerpo del ilustre misionero era mucho menos fuerte que su deseo. A las grandes fatigas sucedió la calentura, la postración y la muerte.

Sin embargo, consagrado por entero a la ciencia, con su mano, débil unas veces, calenturienta otras, escribió hasta la hora postrera "El último diario", relación interesantísima de sus descubrimientos y aventuras, conservado por los mismos servidores del famoso doctor, junto con varios objetos de su uso personal y estudio, reliquias preciosas para un *hombre útil*.

Inglaterra hizo un ostentoso recibimiento a los restos del insigne geógrafo, acompañado a su última morada por todas las más grandes celebridades del Reino Unido. Entre el numeroso concurso de lores, magnates, sabios, generales, prelados que convoyaron el cadáver de Livingstone, ocupaba uno de los lugares preferentes cierto africano de tez cobriza, de pelo recio y ensortijado, de compungido semblante, surcado por lágrimas bien sinceras. Era el último compañero del difunto, el salvador de aquellas reliquias, el salvaje agradecido, a quien la patria del sabio debía sus despojos. Así la parte de Africa, civilizada y cristianizada por Livingstone, demostraba a Europa, cuán digna es de los sacrificios que por ella se imponen sus generosos hijos.

El histórico encuentro

He aquí cómo relata el mismo Stanley su histórico encuentro con Livingstone en el pueblo africano de Oujiji.

Trescientos metros nos separan todavía del pueblo; la multitud aumenta; todos se oprimen a mi alrededor; de repente oigo pronunciar a mi derecha en muy buen inglés las siguientes palabras:

—Buenos días, caballero.

Vuelvo presuroso la cabeza para buscar al que ha dicho aquello, y veo el rostro de un apuesto negro, que viste un ropaje blanco, y cubre su hermosa cabeza con un turbante del mismo color.

—¿Quién sois?—le pregunto.

—Me llamo Souzi; soy el criado de Livingstone—contestóme con una sonrisa que me dejó ver una doble hilera de magníficos dientes.

—¿Está el doctor aquí?

—Sí, señor.

—¿En el pueblo?

—Sí, señor.

—¿Estáis bien seguro?

—Tanto, que me acabo de separar ahora de él.

—Buenos días—dijo otra voz junto a mí.

—Uno más—exclamé yo.

—Sí, caballero.

—¿Está bueno el doctor?

—No, señor.

—¿Dónde ha permanecido tanto tiempo?

—En la Manyema.

—Souzi, haced el favor de anunciar mi presencia a vuestro amo.

—Voy a serviros al momento—contestóme Souzi alejándose rápidamente.

No sé qué hubiera dado en aquel momento por estar en algún sitio solitario para hacer cualquier locura: para morderme las manos, dar volteretas y hacer cualquier cosa para desahogarme, pues la alegría me sofocaba. Parecía que el corazón quería saltárseme del pecho; pero procuré que nada revelara mi semblante, para conservar la dignidad de mi raza.

Tomando entonces mi partido, separé a la multitud y me dirigí entre dos filas de curiosos hacia el semicírculo formado por los árabes, ante el cual estaba en pie el hombre de la barba gris.

Mientras avanzaba lentamente, pude observar su palidez y su aspecto de fatiga; llevaba un pantalón gris, un chaquetón rojo y una gorra azul con galoncillo de oro. Hubiera querido correr hacia él; pero sentíme cobarde ante aquella multitud; hubiera querido abrazarle, pero él era inglés e ignoraba yo cómo me recibiría.

Hice, pues, lo que me inspiraban la cobardía y un falso orgullo: acerquéme deliberadamente y dije descubriéndome:

—Supongo que sois el doctor Livingstone.

—Sí, caballero—contestó con benévola sonrisa y descubriéndose a su vez.

Entonces nos estrechamos las manos.

—Doy gracias a Dios—dije—por haberme permitido encontraros.

—Me considero dichoso de estar aquí para poder recibiros.

Hízome entrar en su cabaña y me indicó su sitial, construído por él mismo, y que consistía en una especie de ruedo, colocado sobre un banco de tierra; encima había una piel de cabra, y otra piel para respaldo, clavada en la pared. Quise rehusar; pero el doctor no cedió, y fué preciso obedecerle.

Ahí nos sentamos los dos, mientras los árabes se colocaban a nuestra izquierda; frente a nosotros se oprimían entre sí más de mil indígenas, sólo para vernos, comentando el hecho de que dos hombres blancos estuvieran reunidos en Oujiji, llegando el uno de Manyema, o sea del poniente, y el otro de Ouyanyembé, que equivalía a venir del este.

Dimos principio a la conversación. ¿Cuáles fueron nuestras palabras? No lo sé. Seguramente preguntas recíprocas.

¿Por dónde habéis venido? ¿Dónde habéis estado desde que se recibieron vuestras últimas cartas?

Sí, este fué el principio; ahora lo recuerdo; mas no podría repetir mis respuestas ni las suyas porque estaba demasiado absorto. Contemplaba con admiración aquel hombre maravilloso, mirábale fijamente, y le estudiaba de memoria. Cada uno de los pelos de su barba gris, cada una de sus arrugas, la palidez de sus facciones, su aire fatigado, que revelaba cierto fastidio, me decían lo que tanto deseaba yo saber desde el día en que se me encargó que le buscase. ¡Cuántas cosas me descubría aquel mudo testimonio; cuánto interés aquella lectura!

Escuchábale al mismo tiempo. ¡Ah, si hubierais podido verle y hablarle como yo! De sus labios que jamás han mentido, supe preciosos detalles; mas no pude repetir sus palabras, porque estaba tan conmovido que apenas las recuerdo. El sabio doctor tenía tantas cosas que decirme, que comenzó por el fin, olvidando que tenía que hacer la reseña de cinco o seis años, pero su relato se desbordaba, iba ensanchándose siempre, y acabó por ser una maravillosa historia. Dí orden de aprovisionar a mi gente; mandé llamar después a Keif Halek, y le presenté al doctor diciéndole que era uno de los soldados de su caravana, el cual me acompañó desde Kohutiaca para entregar en propias manos la correspondencia del doctor. Hallábase esta en el famoso saco que llevaba la fecha de 1.° de noviembre de 1870, y que se recibía trescientos sesenta y cinco días después de haberse entregado al portador. ¿Cuánto tiempo hubiera permanecido en el Ounyanyembé si yo no hubiese pasado por Africa?

Livingstone abrió el saco, miró las cartas, tomó dos que eran de sus hijos, y su rostro pareció iluminarse.

Después me pidió noticias.

—Ved primero las cartas, doctor—le dije yo,—debéis estar impaciente por leerlas.

—¡Ah!—exclamó,—he esperado cartas durante años y ahora tengo paciencia; algunas horas más no son nada. Dadme noticias en general. ¿Qué sucede en el mundo?

Lo que había pasado en el mundo

—Sin duda estáis ya al corriente de varios hechos; sabréis, por ejemplo, que se halla abierto el canal de Suez y que el tránsito es regular entre Europa y Asia...

—Ignoraba que estuviese terminado—dijo Livingstone.—¿Qué más hay?

Era preciso convertirme en un anuario del globo; ¡el mundo había visto muchas cosas y muy sorprendentes en pocos años! El camino de hierro del Pacífico; Grant, presidente de los Estados Unidos; el Egipto inundado de sabios; la reina Isabel expulsada del trono de España; Prim asesinado y la libertad de cultos en el país; Dinamarca desmembrada; el ejército prusiano en París; Napoleón III en Wilhemshohe; la reina de la moda en fuga; el niño imperial desheredado; la dinastía de aquel emperador extinguida por Bismark y Moltke; la Francia vencida...

¡Qué torrente de hechos para un hombre que sale de las selvas vírgenes del Manyema! Al escuchar aquel relato, uno de los más interesantes que la historia ha podido registrar jamás, habíase animado el doctor; parecía iluminar su semblante el reflejo deslumbrador de la luz de la civilización.

¡Cómo palidecen ante este cuadro los actos insignificantes de los estados bárbaros! ¿Y quién sabe lo que sucedería en Europa mientras que dos de sus hijos, completamente aislados, hablaban de sus últimas glorias, de sus postreras desgracias?

—¡Oh!—exclamé de pronto.—¡Qué olvido!... Pronto, Selim, id a buscar la botella; ya sabéis cuál; traed también las copas de plata.

Selim volvió a poco con una botella de Sillery, que yo llevaba para aquel caso, precaución que me había parecido a menudo superflua. Llené hasta el borde la copa de Livingstone y vertí en la mía un poco del espumoso vino.

—A vuestra salud, doctor.

—A la vuestra, caballero Stanley.

Y el champaña que yo había conservado tan cuidadosamente para celebrar aquel feliz encuentro se apuró bien pronto, cambiando a cada brindis los más sinceros votos de amistad.

La separación

Livingstone no quiso volver a Europa con Stanley. Dominado por la pasión del estudio, queriendo desentrañar las revelaciones de aquel continente misterioso, había resuelto permanecer en él un año más, hasta terminar una exploración proyectada hacia el Nilo.

Stanley tuvo, pues, que separarse de él, dejarlo otra vez solo en el Africa, después de los memorables días de aquel consorcio en los remotos lugares.

He aquí cómo narra Stanley en su diario el episodio de la separación:

14 de marzo.—Los dos estábamos en pie al rayar el día; sacáronse los fardos del almacén, y se prepararon los hombres.

El almuerzo ha sido triste; yo no he podido comer nada, porque tenía el corazón demasiado oprimido; y tampoco Livingstone tomó más que un bocado. Detúveme un rato más para hacer alguna cosa; debía marcharme a las cinco, y aún estaba allí a las ocho.

—Voy a dejaros dos hombres hasta pasado mañana—dije a Livingstone,—porque es muy posible que se os haya olvidado alguna cosa. Permaneceré en Taura hasta que vuelvan, y de este modo podréis manifestarme vuestro deseo, y ahora... doctor...

—¡Oh!... Permitidme acompañaros; quiero veros ya en camino.

—Gracias. Vamos, muchachos—añadí dirigiéndome a los hombres;—volvemos a nuestro país. ¡Kirangozi, desplegad la bandera y en marcha!

En la casa parecía reinar la tristeza; poco a poco la perdí de vista, y los recuerdos se agolparon a mi mente. Aquellas colinas que al principio me parecieron insignificantes, ofrecíanme entonces un gran interés. Había pasado largas horas en aquellos parajes soñando y suspirando, tan pronto lleno de esperanzas como abatido por la inquietud.

Yo iba al lado de Livingstone; los hombres comenzaron a cantar; fijé una penetrante mirada en mi compañero para grabar mejor en mi mente sus facciones y le dije:

—Doctor, por lo que yo he podido comprender, no abandonaréis el Africa, hasta haber dilucidado la cuestión de las fuentes del Nilo; pero cuando lleguéis a conseguirlo, volveréis para satisfacer otros deseos. ¿No es así?

—Exactamente: cuando lleguen mis hombres marcharé a Oufira, cruzaré por el Roungoua, para seguir la parte meridional del Tanganika, y dirigiéndome por el sudoeste, ganaré la residencia de Chicambi en el Louapoula. Después de franquear este río iré directamente por el oeste, a las minas de cobre de Katanga, desde donde me trasladaré a las cuatro fuentes, que según los indígenas, se hallan a ocho jornadas al sur de las minas. Cuando las haya encontrado, volveré por Katanga a las viviendas subterráneas de Roua, y una marcha de diez días por el nordeste de estas cavernas me conducirá al lado de Kaonolondo. Gracias al barco que me dejáis, podré recorrer el lago, remontando el Oufira hasta el Lincoln; después regresaré a Kaonolondo y por último, dirigiéndome hacia el norte bajaré por el Loualaba (río Webb) que me conducirá al cuarto lago, donde pienso encontrar la clave del problema.

Presumo que este último lago es el Chohouanbé (lago de Baker) o el de Piaggia.

—¿Y cuánto tiempo necesitaréis para hacer este viaje?

—Año y medio, cuando más, a contar desde el día que salga de Ouyanyembé.

—Bien; pongamos dos años, pues ya sabéis que se debe contar con lo imprevisto. Ajustaré a vuestros hombres por este tiempo, a partir del día en que lleguen aquí.

—Perfectamente.

—Y ahora, querido doctor, los mejores amigos deben separarse; ya estáis bastante lejos de casa, y me permitiré despediros.

—Muy bien; pero dejadme deciros antes una cosa. Habéis llevado a cabo lo que pocos hombres hubieran hecho y mucho más que ciertos grandes viajeros. Os estoy profundamente reconocido; Dios os guíe, amigo mío, y que el cielo os colme de bendiciones.

—Que él os conduzca sano y salvo a vuestro país, querido doctor.

Estrecháronse nuestras manos; yo me volví para no dar a conocer mi debilidad; pero Souzi, Chouma y Hamoydah vinieron a besármelas a su vez.

—Adiós, doctor, querido amigo. ¡Adiós!

¡En marcha! ¿Por qué detenernos? Adelante y fuera debilidad. Quiero que me vean mis hombres que no me falta energía. En cuarenta días hemos de hacer el camino en que empleamos tres meses cuando vinimos.

La muerte

Stanley se separó de Livingstone el 14 de mayo de 1872. El gran explorador pedía un año y medio más para coronar su obra con el descubrimiento de las fuentes del Nilo, como se ha visto.

Antes de cumplirse el año desde la separación, el 1.° de mayo de 1873 Livingstone expiraba en Ichitammbo, a donde llegó conducido en unas angarillas de mimbre.

Las últimas millas que debía recorrer el gran viajero se anduvieron primeramente a través de varios pantanos y después por un terreno seco; la marcha fué tan dolorosa para el doctor que Chouma, uno de los conductores, dice que a cada momento le suplicaba se detuviese. Tan grande era su debilidad, que ni aún trató de sentarse y en un sitio en que fué preciso levantarle para franquear un árbol que interceptaba el camino cayó en un desfallecimiento que alarmó mucho a sus gentes. Volviéronle a echar, y se repuso, pero apenas podía decir una palabra.

A poca distancia de aquel sitio y como le aquejase una gran sed preguntó si había agua; pero no se encontró ni una gota. Para no estar muy separados unos de los otros, sus conductores apresuraron el paso, y con gran alegría suya, vieron llegar a Faridjala con el agua, que Souzi, siempre cuidadoso enviaba del pueblo, y que bien pronto estaría en la casa que se construía para él. Avanzaron

La riqueza del alma

El crecimiento es la ley de la vida; pero las naciones modernas atraviesan por un período de crecimiento desconocido o casi desconocido en los más antiguos y probablemente inferiores tipos de civilización. Las naciones modernas han dejado de pensar que la lucha por el territorio es el medio principal de engrandecimiento. La civilización moderna ha llegado a entender que el engrandecimiento por el espíritu abarca más extensión y es más fecundo en riqueza. El engrandecimiento por el espíritu no trae penalidades, y en cambio aumenta la libertad y la dicha de todos los hombres. El triunfo de una sola alma aumenta por sí solo el poder de todos los otros seres. La riqueza espiritual crece más mientras más se gasta. No es como el dinero que se acaba y se pierde; se parece a la aurora que es más brillante y crece más cuando son más los ojos que la miran. La riqueza del alma se difunde como el coro de los ángeles, que hasta las mismas piedras conmueve, cual si las animase de conciencia.

La ley del crecimiento desborda nuestro tiempo. El mundo entero se halla empeñado en aumentar los conocimientos y la riqueza. La humanidad pasa por un proceso de organización de conjunto. Esto no había ocurrido antes. En el pasado encontramos civilizaciones profundas y deslumbradoras como la griega y alrededor de ella una serie de pueblos clasificados como bárbaros, no solamente porque no habían asimilado la cultura central, sino principalmente porque eran tan distintos y vivían tan aparte que no podían combatir para aumentar el progreso común. Los griegos y los hindús desarrollaron grandes civilizaciones en los mismos siglos, sin tener noticias unos de otros. Los romanos agrandaron el viejo mundo, pero todavía se quedaron ignorantes del Asia, así como también desconocieron totalmente las importantes civilizaciones del continente americano. La civilización era entonces un fenómeno racial; era hindú; era griega.

JOSÉ VASCONCELOS.

un poco más, pero fué preciso detenerse en un jardín situado fuera del recinto, donde el enfermo permaneció cerca de una hora.

Por fin llegaron al burgo; la caseta no estaba concluida, y por lo tanto colocaron a Livingstone en un espacio cubierto de sombra.

Los habitantes no se hallaban en sus viviendas, pues cuando llega la estación en que maduran los granos, los indígenas construyen en los campos casetas provisionales, donde residen para vigilar sus cosechas. Gracias a esto encontraron fácilmente donde albergarse, y mientras se instalaban, llegaron de fuera muchos naturales; acercáronse al sitio donde estaba aquél a quien tanto habían oído elogiar, y apoyados en sus arcos, contempláronle en silencio.

Como caía a intervalos una menuda lluvia, aceleróse en lo posible la construcción de la caseta. El lecho se colocó sobre un entarimado para que no le molestase tanto el calor; una de las mayores cajas sirvió de mesa, y los demás fardos se colocaron convenientemente.

Madjouara, uno de los nassickais, fué el encargado de dormir en la misma habitación, para cuidar de su amo durante la noche.

El 30 de abril por la mañana llegó Tchitammbo, el jefe del pueblo, a visitar al doctor; pero éste le suplicó que volviera al otro día, esperando que tendría más fuerza para hablar. Algunas horas después, Livingstone pidió su cronómetro e indicó a Souzi cómo debía tenerlo en la mano para que pudiera darle cuerda, lo cual hizo lentamente.

Transcurrieron las horas; al anochecer fueron a sentarse alrededor de las hogueras los hombres que debían hacer centinela; los demás se retiraron silenciosamente a sus chozas, con la convicción de que se acercaba la última hora.

A eso de las once de la noche, Souzi, cuya caseta tocaba con la del enfermo, oyó que le llamaban, y al mismo tiempo resonaron fuertes gritos a lo lejos.

—¿Son nuestros hombres los que hacen todo ese ruido? — preguntó Livingstone.

—No—repuso Souzi,—son los naturales que ahuyentan a los búfalos de sus campos de sorgho.

Algunos minutos después añadió el doctor con voz lenta, que era evidentemente la de un hombre presa del delirio:

—¿Será este río el Louapoula?

Souzi le contestó que estaban en el pueblo de Tchitammbo, y que el río próximo era el Molilamo.

El doctor permaneció silencioso durante algún tiempo; y después dirigiéndose otra vez a Souzi, pero hablando aquella vez en lenguaje del país le dijo:

—¿Sikouse gapi kounnda Louapoula? (¿A cuántos días estamos de Louapoula?)

—Creo que estamos a tres, señor—replicó Souzi.

Un minuto después, y como bajo la influencia de una pena excesiva, oyósele murmurar: "¡Oh, Dios mío!" Y volvió a caer en una especie de letargo.

Al cabo de una hora, Souzi volvió a ser llamado por Livingstone, le rogó que calentase agua, y cuando esto estuvo hecho, pidióle la caja de medicamentos de la cual cogió un poco de calomel con mucha dificultad, pues parecía no poder leer ya las etiquetas; luego puso la medicina junto a sí, indicó que le echasen un poco de agua en una taza, colocando al lado de ella otra vacía y murmuró con voz débil:

—Está bien, ahora podéis retiraros.

Estas fueron las últimas palabras que oyeron pronunciar al doctor.

Serían las cuatro de la madrugada, cuando Madjouara fué a buscar a Souzi y le dijo:

—Ven a ver al amo, tengo miedo; yo no sé si está vivo.

Souzi fué a despertar a Chounna, Choperé, Mouanyaseré y los seis penetraron en la habitación. El lecho estaba vacío; arrodillado al borde, Livingstone parecía entregado a la oración; y por un movimiento instintivo retrocedieron todos.

—Cuando me desperté — dijo Madjouara,—estaba el amo lo mismo que ahora; y puesto que no se mueve temo que haya muerto.

Al oír esto acercáronse los hombres; una bujía pegada en la mesa con su propia esperma despedía suficiente claridad para que se viese bien al doctor; de rodillas, e inclinado hacia adelante, Livingstone apoyaba su cabeza en las manos, que estaban cruzadas; sus hombres le contemplaron algunos instantes y no observando el menor indicio de respiración, Mathieu le puso suavemente el dedo sobre la mejilla.

El rostro estaba frío, Livingstone había muerto.

Los servidores lo colocaron respetuosamente sobre el lecho; y después de cubrirle salieron para consultarse.

Casi en el mismo momento se oyó el canto de los gallos, y como era cerca de media noche cuando habló por última vez, puede afirmarse con bastante certeza que expiró el 1.° de mayo antes de romper el alba...

Los primeros dólares

Cuando se supo la llegada a París del multimillonario yanqui Smithson, rey del hilo metálico para coser, los reporteros invadieron el hotel donde se hospedaba.

Gracias a ellos se supo que el señor Smithson tenía los cartílagos de la nariz de platino, era hijo de un "cow-boy" del Far-West, padecía del estómago, se alimentaba sólo de leche de coco y que su hija, única heredera de su inmensa fortuna, había contraído matrimonio con un tenor italiano.

—Como ven ustedes—terminó diciendo el multimillonario a los periodistas,—no soy más que un pobre hombre.

—Pero ¿cómo ha ganado usted su primer dinero en los negocios?—le preguntó un reportero, estilo-gráfica en mano.

El famoso multimillonario sonrió al evocar aquel recuerdo.

—No tengo por qué ocultar—dijo—que llegué a Nueva York en alpargatas. No tenía un céntimo, ni equipaje, y apenas desembarcado me puse a recorrer la ciudad en busca de un empleo. Pensé que, no sabiendo nada, tendría disposición para todo. ¿Pero cómo utilizar las aptitudes que confusamente presentía yo en mi interior, y que no podían desarrollarse por falta de campo de acción?

Un anuncio de un periódico me abrió los ojos. Leí en la cuarta plana lo siguiente:

"Se necesita profesor de flauta para un alumno joven. Buenos informes. Dirigirse a..."

Yo no había tenido nunca en mi mano una flauta; pero pensé que de aquel anuncio podía sacarse algún partido.

Precisamente, uno de mis vecinos tocaba la flauta todas las noches, con gran desesperación mía. Fuí a verle y le propuse que me diera algunas lecciones. El hombre se encogió de hombros, y no tuvo inconveniente en enseñarme, por un precio irrisorio, el modo de sacar sonidos armónicos de aquel tubo con agujeros.

Inmediatamente me presenté en casa de mi futuro alumno. Salón magnífico, suntuosa instalación.

—¿Es usted profesor de flauta? —preguntó el padre.

—Para servirle, caballero.

—Se trata de un capricho de mi hijo, que quiere aprender a tocar ese instrumento. ¿Usted es capaz de enseñarle?

—Es muy fácil.

—Veremos. Presenciaré la primera lección.

Minutos después estaba en casa de mi profesor y adquiría las primeras nociones. Desde allí marché a casa de mi discípulo, a repetir lo que acababa de aprender; mejor dicho, a complicar las cosas sencillísimas que me habían enseñado.

El padre y el hijo quedaron encantados con el profesor.

Al final de semana calculé mis beneficios. Las lecciones de mi profesor me costaban cinco dólares; pero como yo cobraba por las mías cincuenta, resultaba para mí una ganancia semanal de cuarenta y cinco dólares.

Aquello me hizo comprender la marcha de los asuntos y el arte del comercio.

Y volviéndose a los periodistas, dijo el señor Smithson:

—Hagan ustedes lo mismo, señores.

RAÚL VITERBO.

Los primeros pobladores de Egipto

Cuando se nos habla del antiguo Egipto, nuestra imaginación nunca se remonta más allá de las primeras dinastías faraónicas. Olvidamos que los constructores de los grandes monumentos del país del Nilo pertenecían a una civilización muy avanzada, que conocían los metales, y que antes de ellos forzosamente debió de haber allí pueblos más atrasados en su cultura. Este remoto pasado de Egipto, que permanecía envuelto en sombras, empieza a ser puesto en claro gracias a las investigaciones de la Escuela Británica de Arqueología en Egipto, los cuales han permitido descubrir los restos de la más primitiva civilización de aquella parte de Africa. Estos restos han sido encontrados sobre todo en la región de Badary, de donde se ha sacado el nombre de "badariense" para designar convencionalmente al pueblo en cuestión, cuya verdadera denominación, naturalmente, no es fácil que llegue a conocerse nunca.

Considérase que los badarienses vivían en Egipto doce mil años antes de nuestra Era. Los objetos que se han encontrado son en su mayor parte armas y adornos de piedra, figurillas de la misma materia y restos de alfarería, observándose cierto parecido entre estos documentos y los que en Europa quedan de la época solutrense. Las coincidencias son en ciertos casos tan notables, que Sir Flinders Petrie, el gran arqueólogo inglés, sospecha que solutrenses y badarienses debieron tener un origen común. Desde hace tiempo, los prehistoriógrafos vienen creyendo que los solutrenses fueron inmigrantes del Asia central que, a través de Europa, llegaron hasta Francia y el Norte de España; nada de particular tendría, después de todo, que al llegar la corriente migratoria al Cáucaso, se dividiese, dirigiéndose una parte hacia el Sur, hasta Egipto, y otra hacia Poniente; y aun pudo ocurrir que las dos ramas no fuesen contemporáneas, habiendo llegado primero los que pasaron al Africa y después los que se instalaron en Europa. Juzgando por los restos de industria primitiva hasta ahora hallados, la semejanza de costumbres entre badarienses y solutrenses era todo lo grande que cabe entre dos pueblos que viven en medio de condiciones climatológicas enteramente distintas. El problema, sin embargo, no puede considerarse definitivamente resuelto, y se presta a servir de base para nuevos y muy interesantes estudios.

El hombre de los perros

Por SANTIAGO RUSIÑOL

El hombre de los perros era cojo, era cargado de espaldas, tenía poca vista y no le sobraba la salud, cualidades todas para ser pobre.

En el mundo no tenía más que la ropa que llevaba puesta: una gorra peluda, de una piel que no se ha podido saber a qué animal había vestido en vida; el traje de la estación, que todo el año era la misma; un zurrón, en que llevaba la comida, el capital, la ropa, digamos blanca, las agujas para zurcirla, los pedazos, los muebles y los instrumentos de trabajo; en las piernas, los calzones; y en los pies, las alpargatas... viejas.

La casa la tenía, allí donde se le hacía de noche; la mesa, donde encontraba que comer; su pueblo en el que estaba; la patria, siempre más allá; los padres en el cielo; el refugio presente en el hospital; el de mañana, en las "hermanitas"; y el de pasado mañana, en la sepultura.

Pero si no tenía ni salud, ni casa, ni dinero, ni esperanzas de tenerle, tenía dos cualidades y había tenido una aspiración.

Las cualidades eran la paciencia y una dignidad de pobre, más difícil de sostener que la dignidad de rico; con tantos méritos como tenía para pedir limosna, nunca la había pedido; y la aspiración era ser maestro, que con sus facultades de paciencia bien hubiera podido llegar a serlo. Pero por falta de medios y por falta de discípulos y por falta de Normal para que le normalizase la vida, este "raté" de la enseñanza, que habría sido un mártir más de la civilización española, no teniendo niños que domar, se hizo maestro de perros.

El primer discípulo que tuvo fué de aguas.

Fué de aguas, pero parecía vinatero. El día que lo encontró iba tan mal trazado, llevaba los cabellos tan mal cortados, el traje tan sucio, que de aguas podía ser de casta, pero no la había tocado hacía muchos meses.

Lo llamó, él meneó el rabo, le echó encima el zurrón-cómoda, y aunque estaba vacío, hicieron trato, se entendieron y empezaron los estudios.

Primero le lavó la cara con lejía, le pasó la lendrera, le recortó el pelo del lomo y le dejó hecho un león, un león con bigote y con una pulsera en cada pata; después le enseñó buenos modales; estarse sin comer teniendo gana, no "frecuentar" más que a ciertos perros, seguir, no distraerse con las amigas y no pararse en las esquinas en que hubiera bandos "prohibitorios". Cuando ya tuvo urbanidad, le enseñó a sentarse, le hizo estar horas y horas sentado sobre las dos patas, pudiendo mover las dos manos, menear la cola, inclinar la cabeza, todo lo que quisiese, menos levantarse, hasta la hora de comer, por supuesto la cuarta parte de lo que hubiera querido. Ya que supo sentarse le hizo aprender a andar derecho en dos patas y sin darle la mano, y sin pollera, y sin que lo acompañase niñera, sino sólo y por su cuenta, y después del bachillerato con tantas asignaturas, bien se había ganado un traje, y le hizo uno que era cosa buena y que pronto se convirtió en cosa sucia: "sobretodo" de percalina de lustre, pero con faralaes en las cuatro patas y un agujero para pasar el rabo; calcetas con una goma como los niños de "pagés"; una chaquetilla descotada por delante, y gorra con visera y "rucha" y pluma, y todo lo que tienen las gorras, y muchas cosas que no tienen... Y cuando le tuvo enseñado, y sabio, y acostumbrado a no pedir la comida con prisas, alza aquí, salta allá y baila, que ya eres un animal instruído.

El de aguas trajo un amigo, que era algo podenco, alegre y escandaloso. Tenía un hocico como un embudo, un costillar magnífico y una delgadez perfecta; tenía tanta hambre como el otro y tan poca comida como el otro; y como era muy largo de patas y no le pesaban las carnes, le dedicó a saltar aros. ¿Que tienes gana? Salta. ¿Que no tienes ganas de saltar? Salta, podenco, que hay un charco. ¿Que tienes pena? Salta, con pena o con alegría, que al otro lado del aro están las esperanzas de comer alguna friolera, y él necesitaba alimentarse para mantener aquella delgadez.

Con este personal a punto, sólo faltaba un gracioso para completar la compañía, y al tal gracioso lo encontró, como se encuentran los graciosos: triste, debajo de los arcos de una plaza y tomando el sol con santa calma.

Era un perro que casi no era perro; tenía aires de persona, pero de persona aventurera. Era blanco, de un blanco sucio de polvo; era pequeñín, patizambo, tierno de ojos; tenía una mancha en la nariz, dos en los ojos, como si llevase gafas azules, un pedacito de rabo despeluznado, aire de pocas pretensiones, y cierta tristeza en la mirada que animaría mucho para hacer reír. Así es que cuando el domador le vió tan quieto y tan manso, tan desengañado de la vida, tan ridículo y meneando tan bien la cola, contestando a lo que le decían... le llamó en seguida, le explicó de qué se trataba, le puso "Palomo" de apellido, se le llevó a la clase, y venga a enseñarle a estar de broma.

La broma era llevar peluca y trabajar haciendo el tonto. ¿Que el podenco saltaba el aro? El a pasar por debajo y hacer guiños a los que le miraban. ¿Que el de aguas andaba derecho? Pues él torcido y riéndose a lo socarrón. ¿Que uno bailaba? El a esconderse en una espuerta y a no moverse aunque le dijesen levántate, emperrado en no trabajar. ¿Que el otro hacía el vivo? El el muerto: tirado en el suelo bien difunto, pero moviendo las orejas, para que viesen los paletos que sabía hacer el tonto, y pasarles después la bandeja, y dar gracias por cinco céntimos, y dar la pata por diez y dar la vida... por un duro, si hubiese habido duros en los pueblos.

Eso que parecía tan difícil y tan complicado de aprender, que hasta lo habría sido para muchos de los espectadores que habían de encontrar por el mundo, para aquella bestezuela fué cosa tan sencilla, que el hombre no gastó ni la cuarta parte de la paciencia. Era tan atento Palomo, tan estudioso, escuchaba con tanto afán al catedrático, que cuando daba la lección, hasta los compañeros se le quedaban mirando, admirados de tener un compañero tan sabio, y aprobaban con el hocico. Apenas el maestro le decía "levántate", ya estaba él dentro del cesto; apenas le decía "muérete", ya estaba en la agonía; apenas no le hacía hacer alguna gracia, ya estaban los tres medio muertos de risa, porque sólo con mirar divertía. Aquel animalejo cojo era la confianza de la casa, era el porvenir de la compañía, el que había hecho más carrera. Con el saber que tenía se podía ir a cualquier pueblo. Así es que viéndose el buen domador con el personal completo, se mudó de alpargatas, reunió a los tres discípulos, les dió unas sopas de ajo y ¡andando! a seguir las carreteras y a ganar el pan... para la familia.

Por el camino todo era alegría. El maestro andaba cojeando y los discípulos parecía que iban de vacaciones o que era jueves por la tarde. Ya podía haber polvo: el de aguas seguía sin parecer de aguas, parecía un perro de polvo, por el modo de revolcarse, y correr, y dar volteretas, empolvándose todo el bigote como un perro Luis XIV. Ya podía haber montones de grava, el podenco los saltaba todos, abusando de sus facultades, y no escatimando las patas, como los tenores escatiman la voz. Si pasaba algún afilador le ladraban por costumbre; si veían algún otro perro, aunque fuese analfabeto, le saludaban, le olían, y le decían dos palabras de cortesía, pero al oído; y si no encontraban ninguno se iban a dar guerra a Palomo, que como era el de la broma, iba siempre metido entre las piernas de su amo, hasta que cuando encontraban una sombra hacían ensayo general, se vestían y hacían la entrada en algún pueblo.

Allí, venga ir a la plaza, hacer corro, y aquí estamos que para eso hemos venido, señores. Empezaba la función el de aguas: el gran baile con el

La escena del sofá

Carlitos Ramos, prototipo de los enamoradizos, es un gran aficionado al teatro. Pertenece además a varias sociedades artísticas que fomentan el culto a Talía. "El escenario — según axioma de Carlitos — es el escaparate de la mujer." Y hembra bonita de rostro que se encuentre, aunque le falte un remo, como a la grulla del cuento, ya le está proponiendo:

—¿Quieres pertenecer al cuadro artístico de la Tersiptalía y encargarte de la dama de "Doña Juana la Loca"?

—Pero eso de "Doña Juana la Loca", ¿es un baile ruso o un drama?

—¡Igual que la pobre Doña Juana, que en paz descanse, estás, pobrecita mía! ¡Tienes unas ocurrencias!...

—Como la Tersiptalía es una sociedad de bailes... ¡Y como yo tengo el defectillo físico de...!

Aunque Carlitos Ramos jamás será una lumbrera del arte escénico, por el "déficit femenino" que en todas las agrupaciones artísticas se nota, y por las maravillosas cualidades que adornan a Carlitos para "cazar" actrices que "no cobren", las sociedades de aficionados le llaman siempre. Se ha hecho el imprescindible.

—Oye, Carlitos, necesitamos una... "dama de las camelias".

—¿Una dama de...? Sí; la tengo... Lo mejor que se puede encontrar. Rosita, la florista del Continental Bar, que, aparte de conocer todo el ramo de jardinería, porque su padrastro es guarda de la Moncloa, os puede vender en el Continental un "mundo" de entradas.

—Bueno. Pero ¿podrá hacer la Margarita Gautier?

—¿La Margarita?... Cualquiera de las flores... ¡Es su especialidad, y se llama, por si fuese poco, Rosita!

Cuando llegaron los Tenorios, Carlitos buscó a Mercedes Maravilla. ¡Una ídem, si vamos a creer a la mamá de Merceditas, tocaya del protagonista de la obra de Zorrilla, desempeñando el papel de doña Inés! "Doña Juanita Cascarrabias", mote que los huéspedes de la madre de Mercedes pusieron a la "suegra accidental" de Ramos—¡ah, Mercedes y Carlitos son novios!—hállase admirada de las dotes artísticas de su hija. Con tan fausto motivo permitió que Carlitos y Mercedes repasaran la "escena del sofá" en su casa. Y la buena señora—¡madre, al fin!—con cierto orgullo íntimo, no pasaba día sin que espectara a alguna de sus vecinas:

—¿Qué?... ¿Ha visto usted a mi Mercedes con Doña Inés?

—No sé; no conozco a esa señora.

Doña Juanita Cascarrabias, dejando para su capote malparadas las entendederas de su vecina, fruncía el ceño y exclamaba conmiserativa:

—Pero, mujer... ¡Si hablo de Doña Inés, la de Don Juan!

—¿Cuál? ¿Ese que fué ministro de...?

—¡No, señora!... ¡Tenorio!... ¡Don Juan Tenorio!

—Pero ¡cómo! ¿Es que Mercedes deja la costura "pa" dedicarse al teatro?

—No sabemos, hija, no sabemos... Por lo pronto, como dice tan bien...

—¿No es un poquito tartaja la Mercedes?

—Eso es acá, en el seno de la familia, porque "tié" confianza; que ante el público... ¡Ya sabe lo que se pesca mi Mercedes!

—Vaya, vaya... ¿Y adónde van a echar esa función, "pa" ir a verla?

—Al Ave María...

—Sin pecado concebida.

—¡Al coliseo de Lavapiés, del Ave María, quise decir!... ¡Verá usted lo que sacan!...

—¡Ah!...

Y cogiendo de una mano a su oyente, e indicándole silencio con el índice de la contraria, en puntillas para no hacer ruido, la llevó hasta la puerta del gabinete en donde repasaban la susodicha escena Mercedes y Carlitos. Un chasquido especial, algo así como un ósculo sonoro, que no pasó inadvertido para la vecina de doña Juanita, escuchóse en la estancia de ensayo.

—¿Qué es eso? — alarmada preguntó la vecina.

—¡Ensayan la escena del sofá!

En tanto que Carlitos, más listo que una ardilla, al sentir las pisadas de la contigua habitación, arrojábase a los pies de Mercedes y...

—"No es verdad, ángel de amor, —que en esta apartada orilla..."— recitaba.

—¿Qué tal, eh?...—henchida de satisfacción, con la mirada interrogó doña Juanita a su vecina.

Quien contestó con un movimiento afirmativo de cabeza, al tiempo que decía:

—¡Indudablemente! ¡Estos chicos sacan algo de esta escena!

VICENTE DEL OLMO.

sobretodo, y la camiseta y la pluma cayéndole sobre los ojos, que era lo que más le estorbaba; después el saltar del podenco y después las bromas del payaso. Eso de bailar en dos patas, muchos paletos lo encontraban muy natural; ellos no eran sabios y también lo sabían hacer. Ló de saltar aún más; si no habían visto podencos saltando aros y tonterías, los habían visto saltar por los barrancos para ir a comer un hueso de chuleta; pero eso de que un animal hiciese comedias, cuando ellos no servían ni para drama, no les cabía en la barretina. Reían, se daban trompazos, procuraban distraer a Palomo haciéndole cosquillas en el rabo; pero Palomo no era perro que se dejase distraer ni con cosquillas ni con animaladas. Se sentía superior a la concurrencia que le rodeaba, tenía su vanidad de bohemio, y haciendo el muerto o haciendo el vivo, sólo perdía la paciencia cuando algún perro ignorante se acercaba al redondel para gastarle conversación tonta; del trastazo que les daba iban a parar a los espectadores, que le reían todos los chistes: el del cesto, el del "levántate", el del aro y el de la pereza; todo menos el de la bandeja; eso de que pasase dando saltitos y le pidiese limosna, no era propio de un animal tan persona. Así es que cuando veían el platillo, los hombres cambiaban de sitio, el hombre de los perros de humor y la compañía de pueblo. De aquel a otro, y del otro al de más allá, y del azul del fondo al nebuloso del último término, no se puede andar más terreno del que anduvieron aquellos artistas y aquel maestro equivocado, que con la pierna que tenía útil tenía que llevarse la otra. Habían probado todos los pajares; habían pasado por delante de todas las ventas de carretera; conocían todos los árboles y los bancos y las monotonías de las "arenas" de los pueblecillos; pero unidos maestro y discípulos, aquellos fueron tiempos felices; tiempos de libertad y de gloria, de polvo blanco y jornadas rosas, de ráfagas de aire libre y de ir esperando allá a lo lejos, lo que no encontraban al lado.

Fueron tiempos que, como la juventud, la alegría y la ventura, duran unas cuantas puestas de sol, los tiempos de subir a la montaña para rodar del otro lado; una pobre primavera con vista al otoño. La unión y la armonía no suelen durar en la tierra. Los perros, aunque no sean personas, también son desagradecidos y tampoco se acuerdan del maestro. La unión de las familias dura poco cuando entra en ellas la miseria y aquella familia ambulante había de ser como las otras: desprenderse y rodar como las hojas en aquellos caminos por donde andaban.

El primer disgusto le dió aquel podenco mala cabeza. Por unos amores correspondidos, una mañana de primavera, sin quitarse el traje, sin decir adiós a los compañeros y sin despedirse del maestro, huyó con una perdiguera a poner casa por su cuenta. Bien hizo moverse a aquella pierna el buen maestro para atrapar los fugitivos; bien de voces dió por los pueblos; pero ¡ca! ya podía desgañitarse llamándolos. Si solo saltaba quince pies, figúrense ustedes los que saltaría con "ella". Hasta al extranjero debieron llegar; una luna de miel al trote, unos amores a campo traviesa, días y días de bohemia por aquellas llanuras inmensas. ¡Después de esta desgracia vino otra! Al de agua, un día, allá, en la ciudad, le cogieron con lazo, del lazo al carretón y del carretón al depósito; como no llevaba el traje y como no dijo que era sabio, lo mataron con los del montón, como a un perro cualquiera. La ciencia ahogó el arte, como sucede tantas veces. Después tuvo más discípulos, y gastó más paciencia para volverlos a enseñar, y ellos más mala voluntad para volver a escaparse; después sintió que iba envejeciendo; después se fué volviendo más cojo y más triste, y más amargado; y, no encontrando lecciones ni discípulos, por último él y Palomo se encontraron abandonados en medio de la carretera.

La tristeza que sintió aquel buen hombre al encontrarse sin familia y andando por el mundo con el solo amigo por compañía, sólo la puede sospechar el que ha padecido mal de añoranza en una llanura sin árboles y sin nubes. Caminando triste, le parecía que los pueblos estaban más lejos, parecíale la tierra más áspera, y los hombres peor encarados. El sol, en lugar de ponerse parecía que se apagase, allá en el fondo de los caminos. El frío de la soledad le helaba, y el caminar sin esperanza le hacía doblar las rodillas, y muy a menudo se sentaba sin gana de seguir adelante, acariciando al animalito, que se colocaba a sus pies, como en la tumba de un pobre.

Palomo, el pobre Palomo, bien hubiera querido consolarle, pero no había aprendido más que a hacer gracia; bien hubiera querido ganarle la vida, pero no sabía ganarla más que en broma; bien quería a su maestro, y no le quería de broma. Cuando le veía suspirar, se metía debajo del cesto y desde allí se ponía a mirarle con aquellos ojos húmedos que tenía, y, como no sabía cómo distraerle, le lamía las manos; si le veía triste se hacía el cojo; si lloraba, se hacía el muerto, y muerto y todo meneaba el rabo, como diciendo:—No te asustes, que yo no te abandonaré nunca;—pero como de bromas no se vive, todo el ingenio que tenía y todas las habilidades que hacía no le sirvieron más que para una cosa: para dejar de ganarse el pan y pedirle de puerta en puerta con el platillo en la boca.

A veces venía con un compañero, como diciendo:

—Acaso éste, te servirá. Pruébale. ¡Quién sabe!

Y el amo le probaba sin fe, sin ganas de enseñar, ni el discípulo ganas de aprender. A veces, si no le daban pan, hacía lo que nunca había hecho: ladrar a los que no le daban; algunas veces, cuando veía que su amo ya no podía andar más, que se cansaba, que se iba quedando ciego, se sentaba a sus pies, y lloraba ¡el pobre Palomo! pero no engañando a modo de perro, sino cayéndosele unas lágrimas más sentidas y más tristes que muchas que derraman los hombres.

Una tarde o una mañana, que para el que no ve da lo mismo, el maestro se quedó ciego del todo. La última puesta de sol descendió en su vida, sin esperanzas de amanecer. Las ventanas del paisaje, de la luz y de la armonía se le cerraron para siempre jamás; y pobre, desamparado, no sólo sin ver el camino, sino sin saber adonde ir, se hizo llevar a un asilo.

Hizo que le llevasen a un asilo, pero no había pensado en que no hay asilo para perros; no había pensado en que tenía que dejar en la puerta a Palomo, y cuando estuvo en la puerta, abrazado al perrillo y cayéndole las lágrimas de la sombra:—No te dejaré—le dijo.—Vámonos los dos sólos. Llévame a donde quieras, Palomo.—Y Palomo, como si lo entendiese, poniéndose delante, como si dijese:—Atame una cuerda que, aunque sea de broma, ya conozco las carreteras por lo mucho que las he andado, y te guiaré de pueblo en pueblo.

Y el amo, con su compañero volvió a caminar por aquellas carreteras blancas, que se habían vuelto negras; las fué siguiendo a tientas, y las encontró mucho más largas, y hermosas, y sombrías como un camino de tinieblas, y volvió a oír el tintinear de los yunques, y el lloro de todas las campanas, y no volvió a ver un rayo de sol ni un rastro de oro sobre el camino, ni el mecerse de las espigas, ni el azulear de la llanura; y aquel cordel, que llevaba en la mano, era el único nervio sensible que le ponía en comunicación con la tierra.

Un día el cordel se detuvo, y él sintió como un escalofrío.

—¿Qué tienes, Palomo? ¿Por qué te paras?

Y Palomo ladró un poco, como queriendo decir: "No tengas miedo", y siguió andando.

—Te vas haciendo viejo, Palomo—le dijo.

Y el perro le lamió la mano.

—Descansemos, si quieres, que no me importa llegar tarde. Ya sabes que para mí siempre es de noche.—Y el animalito no respondió, pero se echó a andar más de prisa para quitarle toda sospecha, y volvió a pararse de repente.

—¡Palomo!—exclamó.—¡Anda, Palomo!

Y Palomo no respondió.

—¡Ven aquí! ¡No hagas el tonto!

Y no se movía.

—¡Levántate!

Y no se levantaba.

Y, sobrecogido el pobre maestro por un sudor de agonía, alargó la mano en derredor, y, a pesar de tener la mano helada, tocó una cosa aún más fría.

Palomo... se había muerto sin decir nada, sin quejarse, sin querer despertar al amo, y el amo al encontrar muerto a su amigo, solo, solo en medio de la carretera, es cuando se encontró ciego.

¡Viva la juventud!...

La juventud es la vida llena de savia; también es el genio en flor. La juventud reside en la gracia que tiene un ser cualquiera. Todo el mundo sonríe ante ella. ¿Más por qué todo el mundo la quiere? ¿Por qué todo ante ella sonríe? Porque la juventud es una gracia; porque es una esperanza o, mejor dicho, una promesa. Si la juventud permanece eternamente siendo una gracia, jamás será fuerte; si permanece eternamente como una esperanza, jamás se convertirá en realidad; si permanece eternamente como una promesa, jamás fructificará. Es necesario que la misma naturaleza, aun la fecunda, cumpla algún día lo que ha prometido. Sin duda es muy bello ser joven, no tener más que alegres sueños de la mañana en el corazón, deslumbramientos del despertar en los ojos, carcajadas o tiernas sonrisas en los labios; es muy bello, como en el genio encantador de la mañana que representan el cuadro de "La Aurora", lanzarse sin tocar la tierra delante del carro del día, con la antorcha del amor en una mano y el ramo de rosas en la otra, con las cuales cubre para no ver las tumbas, el sendero de la vida. Pero si es bello florecer, si es bello madurar, es más bello transformar la débil adolescencia en fuerte virilidad; es más bello descubrir horizontes más tristes, más verdaderos, sin palidecer y sin volverse atrás a medida que se avanza en el camino; es más bello ver retroceder y sin llorar las rosas de la aurora que palidecen y se secan a los fuegos y sudor del mediodía; es más bello avanzar siempre con brío, tiñendo con sangre de los pies las rudas asperezas del camino. Si es bello ser niño, es bello ser hombre, hijo, esposo, padre consagrado asiduamente a los deberes penosos de la existencia, artista serio, ciudadano útil, filósofo pensativo, soldado de la patria, martir de la razón, devolviéndose por la reflexión y por el tiempo. Cuando los antiguos, nuestros maestros de todo, porque ellos han marchado los primeros, quisieron expresar belleza física del hombre, no esculpieron un niño, esculpieron a Apolo, el dios de la belleza, a los treinta años; esculpieron a Hércules, el dios de la fuerza, a los cuarenta. Y cuando quisieron expresar en una sola figura la belleza intelectual y moral, esculpieron la figura de un viejo, el viejo Homero, el rostro casi cadavérico, en el cual la ceguera misma, enfermedad de los sentidos, añade belleza a la belleza moral e intelectual, reconcentrada en el espíritu de la vejez; porque si es bello ser niño, es más bello ser joven, y es quizás todavía más bello envejecer con los frutos amargos, pero sanos, de la vida, en el espíritu, en el corazón y en la mano.

A. DE LAMARTINE.

Extraordinaria hazaña

Se deseaba determinar el momento preciso en que un aviador, que se ha desprendido de un aeroplano, debe abrir el paracaídas. Teóricamente se había hecho un interesante estudio, pero era indispensable comprobar la resolución del problema en la práctica.

Bose, se arrojó de un aeroplano a tres mil pies de altura.

Se había calculado que el tiempo exacto de la caída de un cuerpo humano desde la altura citada duraría treinta y dos segundos y que el paracaídas debería desplegarse al llegar a la mitad de este tiempo, o sea al transcurrir diez y seis segundos, para lo cual el aviador debería desprenderse del aeroplano y contar en el aire: uno, dos, tres, etc., hasta llegar a diez y seis. En este momento tiraría de la cuerda del paracaídas para hacer que éste se desplegara. Ya se comprende la sangre fría que hace falta para descender de esa altura, contar los tantos en el espacio y hacer una maniobra a tiempo. Un vértigo, una ofuscación cualquiera y el hombre se estrellaría irremisiblemente.

El sargento Bose cuenta así sus impresiones:

"¿Dentro de unos momentos viviré o seré cadáver?... Este fué mi pensamiento en el momento en que me dispuse a arrojarme al vacío. Mi estómago me pareció que se había desprendido de mi cuerpo; mis sienes latían violentamente. Con los ojos bien abiertos y refrenando la tensión nerviosa que me embargaba, con la mayor serenidad que me fué posible, me lancé y comencé a contar en el mismo instante... uno... dos... tres... cuatro... (olvidé el cinco, seis y siete), pasaron breves momentos... ocho... Mi cabeza me dominó con su peso y sentí que di una vuelta... nueve... diez... pensé tirar de la cuerda... once... doce... trece... catorce... quince... diez y seis... ¡Por fin! Tiré de la cuerda del paracaídas, funcionó éste perfectamente y llegué a tierra sano y salvo. Estuve enfermo de fiebre nerviosa por algunos días y al recobrar la salud pude comunicar mis impresiones que han servido para determinar el funcionamiento del salvavidas."

L A   S U E R T E

—¡Cuánta gente distraída hay en el mundo!—pensó Julio Caramont al ver sobre el asiento del "taxi" en que acababa de subir un voluminoso paquete. Lo cogió, lo volvió en todos sentidos y concluyó por abrirlo. Su sorpresa fué grande al ver que contenía un montón de títulos importantes pertenecientes al barón de Planel. Había allí por valor de cientos de miles de francos.

—¡Vaya un barón!—se dijo Julio Caramont.—¡Va sembrando fortunas por la calle! ¿Planel? No me es desconocido ese nombre.

Recordó entonces que Planel era uno de los financieros más nombrados de París, director del célebre establecimiento de crédito Banco Industrial de Francia.

—Vamos a tranquilizar al barón.

Y dió al "chauffeur" la dirección del Banco Industrial de Francia, donde pidió ver al director para un asunto personal y urgente. Al poco tiempo era introducido en el despacho del director.

—Señor barón, le traigo a usted esto.

Y puso el paquete sobre la mesa.

El barón no se había dado todavía cuenta de su olvido. Al ver el paquete dió un grito.

—Mis títulos. ¿Pero los había perdido?

—Los había usted dejado en un "taxi", señor barón. Y como he visto que eran suyos vengo a entregárselos.

—¿Cómo se llama usted?

—Julio Caramont.

—Señor Caramont, es usted un hombre honrado.

—Es verdad, señor barón, aunque esté mal que yo lo diga. Pero lo que en este asunto llama la atención más que mi honradez es la suerte del señor barón. Podía usted haberse dejado olvidados los títulos en otra parte y corría usted el riesgo de perderlos para siempre.

—Por eso le estoy tan agradecido. Y permítame que para demostrarle mi gratitud le ofrezca un vale de diez mil francos, que puede usted hacer efectivo ahora mismo en la caja.

—No haré la tontería de hacerme rogar, señor barón. Diez mil francos son para usted una cantidad insignificante, y, en cambio, para mí... Acepto.

—Es usted simpático. ¿Está usted satisfecho de la vida?

—Tengo dos hijos... Gano para ir saliendo adelante, y mientras tenga salud...

—Pues si en alguna ocasión necesita usted de mí no olvide que aquí me tiene.

—Muchas gracias, señor barón.

Aunque el barón Planel era descuidado, no lo era tanto que no conservase ciertos hábitos de orden. Al salir Julio Caramont tomó el número de los títulos que había perdido y recobrado.

Meses después tuvo la suerte de que una de sus obligaciones le saliese amortizada con un premio de medio millón de francos. Pudo comprobar que aquella obligación formaba parte de los títulos que le había devuelto meses antes Julio Caramont, y como el barón era hombre tan liberal como justo, se apresuró a escribir a aquél rogándole que se pasase por su despacho. Y ya en su presencia, dijo a Julio:

—Señor Caramont, debo manifestarle que uno de los títulos que usted me devolvió me ha sido reembolsado con un premio de quinientos mil francos.

—Le felicito, señor barón. ¿No tenía yo razón cuando le dije que era usted hombre de mucha suerte?

—Si tengo suerte, quiero que participe usted de ella, pues sin su rasgo de honradez yo no cobraría hoy el medio millón de francos. Quiero favorecerle. Tiene usted una familia a su cargo, y esto representa muchos gastos. Para ayudarle a soportar la carga he decidido pasarle mientras usted viva una renta anual de quince mil francos.

Julio Caramont guardó silencio.

—¿No me ha oído usted?

—Sí—dijo fríamente Caramont;—y se lo agradezco.

—Me parece que no está usted muy contento. ¿Es que mi oferta le parece insuficiente?

—Sí, señor barón; pero yo preferiría...

—¿Qué?

—Me gustaría más que en vez de la renta vitalicia de quince mil francos me diese usted ahora cincuenta mil francos.

—¿Pero está usted loco? ¡Preferir cincuenta mil francos a una renta vitalicia de quince mil! ¡Y siendo usted joven! ¡No me lo explico!

—Pues es muy sencillo. Tiene usted una suerte tan grande, que si aceptase su ofrecimiento estoy seguro de que me moriría antes de que tuviese usted que pagarme la primera anualidad.

Adrien VELI.

El asno de Buridán

Juan Buridán, filósofo del siglo XIV, para investigar si los animales poseían, o no, libre albedrío, propuso que se realizase un célebre experimento:

Someter un asno a riguroso ayuno, y colocarlo, después, a igualdad de distancia de un cubo de agua y de una medida de cebada: según él, si el asno careciese de libre albedrío, equilibrándose la atracción que sobre su sed ejercería el agua y la que sobre su hambre ejercería la cebada, debería dejarse morir de hambre y de sed, por no poder decidirse...

Este es el extravagante argumento que ha perpetuado el nombre de Buridán y ha elevado a su asno a la categoría de prototipo de gente indecisa.

Para preservar la manteca

La manteca se disuelve a los 40 ó 45 grados, separándose la grasa. Estando ésta aún caliente, se le mezcla con sal (30 gramos por libra de grasa). La sal se ha sometido antes a una alta temperatura y después se ha enfriado hasta unos 45 grados.

Debe dejarse el recipiente durante dos o tres horas en un lugar templado, a fin de que la grasa permanezca en estado flúido. La mezcla debe ser agitada entre tanto con alguna frecuencia.

Después se filtra a través de algodón en rama en un embudo de agua caliente. La grasa filtrada se coloca en botellas, que deben ser llenadas dejando un espacio vacío en el gollete de uno o dos centímetros, y puestas en un lugar frío y obscuro.

Para reproducir la manteca se disuelve la grasa a 40 grados. Luego se agitan 85 partes con 15 de leche fría durante dos o tres minutos, procediendo a enfriar rápidamente la emulsión por medio de agua de hielo.

La grasa de manteca así preservada durará, por lo menos, un año.

El viejo libro

Ha mucho que guardo
un libro muy viejo
entre varios libros
de escritores buenos.
Ayer por la noche,
solo, en mi aposento,
ese libro amigo
de nuevo he abierto,
y en la mente mía
floreció un recuerdo.

Ya, descoloridas,
he hallado dentro
tres pobres violetas,
que fueron tres besos
que me dió una tarde
que salí del pueblo
la muchacha aquella
que agitó el pañuelo
y que emocionada,
díjome: "¡hasta luego!"

He leído del libro
mil veces sus versos
con ansias muy locas
¡y cuántos recuerdos
cantando el pasado
vinieron por ellos!

Juan de Dios MENA.

La muerte de Herrera Reissig

Es de noche. Se ha hecho en la casa, otrora ruidosa, la terrible quietud precursora del gran silencio. Se habla en voz baja y hay pasos que se deslizan furtivamente en la sombra. Un viento frío entra por la puerta que alguien olvidara cerrar y que golpea pausadamente, como si midiera el tiempo. Los ojos brillan y los labios se contraen con doloroso pliegue.

Tarde, el gran poeta se ha incorporado en el lecho y ha tendido la mirada hacia el viejo piano, fiel amigo de todos los días.

—Chopin...—ha dicho.

Evocada por blancas manos temblorosas suena en la noche el gemir del alma encantada y romántica de Chopin. Es un largo sollozo diluído en música; lento gotear de lágrimas en la calma de la hora. El espíritu del pobre músico que pasó por la vida como un torturado, canta sonoramente.

—Schumann...—dice luego.

Y las notas dolorosas del "Carnaval", trágicas como una gran traición, como una protesta, llenan el ambiente. Es todo el drama del vivir que suena en esa partitura macabra, en la que hay carcajadas haciendo eco a sollozos y gestos extraños...

El esfuerzo ha sido excesivo. El corazón parece asfixiarse en el tumulto pasional de la evocación. Todo se precipita... Es la tortura de la tentativa última: inyecciones, inhalaciones... ¡Ah los tanteos de ciego de la ciencia! El poeta grita en un momento de calma:

—¡Si no fuese católico me pincharía una vena!

Confusión: tumulto sordo; todo parece precipitarse como en un gran agujero, en el que se distinguen en revuelta mezcla pasos acelerados, llantos que estallan, remover inútil de frascos con remedios absurdos, inquietud de alguien que entra y sale.

El poeta murmura al oído de la Amada.

—¡Tú has sido toda mi novela en la vida!

Estas pocas palabras acaban con sus fuerzas. Vuelve la mano al corazón rebelde que amenaza estallar, que estalla ya...

Después, un gran silencio, largo, profundo, interminable... Y al rato un grito desgarrador... Y en el cielo pálido de esa madrugada de otoño, una estrella que surge, pura, luminosa, como lavada en lágrimas...

Juan MAS Y PI.

El último instante de Murat

La desgraciada expedición de Murat en busca de una restauración imposible en el trono de Nápoles, después de la batalla de Waterloo, hízole caer en la red que le habían tendido los Borbones; y preso y condenado a muerte en Pizzo, pequeño puerto de las costas de Calabria, se preparó a morir como un héroe.

El día de la ejecución tomó un baño muy temprano, se hizo afeitar y rizar los cabellos con esmero y vistió con el más lujoso de sus uniformes. Cuando el general Sebastiani, su amigo y compañero de armas en los gloriosos campos de Marengo y Austerlitz, subió a buscarle para comunicarle que había llegado el terrible momento, Murat estaba listo. Mientras bajaban la escalera para descender al patio de la casita que servía de jaula al león de Abukir, Murat se ocupaba en consolar a Sebastiani, más conmovido de tener que fusilar a aquel "valiente entre los valientes", como le lamaba Napoleón, que si él mismo hubiera sido el condenado a muerte y el ex rey de Nápoles el ejecutor de la sentencia.

Una vez en el sitio destinado para la ejecución, Murat reconoció en la escolta que iba a ultimarle a los soldados de Jena y Friedland. Les dirigió algunas palabras y suplicó a Sebastiani que le permitiese mandar él mismo el cuadro.

A la voz de ¡fuego! sonó una detonación; pero Murat permaneció en pie y se encontró ileso...

Los dragones del Imperio, sin ponerse de acuerdo entre sí, pero movidos por el resorte de una misma inspiración, habían quitado las balas a los cartuchos al meterlos dentro de los fusiles.

Murat, sin inmutarse, con la frente erguida y la sonrisa en los labios, les dijo entonces:

—¡Gracias, muchachos! Gracias por esa prueba de vuestro cariño; mas siempre habrá que acabar por donde debíais haber comenzado.

Y ordenó de nuevo cargar y preparar las armas.

Al estruendo de aquella segunda descarga, Murat cayó inerte para no levantarse más.

Sebastiani se arrodilló junto al cadáver, abrazó por última vez a su amigo y, cumpliendo con su postrer encargo, empapó en su sangre el pañuelo que llevaba en un ojal de la casaca para enviarlo como un triste recuerdo a Carolina Bonaparte.

Posibilidades de un nuevo canal interoceánico

El "New Orleans States", diario muy bien reputado de New Orleans, publicó en el mes de julio el siguiente editorial:

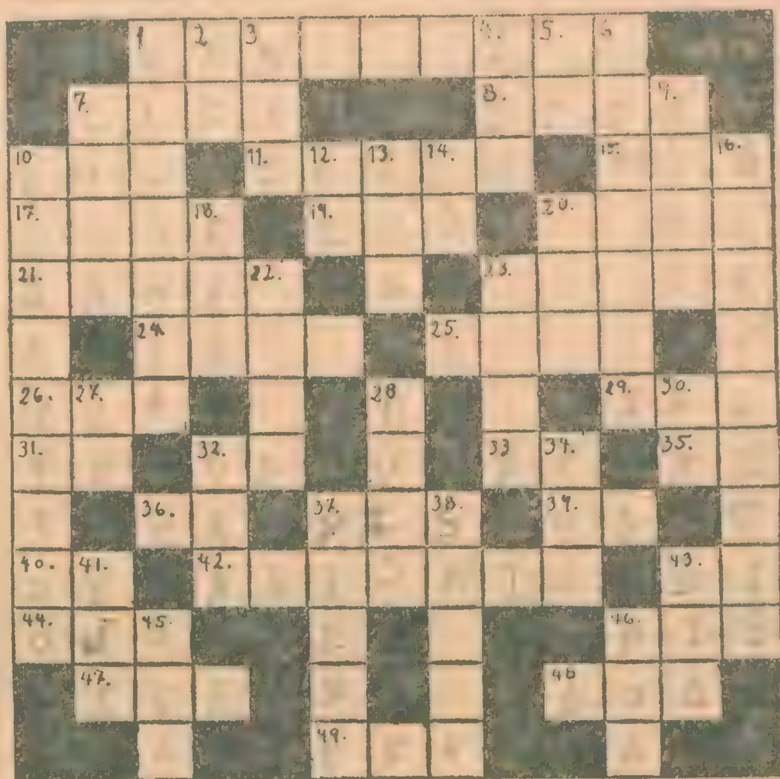
"Ningún puerto puede tener mayor interés en el Canal de Panamá que Nueva Orleans. Nosotros estamos más cerca de él que ningún otro puerto americano; que Baltimore, Filadelfia, Boston, Nueva York y San Francisco, por ejemplo, y, en consecuencia, tenemos mayores probabilidades de perder o ganar proporcionalmente con su manejo.

"Por tanto, debe ser grato para Nueva Orleans saber que el canal prospera. Los informes del gobierno para el año fiscal que terminó en junio acaban de publicarse. De ellos se deduce que los derechos de peaje ascendieron a $ 23.089.957.87, con un gasto de $ 9.092.818.60, lo que deja una ganancia de $ 14.000.000 en números redondos. Prueban estas cifras que llegará un día en que el canal no podrá atender a todas las demandas de tráfico.

"En tales circunstancias, la construcción de otro canal será inevitable, y a través de Nicaragua incuestionablemente, cuya ruta ha sido examinada hace tiempo y conceptuada de fácil construcción. Y en verdad, el senador John F. Morgan, uno de los más grandes hombres del sur que jamás se haya sentado en el Senado, junto con otros, luchó durante años por la construcción del canal de Nicaragua antes que el de Panamá.

"Nueva Orleans ganaría inmensamente si se abriera esa ruta. Y no hay para que decir que si el gobierno americano considera necesario adicionar el canal de Panamá con el de Nicaragua, Nueva Orleans será más beneficiado todavía, porque la ruta de Nicaragua quedaría más cerca que la de Panamá."

PALABRAS CRUZADAS



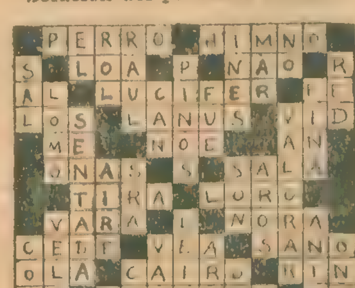
HORIZONTALES

1—Instrumento de hierro y de la figura de un siete, usado por los carpinteros para asegurar la madera sobre el banco y poder trabajar en ella.
7—Substancia resinosa translúcida, muy usada en la pintura.
8—Pequeña parte que se hurta especialmente en la compra diaria de comestibles.
10—Astro.
11—Reunión nocturna de personas para divertirse con baile o música.
15—Pariente cercano.
17—Rezar.
19—Artículo.
20—Da vida.
21—Amonestaciones matrimoniales.
23—Tener expedita la facultad o potencia de hacer una cosa.
24—Sexta letra del alfabeto griego.
25—Número.
26—Pronombre demostrativo.
29—Condimento.
31—Infusión.
32—Orden Dominicana (iniciales).
33—Asociación tranviaria (iniciales).
35—Conjunción copulativa que enlaza vocablos o frases denotando negación.
36—Iniciales de una provincia argentina.
37—División del tiempo.
39—Preposición inseparable que significa por causa, o en virtud, o en fuerza, de.
40—Letra.
42—Del verbo alisar.
43—Nota musical.
44—En la cara.
46—Que indica repetición.
47—Letra.
48—Acción y efecto de loar.
49—Raza de indios.

VERTICALES

1—Instrumento muy necesario en los almacenes y otros negocios.
2—Asociación cristiana (iniciales).
3—Al mismo nivel.
4—Pronombre demostrativo.
5—Forma del pronombre personal.
6—Porciones de territorio, en las divisiones políticas.
7—Ave americana (género femenino).
9—Lo que se respira.
10—Prenda de vestir.
12—Contracción.
13—Lista, catálogo, etc.
14—En los naipes.
16—Masa mineral que cae de los espacios planetarios.
18—Del verbo raer.
20—Preposición causal o final.
22—Caballeriza.
23—Fruta.
27—Pronombre personal.
28—Animales ovíparos.
30—Partícula inseparable.
32—Reza.
34—Movimiento convulsivo y ruidoso del aparato respiratorio.
37—Perturbación angustiosa del ánimo.
38—Conforme a la ley de Dios.
41—Pieza de madera o metal, que pasa por el centro de un cuerpo giratorio y le sirve de sostén en el movimiento.
42—División del tiempo.
45—En el mar.
46—Reptil.

Solución del problema anterior



De la necesidad de ser grande

Por regla general, los animales grandes viven más que los pequeños. La vida de un elefante es catorce veces más larga que la de un conejo, y la de un ganso ocho veces más larga que la de un gorrión. La ballena es, probablemente, el animal que vive más de entre todas las criaturas de sangre caliente.

Hasta cierto punto, esta regla puede también aplicarse a la raza humana. En las razas de tipos mayores están comprendidos los ingleses, escoceses, escandinavos, búlgaros y los tártaros.

El peso medio de un hombre adulto de dichas razas es de unos 75 kilos. Después siguen los franceses, italianos, españoles, árabes, turcos y los chinos meridionales. Su peso medio es de unos 73 kilos.

Las razas pequeñas son las de los esquimales, mongoles, burmaneses, japoneses, bengoleses, malayos, javaneses y hotentotes, cuyo peso medio individual es de unos 69 ó 70 kilos.

Un esquimal, a los cuarenta años, es un anciano, y pocos son los malayos que pasan de los cincuenta y cinco años. Los ingleses y escoceses viven, por término medio, diez años más que los italianos y turcos.

El clima y la alimentación modifican la duración de la vida en varias partes del mundo. Sin embargo, los datos citados dan una idea bastante exacta de la realidad.

Consecuencias de la gran guerra

Setecientos oficiales de alta graduación, pertenecientes al antiguo ejército austriaco, están en la actualidad en la miseria. Un mariscal de campo falleció últimamente después de haber vendido hasta sus numerosas condecoraciones.

Para la gente de campo

PARA ASEGURAR DOS POLLOS POR SEMANA. — CÓMO SE ORGANIZA, SE PUEBLA Y SE LLEVA UN GALLINERO FAMILIAR, DESTINADO A PRODUCIR EXCELENTES AVES.

Un gallinero familiar bien comprendido debe poder darle dos pollos por semana y aún algunos sujetos de suplemento que podrán utilizar o vender. Aunque el problema sea simple, usted no lo podrá resolver, sino instalando su gallinero a buena exposición, eligiendo buenos sujetos de raza, alojándolos convenientemente, en fin, escalonando bien sus incubadas y cuidando la alimentación y la higiene. Ahí tiene el modo a seguir para asegurarse 120 ó 140 pollos al año, tal vez un poco más, no siendo posible fijar un número matemáticamente determinado.

ESPACIOS Y GALLINEROS.—En principio, no proceda a la cría familiar sino en un terreno cercano a sus habitaciones.

Si este terreno es húmedo y mal abrigado, tiene que remediar esas dos condiciones facilitando la salida del agua por canaletas y poniendo un abrigo, rompeviento. La humedad y el frío son condiciones detestables, tanto para la producción del pollo de mesa como la de huevo. Si, al contrario, la situación está bien, abrigado, y el suelo naturalmente seco, puede usted plantar algunos árboles frutales de hoja caduca que darán sombra en verano y un aporte de frutas.

No trabaje sino con un gallinero confortable, arreglando lo mejor posible al local disponible con economía, asegurando primero luz y aereación abundantes por medio de grandes ventanas, bien expuestas; para la instalación de un gallinero nuevo siga las instrucciones y consejos dados por el Ministerio de Agricultura, lo cual sería muy largo repetir aquí.

Si usted opta por el gallinero de madera, o de cualquier otro material, debe estar hecho de manera que le dé todas las facilidades para agrandarlo en un momento dado, si usted quiere aumentar la producción y hacer de su gallinero familiar el principio de un gallinero industrial, que le dé también la facilidad de hacer algunas divisiones, para separar los diferentes grupos de edades distintas.

La instalación de un gallinero debe tener un compartimiento: 1.°, para reproductores; 2.°, para pollos; 3.°, para pollas y 4.°, para los sujetos a engorde. Los nidos para poner, las perchas, los bebederos y comederos, constituyen el material esencial.

UNA RAZA PRACTICA.—Para obtener el pollo perfecto como carne, debe elegir una raza destinada puramente a ese fin y para ello debe tener en cuenta el lugar donde habita. Adoptar lo más posible las razas ya conocidas. En muchos casos tiene usted razón de elegir las gallinas criollas que seleccionará y cruzará a la primera generación.

Si las gallinas comunes de su raza son algo chicas, las podrá cruzar con razas grandes como la Rhode-Island, Orpington, Wiandotte. Tendrá así sujetos muy vigorosos, criándose fácilmente, más fuerte y carne más sabrosa que los productos de sus gallinas ordinarias y encontrará muchas veces entre éstas excelentes ponedoras. Compre sus primeros sujetos en un criadero que usted conozca y de preferencia sujetos de "doce a quince" meses de edad para obtener pollitos vigorosos. Si está usted limitado en sus gastos, compre huevos y hágalos empollar; es un buen método, pero un poco largo para constituir un lote de reproductores. En este caso haga venir huevos de "dos" orígenes distintos y cruzará los más lindos pollos del uno, con las más lindas pollas del otro. Esa mezcla de sangre le asegura lindas empolladas y fáciles de conseguir. Quince gallinas y "dos" gallos le bastan; usted puede con ese número conseguir sus "dos" pollos semanales. Y si por cualquier causa quiere aumentar la cría, dispone de elementos para realizarla, lo mismo si cada gallina no le da cien huevos por año, (lo que es poco en el día de hoy), la puede reemplazar con facilidad.

ALIMENTACIÓN RACIONAL. — Distribuya a sus reproductores una alimentación equilibrada para la producción de huevos fecundados, que le darán pollitos vigorosos. Establezca dos regímenes alimenticios: nutritivo el uno, en concordancia con el período de reproducción, cuando se pone a incubar, de mayo a julio, octubre o septiembre y el otro, los demás meses del año; dé una comida de pasta por la mañana, verduras al mediodía y granos a la tarde.

La pasta se compondrá de afrecho o afrechillo, sobrantes de verdura, pedacitos de carne picada, harina de huevos o cáscara de ostras molidas. Distribuya esta pasta tibia durante los meses de invierno y fría después, a razón de 60 ó 70 gramos de producto seco por sujeto; esas pastas pueden encontrarse en las casas de comercio, pero hay que elegirlas bien y comprarlas en casas de confianza para evitar productos adulterados, pero económicamente conviene que los haga usted.

Puede preparar esas pastas para darlas secas, pero también puede usted darlas mojadas con agua, con leche descremada o pura, o con agua de cocina.

Adoptando la pasta seca para las gallinas en sus primeras comidas, usted los acostumbra y simplifica su trabajo para más adelante; a mediodía, distribuya las verduras de que usted dispone, repollo, ensalada, hojitas tiernas de árboles, avena germinada; a falta de abundancia de verduras de invierno, dé usted trébol picado, pasto pipiringallo o alfalfa o simplemente las hojas de esas leguminosas hervidas y mezcladas a la pasta, mojando como ya se dijo.

Como grano, adopte el maíz molido, avena, triguillo, unos 50 gramos por sujeto y por día. Disminuya las materias nutritivas y los granos, distribuyendo más verduras durante los períodos de descanso. Cuide de no engordar demasiado sus reproductores principalmente si son de razas grandes. Las gallinas deben estar en buena carne, pero no llenas de gordura.

Agua es la bebida normal, que sea muy limpia y añadirá en tiempo húmedo, sulfato de hierro, 5 gramos por cabeza, con un poco de permanganato de potasa, hasta que el agua esté levemente roja.

CINCO INCUBACIONES.—Puede usted asegurar cinco incubaciones, pero lo mejor es emplear incubadoras que las hay muy buenas. Reparta sus incubaciones en 7 y 8 períodos (junio a diciembre) de manera de hacer incubar "doscientos cuarenta" huevos, más o menos, puesto que se calcula un pollo con vida cada "dos" huevos, cuando no se es del oficio, en criaderos chicos y con reproductores vigorosos, esa producción es más elevada. Con eclosiones sucesivas, usted puede asegurar constantemente los "dos" pollos semanales previstos y tal vez más.

Meses	Huevos	Pollos	Meses de consumo
Julio	40	25	Noviembre y Dic.
Agosto	50	30	Dic. y Enero.
Septiembre .	36	20	Febrero y marzo.
Octubre	36	20	Abril y mayo.
Noviembre .	36	20	Mayo y junio.
Diciembre .	36	15	Julio y agosto.
Enero	36	15	Ag., Sep. y Oct.
	270	145	

Para no tener aves demasiado duras, castre los gallos de las últimas incubadas, lo que le permitirá conservar los capones en libertad y en excelentes condiciones. Se puede también hacer menos incubaciones en el verano y proceder a la primera incubación en junio, siguiendo los métodos de algunos buenos granjeros.

Utilice para estas incubadas huevos frescos, producto de vigorosos reproductores, de buena talla y excelente conformación. Elimine los huevos grandes que pueden tener dos yemas, los que tengan cáscara rugosa o que presenten alguna deformación. Practique el miraje de los huevos al cuarto día, para que pueda separar los huevos claros. Si usted elige la incubación natural, ponga a incubar "dos" gallinas a la vez, mire al "cuarto" día y reúna los huevos claros de las dos gallinas, guardándolos para la alimentación de los polluelos. Si son numerosos, póngase los fértiles en la mejor incubadora.

CRIANZA SIMPLE.—Conduzca la incubación por los métodos ya expuestos por este folleto, sea por método natural o artificial, críe los pollitos con simplicidad. Déjelos en ayunas 48 horas. Déles después pan rallado, alpiste (muy poco) y un huevo duro aplastado para doce; siga este régimen 3 ó 4 días. Como bebida, agua ligeramente tibia en invierno o leche agria, déles después una pasta un poco granulosa, hecha con arroz cocido, harina de avena o de maíz.

Distribuya alpiste y arroz cocido.

Al cabo de 15 días, haga una pastina en partes iguales de arroz, papas cocidas, harina de avena con 10 % de polvo de carne o sangre, o sino reemplace la mezcla por usted hecha, por una ya conocida en el comercio especial para pollos, siempre que la consiga barata. Como grano, distribuya arroz crudo, triguillo y maíz finamente molido. Agregue a esta comida, verduras, menudos de carne, insectos y gusanos. Evite el frío y las lluvias a sus pollos, dándoles al mismo tiempo toda la libertad posible. Con este régimen simple, usted cría fácilmente sus pollitos hasta tres meses y esto en toda estación.

La tienda más grande del mundo

Lo que vamos a referir no es un cuento de "Las mil y una noches", aunque lo parezca, sino algo absolutamente cierto que sólo ha podido verificarse en la maravillosa república norteamericana.

Se trata de una tienda que ha dejado atrás en proporciones de grandeza y en lo colosal de sus negocios, a cuanto se ha llegado a concebir por los más atrevidos genios del comercio.

La tienda en cuestión se halla en Chicago y se conoce con el nombre de "Sears, Roebuck & Co." Posee, maneja y controla más de cien fábricas, y sus compradores circundan el mundo en busca de mercaderías. Las variedades de artículos de que dispone son más de la mitad de cuanto necesitaba la fuerza expedicionaria norteamericana en Europa.

Tiene el edificio 32.700.000 de pies cúbicos, y el espacio de todos los pisos comprenden 92 acres. Hace treinta años era su capital de $ oro 150.000, y tenía 400 empleados. Ahora su capital es de 100.000.000, y el número de sus empleados asciende a 20.000. En sólo sus despachos del correo gasta seiscientos mil dólares anuales. Cuando el almacen quedó establecido publicaba un catálogo de 300 páginas. Hoy es de 1600 y se publica dos veces por año, siendo la distribución de 50.000.000 de catálogos.

En 1924, fabricó 50 toneladas de alfileres, muchos millares de pianos, 18 millones de pares de medias, medio millón de bandas de automóviles y 10.000.000 de pares de zapatos. Vendió 90 toneladas de te y más de 600 toneladas de café, un millón de vestidos interiores, 50 toneladas de plumas y más de 25 millones de yardas de guingas, percalas y franelas. El número de violines expendidos llegó a 30.000, y con los sobretodos y trajes que de allí salieron podría vestirse toda la ciudad de Nueva York. Se vendieron también 16.650 anillos de compromiso y 26,367 de matrimonio, 244.200 relojes de bolsillo y 191.475 de mesa.

Los clientes de "Sears, Roebuck & Co.", llegan a 10.000.000. Los negocios anuales de la casa montan a 250.000.000 de dólares.

Las muchachas que abren la correspondencia forman un ejército, y lo hacen en proporción de 500 cartas por minuto. Otras reciben órdenes y los cheques de pago por millares, lo que representa miles de dólares en ocho horas de trabajo. Cada diez minutos pasan de mil a dos mil órdenes en ese almacén. Allí se puede comprar desde un paquete de alfileres hasta una casa de $ 20.000. Si hay un lugar bajo el sol donde la rapidez sea la esencia de la vida norteamericana, ese es el lugar, donde la habilidad y la presteza del trabajo no pueden superarse. Baste decir que se atiende al despacho, de 95.000 paquetes postales por día, que se mandan bajo la buena fe del que los va a pagar. "El comprador es rey y juez", dice uno de los lemas de la casa.

Entre sus declaraciones fundamentales están las siguientes, que son sus invariables principios:

"Garantizamos que todos y cada uno de los artículos de nuestro catálogo son exactos a su descripción y a sus grabados.

"Garantizamos que cada artículo que se nos compre dejará satisfecho al cliente; que dará el servicio que se tiene derecho a esperar, y que representa el valor que se ha pagado por él.

"Si por una razón cualquiera el cliente no queda satisfecho con el artículo que ha comprado, puede devolverlo a nuestro costo.

"Entonces lo cambiaremos por el que se quiera, o devolveremos el dinero, incluyendo cualquiera otro gasto que se haya hecho para devolverlo."

No es sino en un país gigantesco como los Estados Unidos donde puede haber una organización semejante y lugar para que se desarrolle en tan vasta escala.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre „ „ $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre „ „ „ 5.00	Semestre. „ „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . „ „ „ 9.00	Año. . . „ „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

Las veleidades de la moda

Barbas y bigotes

Los hombres que, sin duda por no tener nada más trascendental en que ocuparse, pierden el tiempo en censurar a las mujeres que optan por cortarse el pelo, debieran pensar que la moda femenina actual no es más absurda que la masculina de rasurarse la cara, como si todos fuésemos clérigos o cómicos.

A esta costumbre se la ha considerado como cosa yanqui o inglesa, y la gente se olvida de que el hombre se ha afeitado mucho antes de haber yanquis, y aun ingleses, en el mundo.

Los griegos gastaron largas barbas antes de Alejandro el Grande, y Plutarco dice en la vida del héroe macedonio, que mandó afeitar a sus soldados por miedo a que los enemigos les cogieran de la barba y les obligaran a entregarse a discreción. Pompeyo, impelido por igual motivo, mandó afeitar también a los suyos en la guerra contra Mitrídates, como está consignado en la historia de la antigua Roma. El hijo de Filipo y el rival de César, doctos en la táctica militar de su tiempo, adoptaron con buen tino la medida de que hemos hecho mérito, porque entonces, que no había pólvora ni armas de fuego, los hombres peleaban muy a menudo cuerpo a cuerpo y podían con facilidad tomarse de la barba. No vacilamos, sin embargo, en afirmar que el uso de afeitarse, introducido en Grecia a imitación de los soldados de Alejandro, produjo al principio una impresión muy desagradable. Con efecto, muchos no siguieron la moda; y sabemos, además, que en Atenas se acuñaron medallas con la efigie de un hombre sin barba, y en cuyo exergo se leía: "El trasquilado".

Los romanos, en los tiempos primitivos de su República, se distinguieron por su larga barba, y los antiguos historiadores nos han dejado escrito que cuando Brenno penetró en la ciudad eterna uno de sus soldados estuvo largo rato mirando con respeto y veneración profunda a Papirio Cursor, que sentado en su silla e inmóvil, parecía más bien un dios que un hombre, por su aspecto severo y su blanca y poblada barba.

Plinio dice que entre los romanos se introdujo la costumbre de afeitarse cuando Publio Ticinio Mena llevó de Sicilia a Roma, el año 454 de su fundación, un crecido número de barberos; apoya su aserto en la autoridad del célebre Varron, y luego añade que el primero que comenzó a afeitarse todos los días fué Escipión el Africano.

Algunos pueblos antiguos se afeitaron con navajas de piedra muy afiladas; otros, con navajas de distintos metales, y en Roma, el primero que las usó de acero fué Augusto. (Véase Plinio. lug. cit.). Pero en atención a que es muy expuesto depositar su confianza en un barbero, se ha juzgado siempre muy prudente el afeitarse por sí mismo, y Dionisio, tirano de Siracusa, que tenía sobrados motivos para temer las funestas consecuencias de justas y singulares venganzas, se hacía afeitar por sus hijas. Cuando fueron mayores, también ellas le inspiraron recelos, y a fin de que nadie le afeitara, se quemaba la barba con cáscaras de avellanas.

En casi todos los tiempos y países se ha considerado al hombre imberbe como un hombre a medias, y en todos los idiomas antiguos y modernos se encuentra esta frase muy repetida: "No se puede hacer caso de las palabras de un joven barbilampiño". Los romanos, que no dejaron de reconocer esta gran verdad, daban mil parabienes a los parientes de los mancebos que se presentaban por primera vez afeitados, y a las visitas que mediaban entre una y otra familia se les daba el nombre de "gratulatorias". En Roma se tenía en tanto aprecio la primera barba, que se la consagraba, encerrada en una cajita de oro o plata, a alguna divinidad, y principalmente a Júpiter Capitolino, como nos lo ha dejado dicho Suetonio en la vida de los doce Césares, hablando de Nerón. No queremos tampoco pasar por alto en estos breves y fugaces apuntes, que los romanos, cuando se introdujo la costumbre de no gastar barba, se afeitaban hasta los cuarenta y nueve años, y luego se dejaban toda la barba, persuadidos de que en la edad madura inspira respeto y veneración. Establecido el imperio, los primeros catorce Césares figuran en las medallas sin barba; pero Adriano, que les sucedió, renovó el uso antiguo, y hasta Constantino el Grande todos los emperadores llevaron barba; más adelante aparecen afeitados. Sin embargo, esta moda no siguió porque el emperador Heraclio se declaró muy partidario de las barbas, y todos sus sucesores figuran con barba en las antiguas medallas.

Los francos y los godos llevaban largos mostachos y una corta perilla sin barba; Clodion sucesor de Faramundo, y llamado el Cabelludo, no gustó de esa moda, y quiso que los francos gastaran barba para distinguirse de los romanos.

En tiempo de Jesucristo, tanto en Jerusalén como en toda la Judea, el uso de la barba era muy común, y los levitas se distinguían por sus hábitos pontificales y su larga barba.

Cuando Pedro el Grande, deseoso de introducir en sus vastos dominios, y con especialidad en Moscú y en San Petersburgo, la civilización europea, mandó afeitar a sus súbditos, estuvo muy próxima a estallar una gran sedición, y aunque últimamente se sometieron todos a las órdenes de su zar, a fin de no pagar la multa impuesta a los que se negaban a afeitarse, no dejaron de suspirar por la pérdida de sus largas barbas, brillante testimonio de su primitiva nacionalidad.

Voltaire, en el artículo "Barbe" de su "Diccionario filosófico", se expresa en esta forma: "Los orientales no han variado nunca de consideración con respecto a la barba; los occidentales han variado siempre de barba y vestido. Bajo Luis XIV se llevaban mostachos, y esa moda duró hasta el año 1677; bajo Luis XIII se llevaba una pequeña barba puntiaguda; Enrique IV la llevaba redonda. Carlos V, Julio II, Francisco I, señalaron un puesto muy distinguido y honorífico en sus cortes respectivas a la largas barbas, que hacía mucho tiempo que habían pasado de moda, y sus cortesanos las llevaban largas todo lo muchos que podían. Cuando los reyes de Francia confiaban a un hombre el cargo de embajador, debía, ante todo, dejarse la barba".

Collin de Plancy dice en el artículo "barbe" de su "Diccionario feudal" lo que sigue: "El rey Francisco I publicó un edicto, año 1535, en cuya virtud ordenaba, bajo pena de muerte, a todo ciudadano, campesino y hombre del pueblo, que se afeitara, en atención a que la barba larga era un distintivo todo propio de nobles e hidalgos."

Los chinos creen generalmente que los europeos son hijos muy predilectos de la naturaleza porque tienen barbas largas y espesas, al paso que ellos las tienen raquíticas y muy cortas.

Los habitantes de la antigua Albion, hoy Inglaterra, comenzaron a afeitarse a imitación de los normandos, sus conquistadores, que no llevaban barba. Si esto es cierto, según va consignado en sus antiguas crónicas, podemos afirmar desde luego que su odio a la barba y su costumbre de afeitarse hoy en términos tan exagerados que casi parecen niños o mujeres, lo deben todo a la pérdida de su primitiva nacionalidad.

En la edad media la barba adquirió más grandeza, más prestigio y cierta majestad político-religiosa, propia de los siglos heroicos del catolicismo, destinado desde su nacimiento a ennoblecer la humana estirpe y todos sus actos. En esa edad el juramento más ordinario de Carlomagno era éste: "Juro por San Dionisio y por esta barba que me cuelga". En atención a que en esa edad la barba y el pelo largo eran un distintivo de penitencia y humildad, y que los llevaban los papas, los cardenales, los abades de las órdenes religiosas más ilustres, un canon conciliar prohibió gastar barba y pelo largo a todos los clérigos que no desempeñaban grandes destinos en la jerarquía eclesiástica ni pertenecían al número de los prelados: "clericus nec coman nutriat nec barban" (ningún clérigo lleve barba ni pelo largo). En esa edad a los hijos de los duques, príncipes y otros personajes de las más elevadas categorías sociales, les afeitaban por primera vez hombres de su misma clase, y este acto, que se celebraba con pompa y solemnidad, constituía un nuevo lazo de parentesco, porque al jovencillo, ya afeitado, se le consideraba como el más legítimo ahijado del que se había convertido recientemente en su barbero. En esa edad, por último, el tocar con gran ceremonia la barba a un hombre era lo propio que declararse su padrino. Con efecto, está escrito en la historia de Francia que en uno de los artículos del tratado que se estipuló entre Clodoveo y Alarico, se convino en que éste tocaría la barba al otro, a fin de ser su padrino.

Para los árabes del desierto la barba es un objeto sagrado, y ¡ay del que se atreviera a cortar la barba a uno de sus cohermanos! Se le juzgaría desde luego impío y merecedor de los castigos más severos. Si, por el contrario, uno toca cariñosamente la barba a otro, quedan entrambos ligados por los lazos de una eterna amistad, aun cuando hayan mediado anteriormente entre los dos las más graves ofensas y una sed inextinguible de venganza.

Una larga y espesa barba inspira respeto y veneración, y la barba, que ha dado en todas las épocas grandeza y lustre al rostro meditabundo de los filósofos, ha sido considerada también por algunos pueblos y sabios de la antigüedad como la más elocuente manifestación de profundos y agudos dolores o de inesperadas y graves desventuras. Entre los asirios, los hebreos y otros pueblos del Oriente, una larga y descompuesta barba era indicio de luto, y sabemos que cuando Cicerón se vió perseguido en Roma por el infame Clodio, que le culpaba de haber mandado dar muerte a algunos ciudadanos sin apelar al fallo del pueblo, aquel príncipe de los oradores se dejó muy largos el pelo y la barba, como un doloroso testimonio de la fiera e injusta persecución a que se veía expuesto.

MARIPOSA

Por Concha Espina

Habían pasado muchos años inútiles sobre la cama vacía de Pilar; muchos años en que padres de la niña muerta estuvieron detenidos y mudos, absortos en su desventura al borde de la cama blanca, puesta a la orilla del gran lecho matrimonial.

Carlos y María hubieran jurado que, durante aquel tiempo de su infortunio, todas las horas habían sido yertas y grises, huraño todos los celajes, estériles todos los campos, turbio el rostro de la Naturaleza.

Sólo sabían, ciertamente, que sus caudales no tenían destino; que fluía sin rumbo ni esperanza la ternura de sus corazones... ¡que se había quedado sin dueña, la camita preciosa de Pilar!...

Era una noche blanca y pura, toda plateada de nieve y de luz; era una noche bella y cruel.

Rodaba la luna llena en un cielo inmaculado y bajo la curva del firmamento, luminosa y azul, tendíase con rigidez la llanura alba y muerta del ancho valle nevado.

Estábase la vida en la aldea muy callada, tan en silencio como si el pueblo durmiese amortajado por el sudario espeso de la nieve.

María y Carlos, como siempre solos y tristes, suspiraban sentados a la par de la chimenea revestida de mármoles, amistoso resplandor de hogar. Tenían apagado el fanal de su lámpara y descubiertas del balcón para que les alumbrase la luna. La cual se expandía en el aposento triunfalmente, envuelta en la cegadora blancura que del valle iba tomando.

Con aquella claridad intensa llegó a la estancia un rumor confuso, como de ruedas y cascabeles, y hasta los rotos ecos de un cantar y las errante notas de un clarín: ráfagas sin duda, de un soplo de vida fluyente por el camino.

Mas, a poco, sintióse a la puerta de la casa un tímido llamamiento, tan inseguro y leve, que el mismo Carlos, tentado por la curiosidad de aquel soniquete humilde, se levantó a ver quién llamaba.

Desde el sillón oyó María una perlada cantinela en acordes, con el grave acento de su marido, y, en seguida vió con asombro inmenso, que Carlos regresaba al gabinete con una niña de la mano.

¡Válgame Dios, qué criatura!... Era blanca y azul como la noche que la traía; era, como la noche, serena y hermosa. Llegaba toda llena de la fría crueldad de la nieve y de la rutilante maravilla de la luna.

Aparecíase vestida con livianas telas fulgurantes: lucía en la frente una diadema, remedo de jardines en capullo, y calzaba los pies enanos con unas babuchas silenciosas; tenía dorados los cabellos, zarcos los ojos, nívea la cara, el ademán dolorido y gentil.

—¡Válgame Dios, qué bella y qué triste era la niña!

Atónita María al contemplarla, para convencerse de no padecer una fascinación, le tendió los brazos, preguntándole:

—¡Eres un ángel?

Soltó ella el arroyo de su garla infantil, y fué contando:

—Soy una niña pobre; me dicen "Mariposa"; hago volatines y comedias; sé cantar..., llorar, no sé. Iba en un carro con "unos" que me hacían trabajar y me pegaban... Tengo miedo y hambre y... también tengo frío. Esta noche me hice la dormida para escaparme, y como vuestra casa me pareció muy poderosa, al pasar por aquí me dejé caer al suelo sin que nadie me viera. Estuve caída, como un montón de nieve, hasta que el carro se alejó... Ahora, si me dais posada y tenéis lástima de mí, yo cantaré para divertiros y repetiré todos los juegos difíciles que hacía en las calles y en las plazas...

María la tomó en su regazo con profunda emoción, y mientras Carlos, igualmente conmovido, escuchaba, se amistaron los dos en este coloquio:

—¡Pobrecita!... ¿No has conocido a tus padres?

—No; soy una niña regalada. Me han contado que cuando nací, una mujer, llevándome en brazos, fué donde esos comediantes y les dijo: "¿Queréis esta criatura?... Os la regalo..." Y ellos contestaron que sí...

—¿Cómo es que no sabes llorar?

—Porque cuando supe me castigaron mucho. Entonces aprendí a beber las lágrimas, y se me han secado los ojos: ¡mira!

Y a la luz nitescente de la luna, mostraba las pupilas enjutas bajo el sérico rizo de las pestañas.

—Y rezar, ¿tampoco sabes?

—Tampoco.

—¿Conoces a la Virgen?

—No la he visto, pero he oído hablar de ella "por ahí"...

Y señalaba hacia el camino, lleno de la milagrosa belleza de paisaje.

—Te la voy a enseñar—dijo María.

La llevó con dulzura hasta un cuadro de la Inmaculada, alto en un lienzo, bañado por la peregrina claridad de la noche, y murmuró, devota:

—Esta es la Madre de las pobres niñas regaladas.

Levantó la chiquilla hacia la imagen su rostro pálido y triste, y como si la reconociera en su memoria, pronunció únicamente:

—¡Ah, sí; ésta es!

Le tiró un beso y quedó largo rato contemplándola.

Para remediar a la niña bohemia no se habían consultado los esposos; ambos eran clementes y en tácito acuerdo de generosa voluntad la sentaron a su mesa aquella noche y le dieron halagos y calor.

Sólo, al tiempo de acostarla, cambiaron un signo interrogante después de posar los ojos en muda caricia sobre la camita de dorado rastel, intacta durante muchos años de duelo.

Pero como Carlos nada resolviese, María inclinó la cabeza con pesadumbre y le improvisó a la niña un lecho confortable en el sofá de terciopelo blanco.

Ya crecida la noche, la señora, inquieta y vigilante, se incorporó en la cama para ver a su protegida, y hallóla, con sorpresa, hincada ante el cuadro de la Virgen, en el arrobo de una férvida oración desatada con ternura y lirismo, llenos de candidez.

Contaba la chiquilla apenas siete años y ya era sabia, con la sabiduría penosa que el dolor produce. Así le estaba diciendo a la Purísima un santo discurso de amor y gratitud, cuando María la llamó suavemente:

—Mariposa, ¿qué haces?

Ella volvió la mirada con júbilo, respondiendo:

—Ya sé rezar... y sé llorar también: ¡mira!

Con las plantas desnudas fuése hacia la dama en callados pasitos sobre el tapiz, a la cobarde luz del enceso fanal.

Quiso mostrarle su rostro alegre, mojado de lágrimas felices y trepó al barandaje de la camita para acercarse mejor al lecho de los esposos. Se inclinó con exceso y cayó, blandamente, en el fonje colchón abandonado.

Trémula y ansiosa, gritó María:

—¡Carlos, Carlos! La niña regalada se ha caído en la cama de Pilarín.

Medio en sueños, Carlos preguntó:

—¿Se ha caído?... ¿Desde dónde?

—No sé... Desde la noche, desde la nieve... Desde el cielo, quizá...

—Sí, sí; desde el cielo—aseguró el esposo, despierto ya y sonriente.

Y añadió, en seguida, mirando con gozo a la chiquilla, desnuda y graciosa:

—Abrígala, guárdala; nuestra es: la misericordia de Dios nos la ha regalado con esta noche blanca, llena de nieve y de luna...

¡Para qué!...

A Félix Lima, el gran costumbrista porteño.

¡Para qué volver a verte, pobre pueblo que dormitas
al calor que da el rescoldo de pasadas epopeyas,
si ya sé que han de amargarme,
encendiendo mis pupilas, tu dolores, tus miserias!...
¡Para qué volver a verte,
tosco pueblo de mi aldea!

Verdes prados que engalanan margaritas y claveles,
hondos valles donde anidan melancólicos poetas,
¡para qué dais fruto y sombra
si no sienten vuestros hijos el calor de mis demencias!
¡Para qué dais fruto y sombra,
castañares de mi tierra!

Para qué volver al nido si no tengo a quién contarle
las penumbras y quebrantos de mis murrias sempiternas,
si no tengo a quién contarle
el porqué de mis congojas, de mis cuitas y mis penas;
¡para qué volver al nido
si no tengo quién me quiera!

Lira mía cuyas notas sólo estallan cual burbujas,
cual burbujas engendradas al calor de mis demencias;
lira mía que en tu seno
sólo tienes una nota monocorde y verdadera;
lira mía, lira mía...
¡para qué vibran tus cuerdas!

José LOBATÓN DURÁN.

Córdoba.

Los músicos vergonzantes del Japón

Cada país tiene sus músicos callejeros peculiares, que en algunos casos son tipos verdaderamente interesantes; entre los más curiosos, deben mencionarse los tañedores de "chakuhachi", del Japón; que constituyen una especie de gremio o hermandad privilegiada, compuesta de gentes que han venido a menos y que acuden a este medio para atender a su subsistencia. Los distintivos de estos músicos son el instrumento que tocan, especie de oboe de caña de un sexto de "sen" de longitud (unos sesenta centímetros), cuya popularidad ha hecho que el "chakuhachi" sea una de las unidades de medida japonesa, y el extraño cubrecabezas o máscara de mimbre, a modo de papelera de despacho, con el que estas pobres gentes se cubren para no ser reconocidas. También se distingue a los miembros de la asociación por el rótulo que llevan colgando, pero los otros atributos son, sin duda, mucho más significativos para quienes no entienden el japonés y para los japoneses que no saben leer su propia escritura.

PAPEL Y TINTA

Tangarupá, por Enrique M. Amorím.

La Editorial Claridad, que ha publicado libros de tan positivo valer como "Versos de la calle", por Alvaro Yunque, o "Cuentos de la oficina", por Roberto Mariani, da a luz ahora, en su volumen sexto, una serie de narraciones del joven escritor uruguayo Enrique M. Amorim.

No es este escritor un desconocido. Ya antes, en verso o prosa, ha sabido arrancar a nuestra pluma el juicio elogioso que su prosa o su verso se merecían y que con "Tangarupá" no haremos más que ratificar.

Sobre la base de una novela corta y tres cuentos, publica su nuevo libro. Realista de ley, Amorim sabe encerrar en pocas líneas un perfil y en pocas palabras una emoción. Caliente de vida humana, su frase vigorosa y colorida, sabe darnos la exacta expresión de un tipo o de una escena, que él seguramente ha visto. Esta novela — "Tangarupá" — genuinamente criolla y universal a la vez, porque el barro nativo se siente estremecido por pasiones humanas, ha de señalarse como algo verdaderamente significativo en la obra — que lo es ya — de su autor. Adquiere en ella, esa madurez de concepto y esa seguridad de expresión que la hacen obra fuerte y acabada dentro del difícil género novelístico. Capítulos como "La Felipa", feliz pintura de una curandera, o "Los contrabandistas", pintoresca escena arrancada a la vida picaresca y contumaz del actual paisano, no se olvida fácilmente.

Picaresca alegría y tragedia sangrante, son las musas inspiradoras de esta novelita, que con cuentos como "Los explotadores de pantanos", terminan por convencernos de la concluyente maestría de su autor.

Fácil la prosa, adaptada cabalmente a los altibajos del tema, firme en la adjetivación, "Tangarupá" es un trozo de vida real volcada en unas cuantas páginas.

La Editorial Claridad está haciendo buena obra al dar a luz, en difundidas ediciones populares, obras como esta de Amorim y poniendo a nuestros escritores jóvenes en contacto con el gran público, con ese pobre gran público al que de diario intoxican los novelistas cursis — so título de sentimentales — o los pornográficos—so capa de realistas.

Realista es Amorim, escritor honrado y que sabe, con castidad artística, decirnos todo, pintarnos todo, sin descender a la minucia y a los detalles viles que sólo ponen hedor en la página del libro, de por sí sagrada, para todo el que es artista de corazón.

Decimos esto, porque nos extraña que una Editorial en la que Castelnuovo, Yunque, Mariani o Amorim publicaran sus obras realistas, plenas de idealidad a la vez que de color vital, háyase publicado el engendro soez y chabacano de Barletta, autor de "Los pobres". Tal falta de orientación desconcierta; y concluirá, si se repite, por alejar de la biblioteca "Los Nuevos", a quienes sean capaces de darle realce con sus obras juveniles y desinteresadas, ajenas a toda idea de explotar el mal gusto populachero.

Ernesto MORALES.

Por la cultura nacional, Compilación de trabajos dispersos, por F. Julio Picarel. Bs. Aires.

El inspector técnico de instrucción pública de la capital, señor F. Julio Picarel, ha reunido en un tomo voluminoso una serie de conferencias de diferente índole, dadas en oportunidad.

Rara vez un libro de esta naturaleza deja en el espíritu del lector una impresión de dulzura como este del señor Picarel; es que ha tenido la virtud de mezclar a sus temas dos casos esenciales: la belleza de su estilo y la emoción. Por eso el lector que se compenetra de sus estudios siéntese como sustraído por las manifestaciones del autor, los cuales hechos con desenvoltura y frescura, son un acercamiento al alma, son el exponente del estudio y la observación.

El señor Picarel aborda en su obra temas interesantes que, en el espíritu del alumno tienen que dejar una huella profunda. El trabajo inicial es quizá el más sentido. Su exposición acerca de la madre es convincente y profunda. Luego el artículo relacionado con Sarmiento, define en trozos seguros la personalidad de aquél, maestro intachable, como así también donde alude a Leandro N. Alem, apóstol de un credo político, que sacrificó su vida por su ideal.

Hace el señor Picarel un estudio sobre Ameghino, poniendo de relieve las luchas del sabio, la indiferencia en que se le tenía y su triunfo inaudito en Europa.

Después nos habla de la patria, su gran visión; aquí la fibra sensible del escritor vibra intensamente y su alto concepto de patria enaltece su sentimiento.

Toda la obra está trazada con un sano criterio, con una gran sinceridad. La belleza y sobriedad del estilo robustece las concepciones del autor hechas siempre con verdadero acierto.

Este libro da una orientación para el alumno y bien debían leerlo todos aquellos que empiezan recién a percatarse de la vida. Encontrarán en él bondad, amor, sinceridad, patriotismo y sobre todo un afán poderoso de hacer resaltar la obra de nuestros sabios, poetas y hombres políticos.

"Por la cultura nacional" será una obra destinada a perdurar por la magnitud de sus trabajos. Es un libro que no debiera faltar en ningún establecimiento de enseñanza, porque él en sí lleva la esencia de perdurar y encierra un jirón nacional reflejado en sus grandes hombres.

En síntesis, felicitamos al autor de este libro y esperamos sus ulteriores, que, no dudamos, marcarán como este un gran sendero.

F. B. V.

Y la vida sigue..., por Eduardo Barrios. Editorial Tor. Bs. Aires

Consecuente con su propósito de ir difundiendo la literatura de cada uno de los pueblos de Sud América, la biblioteca "Lecturas Selectas" ha puesto en circulación un nuevo volumen con páginas de Eduardo Barrios, el novelista chileno que más rotundos éxitos editoriales y de crítica ha obtenido en los últimos años.

Barrios es un escritor que sabe dominar la atención del lector y encauzarla por los senderos que más conviene a sus relatos siempre llenos de colorido y palpitante emoción. Sus páginas, siempre humanas, dejan de evidencia la nobleza de su espíritu de escritor y pensador al que no escapan esos pequeños detalles de la vida diaria tan trágicos y conturbadores como aquellos otros que son propios de las grandes colectividades. Es, de esta manera, Barrios, un novelista en el que, bien definidos, aparecen ambos aspectos, siempre difíciles y escabrosos: la pintura de las pequeñas almas burguesas y el trazado, magnífico e imponente de las emociones colectivas.

Como dice, muy acertadamente, Gabriela Mistral, prologuista de este excelente volumen: "A Eduardo Barrios el conocimiento de las almas le viene de su juventud azarosa: entibiaron su sangre todos los climas de nuestra América; rozaron su corazón los ambientes más diversos: este hijo de una dama de la aristocracia limeña ha sido sucesivamente militar, obrero, comerciante, oficinista y escritor. Como en la buena arcilla de que Dios moldeó al primer hombre, hay en su vida polvos de todos los senderos y de todas las cosas. Sin ser uno de esos novelistas líricos que han arruinado la novela en nuetros países, "anegándola en flores", ha sabido ser realista e idealista a la par: es su realismo el del paisaje cuando se copia en la pupila humana, donde se suaviza y se "abrevia" exquisitamente.

Almanaque Ilustrado Hispano Americano, para 1926.

Los amantes de la España grande que todos anhelamos, deben leer este Almanaque, y tal vez crean más posibles los sueños de grandeza hispana.

Los ingenios de todas las repúblicas hispanoamericanas, juntamente con los más selectos de la península, solar de la raza, contribuyen a formar el presente Almanaque con flores de poesía los unos; con cuentos y páginas de amena prosa, los otros; con tributo a los muertos en el año que acaba, con estadísticas consoladoras y arengas de aliento, algunos otros; ilustrado y corroborado todo esto con retratos de celebridades políticas, literarias y artísticas, grabados de tipos y paisajes, de edificios y localidades, de cuadros de arte, limitándose con mucho acierto a completar la visión de una sola localidad para cada república, amenizado todo ello, si cosa tan importante puede ser amenizada, con máximas, chascarrillos e historietas ilustradas, del gusto más exquisito.

Este popular Almanaque para 1926 que acaba de publicar la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, y que entra en el año XVII de su publicación, supera al del anterior, pues cada vez está mejor presentado y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en todos los países, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados y el singular esmero con que ha sido confeccionado por su director y fundador, el conocido escritor don José Brissa.

"Pinocho"

El número que aparecerá esta semana de tan divertida y amena revista publica sus acostumbradas secciones nutridas de lectura y entre ellas se destacan: Pinocho pescador, en colores; Aventuras de cabeza de piedra, por Salgari; Pinocho deportista, (crónica y equipos); Teatro de Pinocho, en colores; Historias de animales; Chistes ilustrados; un precioso cuento titulado La infanta de Azúcar, en colores; Aventuras del barón de la Castaña; Currinche y don Turulato, en colores; Hazañas del ratón don Rocqueso (historieta ilustrada); Colaboración infantil (cuentos, chistes, problemas, etc.); Pirula bordadora, en colores, para niñas y por fin la Gran serie de concursos permanentes para todos los lectores.

Hemos recibido:

La serena armonía, poemas de Abondio Aron Castillo. — Editorial Renacimiento. Montevideo, 1925.

Catálogo de la colección del folklore donada por el Consejo Nacional de Educación. Tomo I. Números 1 y 2.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 1925.

Plan de transporte urbano sometido a la aprobación de la autoridad municipal de la ciudad de Buenos Aires.—Publicación de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina, 1925.

Confraternidad americana.—Publicación del Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires, 1925.

Vergeles líricos, por Alfredo C. Franchi.—Montevideo, 1925.

Stadium. Año IV, Número 15. Guatemala, 1925.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

FUÉ APLAUDIDA EN EL NUEVO "QUÉ SUERTE LA DE BACHICHA".

Don Alberto Novión ha dado a Casaux varios largos éxitos de cartel. Autor instintivo más que otra cosa, el señor Novión, después de tanta producción de todo género como la que lleva realizada en varios lustros de labor escénica, conoce los secretos teatrales, conoce al público y conoce las aptitudes del actor del Nuevo. Por eso pocas veces dejan de gustar sus piezas, las cuales suelen estar hábilmente construídas. Pero el señor Novión, para triunfar del todo, carece de una condición esencial: talento literario. Sus personajes hablan en un lenguaje vulgarísimo y es sabido que la suprema excelencia del diálogo teatral está en decir sencillamente bellas cosas. Tampoco tiene el autor que nos ocupa, espiritualidad. Su ingenio radica en preparar las escenas y los efectos; la frase espiritual, el juego verbal son siempre pobres en los personajes de sus obras.

En "Qué suerte la de Bachicha", que tiene un primer acto muy bien hecho, ha reeditado o poco menos el asunto de otras piezas suyas. Es, por otra parte, trillado el argumento, en el que se quiere mostrar una vez más a lo que conduce el dinero en las gentes enriquecidas de repente. Un genovés chacarero hereda inesperadamente de un pariente que otrora le pusiera en la calle, una cuantiosa fortuna. Instalado en Buenos Aires, es muy otra la vida que entra a vivir. Las regalías y comodidades de qué goza ahora la familia, tienen en los dolores morales que han aparecido—hay amores turbios entre el hijo de la madre y la hija del padre—(dos viudos casados en segundas nupcias), una especie de demostración de que la riqueza material trae a veces consigo hondas tristezas. La pieza termina al paladar del público: los dilapidadores se convierten a la religión del trabajo, los padres añoran dulces horas de dicha tranquila y mansa en la chacra y... todos contentos.

Nuevamente Casaux, en su caracterización de viejo genovés, acreditó sus aptitudes y sobriedad. Las señoras Dealessi, Mary y Palomero, pusieron su esfuerzo artístico al servicio de sus personajes. Los demás, discretos. El público saludó con aplausos la escena final, suavemente sentimental.

EN EL ATENEO SE ESTRENÓ "UNA MUJER DESCONOCIDA".

Un espectáculo para público elegante, mundano, sobrio en materia de sentimientos, nos parece la nueva pieza de don Pedro B. Aquino, estrenada por la compañía de Camila Quiroga, en el Ateneo. Se diría que no se ha querido sacudir violentamente al espectador, para evitar las expresiones inelegantes, los movimientos bruscos.

"Una mujer desconocida" es una comedia apacible, bien escrita, pero demasiado cerebral, demasiado fría. Alcira, la esposa ultrajada por la injusta conducta de su esposo, no reacciona pasionalmente, sino que logra la reconquista de su compañero mediante el amor, la lealtad, la fe. El procedimiento es más literario que humano, sobre todo en quien, como Alicia, ama entrañablemente a su marido. Por eso, su actuación da la sensación de lo ficticio, de lo "inventado", del retrato muy bien pintado que no deja de ser pintado, a pesar de su semejanza con el original...

Bella alma de mujer la de Alicia, no nos satisface, empero. ¿Por qué? He aquí el secreto de lo que no ha llegado a ser la expresión artística anhelada.

La Quiroga hizo su personaje con gran acierto, infundiéndole calor aun en pasajes en que se "noveliza" el tipo.

El actor Bohuier, correctísimo. La Arneodo, Olarra, Perelli y Escarcela, bien.

El público, en su mayoría femenino, prodigó largo aplauso a la nueva pieza del doctor Aquino.

DEL IDEAL A LA ÓPERA

La compañía de revistas que hasta hace pocos días actuó en el teatro Ideal, debutó en la Ópera, donde desarrollará una temporada del mismo género a precios populares. Viene así a incorporarse al núcleo de los teatros del centro, otra compañía de revistas, uniendo la suntuosidad de la sala a la modicidad del espectáculo.

La presentación podía considerarse como una nueva novedad en todos sentidos, ya que el teatro donde la compañía había actuado anteriormente, si no corresponde a otro planeta, pertenece a un barrio distinto del que frecuentan los noctámbulos de la calle Corrientes.

Se presentó una refundición de las revistas dadas en la calle Paraná que se sirvió con el título de "Todas en una" y el estreno de otra nueva de los mismos autores de la casa: Dupuy de Lome, Osorio, Botta, Alberti y De Bassi, rotulada "¡Oh mujer, Oh mujer!"

Una y otra fueron del agrado del público y responden con gran exactitud al precio de las localidades, es decir, que tratándose de una tarifa reducida, el lujo, la gracia, la belleza y el arte están dosificados a la medida del importe que se abona. No quiere esto decir que el espectáculo que se nos ofrece sea mediocre, puesto que todas esas cosas de que hemos hablado están hoy en el mercado bastante baratas.

No es necesario el examen detallado de los cuadros de una y otra producción. Son cuadros de revistas que igualmente pueden figurar en una de la Ópera, como en otra del Maipo o del San Martín. Bailes, cantos, escenas populares, uno que otro chiste, algún monólogo, juegos de luz y, en fin, todos los recursos conocidos para alegrar la escena durante una hora sin complicaciones intelectuales ni exceso de vestuario.

La compañía cuenta con elementos interesantes que contribuyen a dar fuerza a los cuadros, pudiendo mencionarse la fantasista norteamericana, rigurosamente importada del "Folies Bergere", de París, miss Harrisson, la Sánchez, la Fiori, la Milani, que también son "miss" porque son las "mis-mas" que actuaban en el Ideal; entre los varones mencionaremos a Arias, Roulien, Chicharro y Caglán.

"YO ME TIRO UN LANCE", DE ELEODORO PERALTA, EN EL SARMIENTO.

Constituyó un excelente éxito esta "pochade" estrenada últimamente por la compañía de los Ratti. La obra, como todas las del género, no tiene otra finalidad que la de hacer reír al público por medio de situaciones que se van complicando poco a poco hasta formar un enredo tan abstruso que sólo puede dar la solución una palabra, un nombre o cualquier otro detalle que pone en claro el secreto del intrincado laberinto. Con bastante habilidad el señor Peralta ha compuesto esta pieza con los recursos conocidos y que, aunque ya muy explotados, siempre resultan graciosos para el público que gusta de emociones simples y divertidas.

Los Ratti, especialmente Pepe, en una feliz caracterización, Mariño y las actrices Cordero, Pocoví y Martínez jugaron la obra con acierto, sacando de ella todo el partido posible.

NUEVA COMPAÑÍA DEL IDEAL

Una temporada interesante se ha iniciado en el teatro Ideal por un discreto conjunto que encabeza el conocido actor Daglio. Se tiene el propósito de representar piezas de los que se han dado en llamar "no aptas para señoritas", habiéndose empezado con "Acidalia" de Darío Nicodemi, "La oveja descarriada", de Alfredo Savoir y "Mi lindo Julián", de Hennequin y Mitchel.

A primera vista parecerá raro que los grandes vodevilistas franceses mencionados hayan tomado para título de una pieza el de un popular tango argentino, pero el hecho se explica teniendo en cuenta que se trata de traducciones adaptadas a nuestro ambiente, aunque sin desfigurar demasiado el original, pues se deben a la pluma de Julio F. Escobar, ducho en estas materias.

Esta clase de espectáculos "no aptos para señoritas", tienen la extraña virtud de que a pesar de restringir la concurrencia, puesto que tratan de evitar la presencia de damas inocentes (si las hubiere), en cambio sirve de acicate para que acudan en mayor número los varones, pues es sabido que aunque estos van siempre detrás de aquéllas, también les agrada ir a donde algunas de ellas no debieran llegar.

Ello es que la compañía de Daglio ha tenido un buen éxito y que es fácil que perdure.

"EN UN RINCÓN DE LA BOCA", EN EL APOLO

Discretamente construído y con episodios que mantienen el interés del espectador, el sainete "En un rincón de la Boca", estrenado por la compañía de Alberto Vaccarezza, en el Apolo, fué bien recibido por el público.

El asunto, ya muy explotado, ha sido empero bien tratado por los autores, P. Ruiz París, y F. Chiarello, que le prestan su visión personal y logran hacerlo interesante.

El asunto de la obrita gira en torno de la deslealtad de una mujer, a quien mata el hombre ofendido, al final del sainete, cuyo desarrollo ha sido rellenado con escenas pintorescas a cargo de tipos no muy vistos en las piezas del género.

Bien ensayado, "En un rincón de la Boca" gustó desde que se alzó la cortina y al final el público prodigó su aplauso a autores e intérpretes, distinguiéndose entre estos últimos las señoras Bernal y Busico y los señores Cicarello y Vitola.

EN EL NACIONAL FUÉ ESTRENADO "CUENTOS DE PULPERIA".

Una suerte de revista que quiso ser tal y no alcanzó, nos resulta la nueva obra del señor C. Martínez Payva, que lleva el título del epígrafe. Cualquiera supone que el autor quiso escribir una revista—no hay que olvidar que la revista domina en todas partes—y luego se arrepintió de su propósito. Cinco cuadros sin conexión, todos de índole campera o gauchesca, si se quiere, se suceden entre cantos y danzas regionales. Cada uno de ellos procura destacar alguna virtud criolla y casi todos los personajes hablan el idioma poéticamente exaltado que el señor Martínez Payva cultiva en el teatro.

En rigor, esta obrita debería clasificarse como una evocación poética de las cosas criollas y en este sentido nos parece un trabajo agradable y meritorio.

Se lucieron en sus papeles las actrices Manolita Poli, Catá y Borda y los señores Otal, Sapelli, Cantello y Busto.

El público amable y afecto a aplaudir, característico del Nacional, batió palmas ante la nueva pieza.

EL PARAISO DEL MAIPO

El teatro Maipo, como se sabe, es uno de los pocos de Buenos Aires que no tiene paraíso, esa localidad generalmente incómoda y poco aromática que sólo por una paradoja puede haber recibido esa denominación un tanto irónica y enfática. Nuestro epígrafe, sin embargo, no quiere decir que la empresa de esta sala haya resuelto la construcción de esa localidad. Por lo menos, no tenemos noticias. Hablamos del paraíso del Maipo en sentido figurado, porque realmente es un paraíso lo que ocurre allí: mucha gente todos los días y las mismas obras de hace mucho tiempo, sin las inquietudes que acarrea la preparación de estrenos.

Las revistas "Las alegres chicas del Maipo" y "Me gustan todas" continúan tranquilamente su viaje hacia la eternidad.

REPRISE Y ESTRENO

El cartel del teatro Buenos Aires, ha tenido en estos días una modificación y probablemente tendrá otra muy en breve. Fué repuesto el sainete de Botta y De Bassi "El 72 a la cabeza", que tuvo éxito cuando se estrenó por esta compañía. Se prepara una nueva revista firmada por los autores de "Palabras cruzadas" y que se titulará "Sí que vamos bien".

DE LA ASTRACANADA AL DRAMA

Después del brillante éxito que ha tenido en el Mayo la compañía de Concha Olona con el gracioso disparate de Muñoz Seca y Pérez Fernández "Los cuatro Robinsones", se han puesto allí repentinamente serios y la emprendieron con don Angel Guimerá, truculento dramaturgo catalán, estrenando "El alma es mía". En el número próximo diremos qué es eso, que la compañía anuncia como de su exclusividad.

EN LA COMEDIA

Tuvo un gran éxito la reposición de "La mulata" y con "Los pecados capitales" integran el cartel en forma que agrada e interesa al público.

Se prepara el estreno de una pieza de Marquina y el maestro Guerrero titulada "El collar de Afrodita", de la que se tienen muy buenas referencias.

PARRAVICINI, DRAMATICO

Nuestro cómico máximo, cuya última creación festiva ha sido la de no querer aparecer este año ante el público, por una de esas coqueterías de los grandes artistas, ha llenado parte de sus horas muertas en elucubrar obras teatrales. Hombre sorpresivo en la vida y en el teatro, que se complació durante muchos años en gustar la voluptuosidad de la existencia de lance, casi diríamos de milagro, Parra ha resuelto mostrar un nuevo aspecto de su poliédrica personalidad. Y ha puesto la proa del "yacht" de su imaginación hacia el drama, concediendo a su colega José Gómez el privilegio de representar su obra. Gómez, encantado, acogió la pieza del gran bufo y a estas horas, según se anunciaba cuando escribíamos estas líneas, ha debido ver la luz de las candilejas.

Nada podemos adelantar al lector respecto a "El placer de los dioses", que así se titula el drama en tres actos de Parra, por haberse estrenado el viernes, pero por lo que hemos "pescado" en un ensayo, descontamos su buena aceptación. En otro número, lo comentaremos...

Parra es uno de los pocos actores nacionales que poseen una sólida cultura mental y de quien puede esperarse cualquiera manifestación de ingenio.

LA OPERETA EN EL POLITEAMA

Continúa desarrollando con buena fortuna su temporada, la compañía Caramba-Lombardo que actúa en el Politeama. Las reposiciones de viejas y aplaudidas piezas del género, son bien acogidas por el público, que distingue especialmente a la graciosa "soubrette" Inés Lidelba.

Se ha incorporado a este elenco la tiple cómica Olga Castagnetta, ya conocida y apreciada por el público.

EL BATACLAN FLORIDENSE

La compañía bataclánica del Florida prosigue con buen éxito su temporada. Ultimamente se estrenó con éxito la segunda novedad subscripta por Doblas y Weisbach y titulada "Y tenía un lunar", debiéndose la música al maestro De Bassi.

LA LIRICA ESPAÑOLA

La primera novedad que anuncia la compañía del Argentino es la zarzuela en tres actos "Cándido Tenorio", de Fernando H. del Villar y el maestro Guerrero, al que la música española contemporánea debe páginas tan brillantes.

LA RIVAS CACHO

Avecinándose la fecha de término de su actuación en el Avenida, la compañía típica mejicana que tiene por primera figura a la gentilísima tiple cómica Lupe Rivas Cacho, realiza sus funciones cada vez con más público. La gente no quiere dejar de conocer las costumbres del país hermano, tan bien reflejadas en las revistas que hace la Lupe y acude en grueso número a la sala del Avenida, que se ve diariamente concurridísima.

LA GRITERÍA DEL SMART

Ya suman un buen número los gritos silenciosos lanzados por Blanca Podestá desde el escenario del Smart y todo hace pensar que seguirá gritando muchas noches aún la gentil actriz criolla. Como muchos gritos constituyen una gritería, el lector reconocerá la propiedad del epígrafe de este suelto. Reconocerá también que los gritos se dividen en agradables y desagradables, perteneciendo a la primera especie el que emite todas las noches Blanca y del que es responsable el estridoroso autor don Luis Rodríguez Acasuso.

CASINO

Han gustado mucho los números de "varietés" que recientemente presentáronse en este teatro. El público los aplaudió "reciamente", de la manera con que bregan los luchadores del campeonato por el anhelado título, certamen que, como dijimos en otra edición, es harto interesante este año y hace agotar las localidades del Casino para la sección respectiva.

GRAND SPLENDID

Bellísimo programa ha preparado para la semana la empresa de esta grandiosa sala, que administra don Carmelo Carbone, figura muy conocida y estimada en el ambiente cinematográfico. Pueden descontarse, pues, los llenos de las funciones, donde se congrega lo mejor de nuestra sociedad, que ha elegido como cine favorito al Grand Splendid.

CAPITOL

La cinta "Mesalina" atrajo mucho público. La empresa ha confeccionado un hermoso programa para la semana en curso, constituído por notables películas de las mejores marcas. Por ello, hay expectativa en el público "habitué".

CORREO TEATRAL

Elsa.—La intriga de ciertas comedias de salón empieza a resultar interesante, precisamente cuando el autor la da por terminada. Algo parecido nos está ocurriendo a nosotros.

J. S.—Damos traslado de su pedido a la compañía de la Comedia, pero si nos lleva el apunte como las coristas del mismo teatro, está arreglado.

FOTOGRAFIA ARTISTICA



IGUAZÚ (MISIONES). — Un rancherío en los obrajes. Fot. Bejarano.



Un detalle de los lagos de Palermo. Fot. R. Otero.



Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires. Industria Argentina.